

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 15-21 noviembre de 1953 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Número 259

**EL
PUBLICO
TIENE LA
PALABRA**

**EL CONSUMIDOR
HA DE DEFENDER
SU DERECHO A
UN PRECIO JUSTO**

**NO DEBE COMPRAR
LO QUE LE DEN
NI PAGAR LO
QUE LE PIDAN**



**MUCHOS COMERCIANTES, INTERMEDIARIOS Y ABASTECEDORES
SE RESISTEN A ACEPTAR QUE LA ECONOMIA ESPAÑOLA
HA ENTRADO EN UNA FASE DE NORMALIZACION**

EL PUBLICO TIENE LA PALABRA

La batalla de precios está en la calle. Es una batalla que ha empezado por donde debía empezar: los alimentos. Que se está dando en su momento justo: cuando el horizonte internacional de España se ha despejado totalmente y nuestra economía comienza a acusar claros síntomas de salud. Y en la que, como siempre, intervienen dos fuerzas contrarias: una minoría que se resiste a aceptar la idea de normalización y la gran mayoría del pueblo, que empieza a comprender su razón, su fuerza y el valor de su dinero.

Pero el problema no es tan sencillo como parece, ni puede encerrarse en moldes más o menos particularistas. Hay que contemplarlo desde la altura, en toda su perspectiva, en su conjunto, para hacer un mínimo de luz en medio de la inmensa frontera que le rodea.

AUMENTO DE NUESTRAS NECESIDADES

Para nadie es un secreto que en estos últimos años España ha dado un gran estiron. Esta España que hoy tenemos ante nosotros no es aquella que discurría por la escabrosa pendiente de 1936.

Nuestra población ha dado un gran salto en estos años. No vamos a entrar en los factores de este crecimiento, en el que se refleja la fecundidad de la raza. Pero ahí están las cifras: nuestro censo, que era de veintitrés millones y medio en 1930, saltó a los veintiséis en 1940, a los veintiocho en 1950 y actualmente anda en camino de los treinta millones de habitantes.

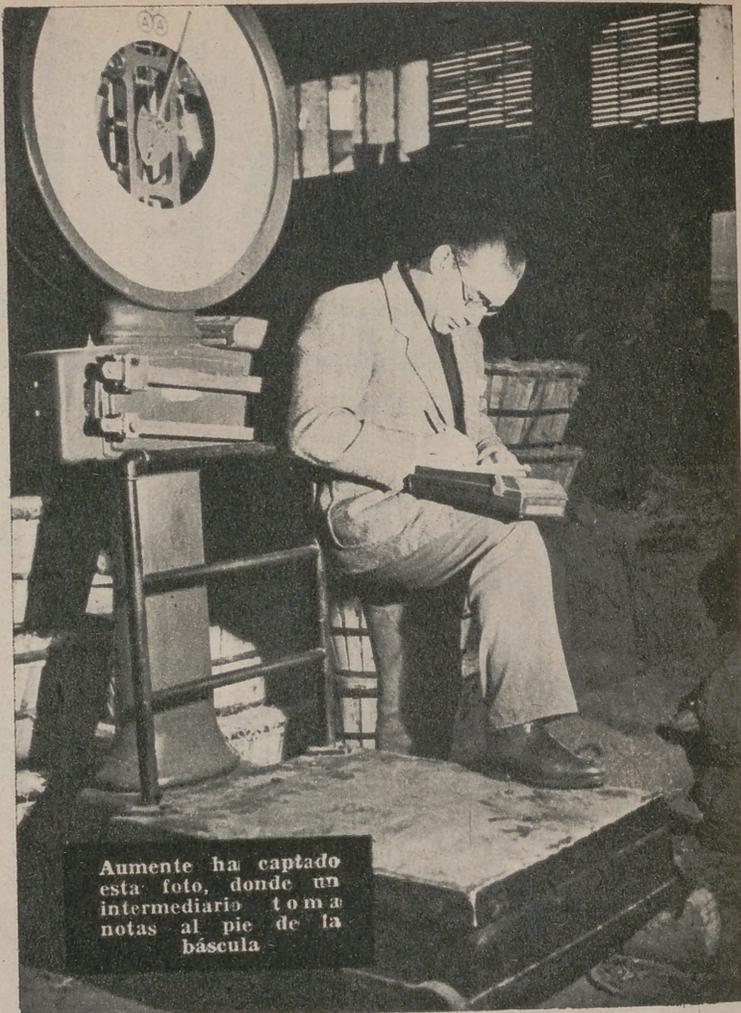
Al mismo tiempo, aumentaba también el nivel de vida de los españoles. Es este uno de los fenómenos más curiosos e interesantes de estos últimos años de nuestra historia. La gente concede hoy menos importancia al dinero y muestra un creciente afán por el acceso a los bienes materiales, de manera que en la mesa de amplios sectores populares figuran hoy como artículos corrientes productos que ayer estaban vedados.

El resultado de todo ello se traduce en un alza considerable de las necesidades de consumo. ¿Pero ha crecido al mismo ritmo nuestra producción?

LA HERIDA DEL CAMPO

Para contestar a la pregunta anterior hemos de dividir en dos etapas los años que corren desde 1936 hasta hoy; la divisoria entre ambas podemos situarla en el año 1951.

Al terminar la guerra de Liberación, nuestra producción su-



Aumente ha captado esta foto, donde un intermediario toma notas al pie de la báscula

frío, en líneas generales, un notable descenso; los trastornos del conflicto, enlazados al poco tiempo con la contienda mundial y después con los efectos de la posguerra, llegaron también a nuestros campos, donde faltaban fertilizantes, maquinaria, ganado de labor, semillas selectas. Males a los que vino a sumarse

la acción de una sequía pertinaz e implacable.

Este cuadro queda reflejado en las estadísticas, cuyo lenguaje no puede ser más elocuente. La superficie dedicada al cultivo de cereales y leguminosas, haciendo entre los primeros especial mención del trigo, fué la siguiente, expresada en miles de hectáreas:

Año	Cereales	Leguminosas	Trigo
1931-35 (Media)	8.394	1.144	4.557
1939	6.526	1.106	3.476
1940	6.873	1.246	3.535
1942	7.055	1.491	3.536
1944	6.917	1.373	3.532
1946	6.978	1.229	3.770
1948	6.978	1.249	3.861
1950	7.344	1.223	4.080

Hay, como se ve, un importante descenso en la superficie dedicada al cultivo de cereales, especialmente del trigo, que forzosamente había de repercutir en el índice y aun en el modo de vida. Y a ello correspondió también

una baja general en la producción, como puede verse por el siguiente cuadro, en el que se traen a cita los principales productos alimenticios, expresados igualmente en miles de quintales métricos:

Año	Trigo	Arroz	Patatas	Garban.	Judías	Lentej.	Accei.	Remolacha azucarera
1935	42.997	2.920	46.478	1.355	1.536	149	3.526	21.501
1939	28.699	1.781	34.935	1.403	1.434	117	2.086	7.209
1940	21.613	2.688	34.133	1.952	1.420	148	2.841	13.499
1942	27.197	2.070	36.809	1.541	1.082	206	2.372	9.313
1944	27.992	2.392	33.017	1.094	775	202	2.753	11.825
1946	36.181	2.055	22.725	621	719	254	3.882	15.256
1948	24.322	2.347	27.017	931	704	240	1.499	19.855
1950	33.735	2.518	28.698	1.482	673	156	1.715	13.833



Si, señora, usted tiene la palabra y ha de cooperar con sus fuerzas a los abusos que se trata de corregir

Y en cuanto al censo ganadero, nos encontramos con las siguientes cifras, dadas en miles de cabezas:

Año	Ganado vacuno	Ovino	De cerda
1931	3.654	20.047	5.102
1933	3.569	19.093	5.412
1940	3.897	24.237	5.611
1942	152	23.489	4.974
1948	3.300	20.143	2.668

Lo que quiere decir que en el año 1948 las existencias de ganado de sacrificio se encontraban también mermadas.

Las causas de este descenso general de nuestra producción agraria han quedado indicadas antes. Eran causas contra las cuales venía a estrellarse el esfuerzo humano, una de esas crisis en que los pueblos se encuentran envueltos de vez en cuando y en las que se advierte un doble perfil, material y moral.

UN CLIMA DE ANORMALIDAD

Esta era la situación en 1950. España, una España aumentada, no producía lo bastante para su alimentación, y tampoco disponía de divisas ni de ayudas extranjeras para traer de fuera lo que necesitábamos. Por eso, era inútil esperar medidas taumatúrgicas. No quedaba otro remedio que aguantar a pie firme, como se aguantaba en las malas horas, y es lo que se hizo.

El Gobierno arbitró la única solución que en semejantes casos puede adoptarse: intervencionismo, cartillas, racionamientos, palabras que empiezan a sonarnos como algo lejano. No eran medidas populares, ni agradables, ni cómodas; pero no había otras para paliar los efectos de la escasez. Y el pueblo, comprendiéndolo

lo así, se dispuso a apretarse el cinturón, porque entendía que en el fondo se estaba librando una batalla, continuación de la que acababa de terminar en nuestro suelo.

Pero al amparo de estas circunstancias, en este clima de penurias y de sacrificios soportados en silencio, surgió un espécimen humano característico de posguerra, cuya novela está sin hacer aún: el estraperlista. Y se desató un ansia de ganancias ilícitas, una sed de aventuras de riqueza, algo así como una patología en el cuerpo social, porque se había roto el mecanismo normal del comercio.

Pero, ¿subsisten hoy estas circunstancias?

LA CURVA DE 1951

El año 1950-51 fué duro para nuestro país. La cosecha de cereales del año anterior había sido insuficiente para atender a nuestras necesidades, y la situación en divisas no nos permitió hacer frente al déficit de la producción con la holgura de otros países más ricos que el nuestro, o asistidos por la ayuda económica norteamericana.

Pero en 1951 cambió el signo de nuestra situación económica. Cesaron las prolongadas sequías y el régimen de lluvias nos permitió producir trigo suficiente para nuestro abastecimiento, tan-

to que en la sesión del Consejo Internacional del Trigo, celebrada en Londres, renunciáramos al saldo de 60.000 toneladas de nuestra cuota garantizada para aquel año.

He aquí los índices de producción de ese año 1951, expresados en miles de quintales métricos:

Trigo	42.658
Arroz	2.853
Patatas	45.497
Judías	782
Lentejas	244
Garbanzos	1.917
Azúcar	24.623

Esta favorable perspectiva del año agrícola 1951, continuada en el siguiente, permitió al Gobierno adoptar los planes necesarios para la supresión de las cartillas y del racionamiento. Al mismo tiempo se rompía el cerco exterior contra España y se intensificaban las relaciones comerciales con los demás países. La batalla española desplazaba su centro de gravedad hacia el frente de los problemas interiores, donde había uno especialmente importante: el de la agricultura, que está siendo tratado adecuadamente. Y nuestra economía empezaba a enderezarse y a cobrar el vigor que le faltaba.

LA BATALLA DEL TRIGO

Nuestro consumo de trigo puede cifrarse en unos 24 millones de quintales, equivalentes a veinticuatro mil toneladas. Pero es raro el ciclo agrícola que da a nuestro país el trigo suficiente para el año, por el carácter de irregularidad que tiene el régimen de lluvias de la Península. Este año, por ejemplo, después de dos buenas cosechas, la sequía ha causado una gran falta

de cereales. Nuestra cosecha, en efecto, ha sido inferior en ocho millones de quintales a la del año pasado, y a principios de mes iban recibidos 9.766.700 quintales métricos, contra 11.999.495 por estas mismas fechas del año pasado, esperándose que la recogida total oscile entre once y doce millones de quintales.

La política económica española está haciendo todo lo posible para salvar esta situación: estableciendo nuevos precios más remuneradores para el agricultor, redistribuyendo las áreas de cultivo, ampliando las zonas de regadío y ensayando nuevos tipos de semillas. Por otro lado, sobre todo a partir de 1951, se importaron cantidades bastante considerables de fertilizantes y se facilitó la compra de maquinaria agrícola. El Servicio Nacional del Trigo ha concedido este año a crédito, con interés del 3 por 100, 664.938 toneladas de superfosfatos y 256.375 de abonos nitrogenados, contra 600.000 toneladas de los primeros y 150.000 de los segundos en la campaña 1952-53. Estos suministros están conectados con el «Plan Cavestany», el cual prevé la intensificación para esta campaña del abono de 490.000 hectáreas: 40.000 de regadío, 50.000 de secanos frescos y 400.000 de secanos corrientes. Cifras que aumentarán cada año en la misma cantidad, hasta llegar en el quinto a 200.000 de regadío, 250.000 de secanos frescos y dos millones de secanos corrientes, que es la superficie que queda sin abonar, aproximadamente igual a la mitad de la total sembrada.

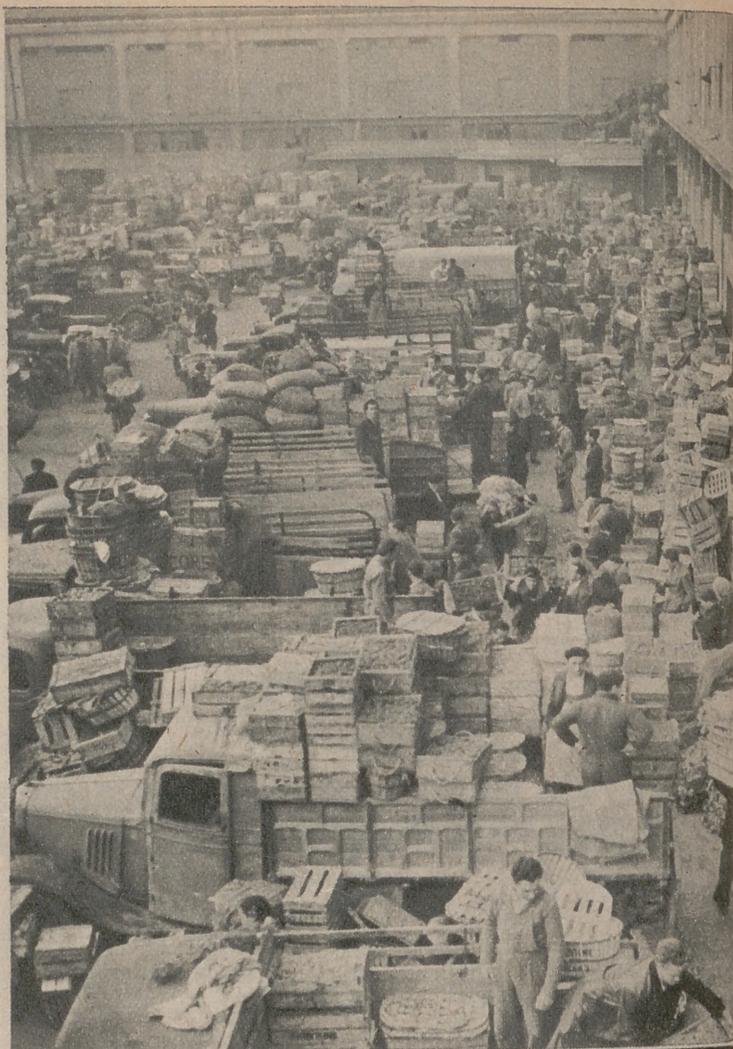
España aspira a producir el trigo suficiente para sus necesidades. La acción del Gobierno, con vistas a este objetivo, se centra principalmente en la intensificación de los abonos y en la imposición de utilizar semillas selectas de diversas clases. Pero ante un posible déficit y al contrario de lo que ocurría antes, España está hoy en condiciones de contratar con el exterior los suministros necesarios para enjuagarlo. Este año, por ejemplo, se han traído alrededor de 800.000 toneladas, por un importe de setenta y cinco millones de dólares. Es posible que haya que comprar otras 200 ó 300.000 para asegurar la soldadura de la cosecha. Y a estas cantidades hay que agregar la cuota asignada a España en el Acuerdo Internacional del Trigo, que acaba de ser fijada en 250.000 toneladas.

Nuestro abastecimiento de pan está, pues, asegurado. Y otro tanto podemos decir de los demás artículos.

PANORAMICA ACTUAL DE NUESTROS MERCADOS

La situación de nuestros mercados de abastos, referida a los artículos más importantes, es hoy la siguiente, según datos oficiales.

Empecemos por el «hueso» del problema: la carne. Las estadísticas que tenemos a la vista revelan que desde 1935 ha bajado el consumo de carne de ganado vacuno, ha subido algo el de ganado lanar y cabrío, ha descendido el de cerdo, ha aumentado



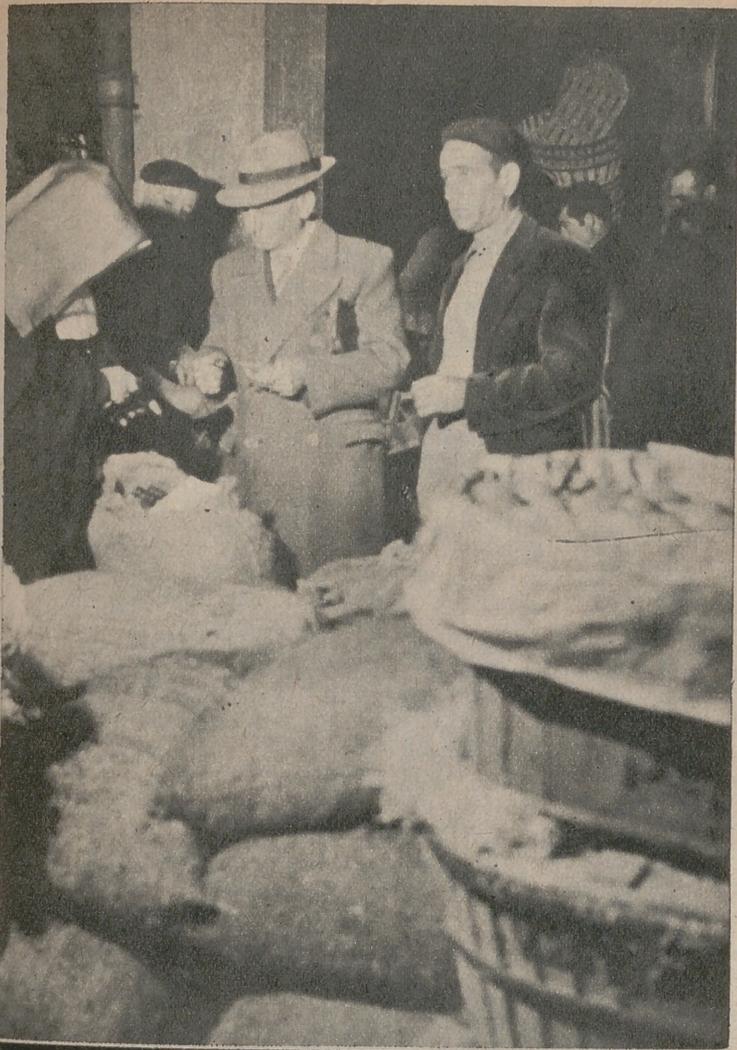
Los productos abundan en todos los mercados, como lo demuestra esta panorámica del Central de Madrid

el de equino y se ha implantado el consumo de carne congelada. Pero el problema es otro. Hay en Madrid 1.500 carnicerías, número a todas luces excesivo, lo que da un promedio de venta de 50 kilos al día por cada una; cincuenta kilos que hay que cargar para poder seguir obteniendo buenos beneficios. Y no hablamos ya de la cadena de intermediarios, especialmente los asentadores, cada uno de los cuales, operando con un beneficio legal o normal del 4 por 100, se embolsa al año la bonita suma de 350.000 pesetas. El problema no es, pues, de existencias, sino de precios.

España contaba en 1943 con 16.291.055 gallinas, y estaba calculado, para el año que viene, llegar a un nivel tal de producción de huevos que no habría que traer de fuera; pero se han desmontado granjas avícolas y esto ha producido un retraso en la consecución de esa meta. Hay que hacer constar que la Comisaría de Abastecimientos no tiene huevos de su propiedad. Los que hay son procedentes de las importaciones previstas y han sido traídos por los importadores de este ramo, que se llaman a sí mismos «especuladores de huevos». Lo que la Comisaría ha he-

cho ha sido establecer con ellos un convenio, en virtud del cual en ningún momento de la campaña avícola podrán faltar huevos a menos de 21 pesetas la docena. Actualmente, nuestras existencias ascienden a once millones de docenas, en cámaras frigoríficas, a las que hay que sumar las existencias correspondientes a granjas avícolas y productores particulares, que tienen sus cámaras propias. De modo que el presupuesto de la alimentación está asegurado por lo menos hasta la primavera del año próximo.

Las existencias de pescado han aumentado también. De 439.660 toneladas en 1940 hemos pasado a 595.313 en 1951. El control, tanto en su punto de origen como en el de destino, es también más fácil, y los detallistas de este ramo se portan mejor. Pero no deja de haber sus filtraciones, consistentes en suministrar clandestinamente a los hoteles y restaurantes las mejores calidades o en desviarlas hacia otros mercados donde los precios sean más remuneradores, sin contar con que existen capitales donde este problema se presenta en forma aguda, como son aquellas adonde no llega el pescado, o, por ejemplo, Avila, que tiene que comprarlo



Otra estampa de un mercado madrileño. Algunos comerciantes se habían habituado a los tiempos malos, que para ellos fueron buenos

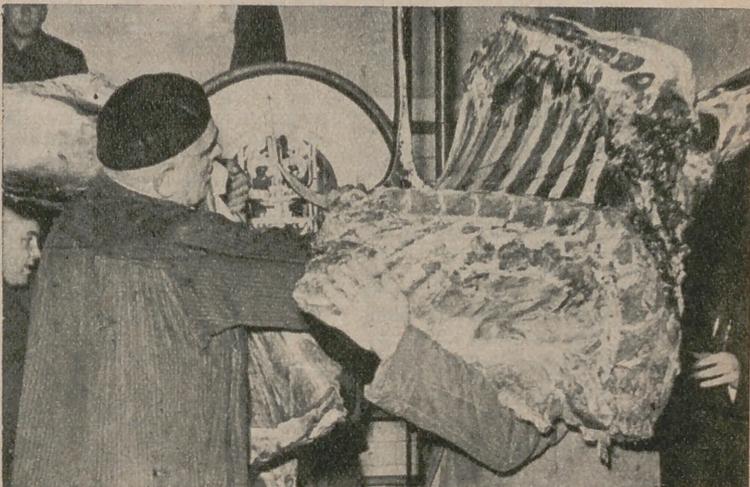
en Madrid, con el consiguiente encarecimiento.

Como un paso más en la libre contratación de aceite, se va a proceder en plazo breve a conceder libertad total de comercio a este producto, fijando exclusivamente un precio tope máximo para la calidad superior, debiendo expendirse a precios menores los de calidades inferiores. Parece ser que en el sistema actualmente imperante los márgenes comerciales llegan a 1,50 pesetas el kilo de aceite de oliva, margen que por sí solo permitiría una variación sensible en los precios de las distintas calidades, en cuanto quede en libertad su comercio, dejando a la competencia la fluctuación natural de ganancias en almacenistas y minoristas. Naturalmente, no existe problema alguno de abastecimiento, ya que España es uno de los primeros países en la producción de aceite.

Tampoco existe un problema de abastecimiento en cuanto al queso. Pero vistos los precios que han alcanzado los quesos de producción nacional, que vendiéndose en origen a 30 y 35 pesetas se expenden al público a 50 y 60, se ha previsto la importación de queso extranjero, lo que servirá para terminar con el alza

artificial que este producto ha experimentado.

Nuestras existencias de legumbres son también suficientes. Hay reservas tanto en la Comisaría de Abastecimientos como en el Servicio Nacional del Trigo. La primera dispone de unas cuaren-



La escena recoge el momento en que se realiza el pesaje dentro del mercado. En éste, como en otros productos, el problema no es de existencias, sino de precios

ta mil toneladas de garbanzos en distribución y otras tantas en reserva. Pero en vista de los precios que están alcanzando las legumbres secas, la Comisaría ya a intervenir.

En lo que se refiere a verduras, frutas, patatas y hortalizas, rigen los precios tope. Y, por lo general, no presentan problemas, ya que en ellas no existe el transporte a grandes distancias y si únicamente el deseo de la gente de ganar más en las legumbres frescas.

Y lo mismo puede decirse en cuanto a los plátanos, cuya producción, de 1.391.179 quintales métricos, subió a 2.014.128 en el año 1951, ya que, según las noticias que tenemos, la cosecha de Canarias no sale con tanta facilidad para el extranjero.

Tal es, vista panorámicamente, la situación actual en nuestros mercados de abastecimiento.

Está suficientemente claro que no hay escasez, afortunadamente. Pero hay todavía muchos comerciantes y muchos intermediarios y abastecedores que consideran que ha llegado el momento de dar un impulso a sus ganancias ilícitas.

Como consecuencia de ello, el índice de precios ha subido ligeramente. El coste de la vida en las capitales, concretamente en el capítulo de artículos alimenticios, ha subido de 100 en julio de 1936 a 318,4 en 1942, 347,0 en 1945, 694,0 en 1950 y 762,9 en 1951. Hoy, la situación es casi la misma que en 1950.

El Gobierno estima que en la dinámica de nuestra economía se ha producido un cambio sustancial, y que lo que ayer fue un problema de abastecimientos es hoy un problema de precios. No se va, por consiguiente, a una resurrección del racionamiento ni de las cartillas, que han quedado enterradas. No se va a la intervención, sino al máximo de libertad a medida en que el juego de la oferta y la demanda, con la consiguiente competencia, se deja sentir en nuestros mercados. Pero esa libertad no quiere decir libertinaje, y a esta idea, la de reducir esa libertad a sus justos límites, responde la creación

de las Juntas de Precios en las provincias.

El problema interior se coloca así en el primer plano de la atención oficial. En ese frente, que tanto afecta a la solidaridad nacional, han de darse una serie de batallas. Y la primera ya está en la calle: la batalla de los precios, que ha empezado en su momento justo y por donde debía empezar: los alimentos.

EL PÚBLICO TIENE LA PALABRA

Esta batalla, lógica, natural, oportuna y necesaria, no puede darla y ganarla sólo el Gobierno. Con él han de cooperar los Ayuntamientos y demás organismos. Pero el verdadero protagonista ha de ser el público, los consumidores, víctimas principales y propicias de los abusos que se trata de corregir.

Muchos comerciantes, intermediarios y abastecedores se resisten a aceptar que la economía española ha entrado en una fase de normalización, o, si creen en ello, tratan de aprovecharse de los coletazos de una crisis por la que nuestro pueblo ha pasado. Se han habituado a los tiempos malos, que para ellos fueron los buenos. Y no quieren entrar en razón.

Pero es que el público secundaba esa actitud con su negativismo. El consumidor no se ha hecho todavía a la idea de que ya no hay restricciones ni cartillas. La gente se ha acostumbrado durante estos años a la falta de existencias y a ir a las mismas tiendas, a pagar por los artículos lo que le pidan, defecto que se observa sobre todo en los medios más pudientes.

Y es esto, precisamente, lo que hay que empezar por corregir. El público debe tener confianza en las medidas de gobierno, debe conocer los márgenes de los detallistas, debe preocuparse por elegir su tienda y distinguir en la calidad de los productos. Y si sobran, por ejemplo, carnicerías y tahonas en Madrid, es él quien, con sus preferencias o sus repulsas, puede levantar a unas y hundir a otras, hasta que en un proceso natural de fuerzas aparezca la clásica figura del comerciante no entregado a la especulación desenfadada, sino dedicado al ejercicio de una profesión noble y honrosa.

Ese público anónimo, oscuro y sufrido es el protagonista de esta batalla. Está amparado por las Juntas de Precios, por los Gobernadores Civiles, por la Comisaría de Abastecimientos, por el Ministerio de Comercio y por el Gobierno en pleno. Cuenta, también, con un libro de reclamaciones que se va a implantar en las tiendas. Tiene, además, fuerza suficiente. Y tiene que empezar a comprender el valor de su dinero.

OTRO FRENTE DE LUCHA

La batalla desencadenada contra los precios de los artículos alimenticios tiende a correrse, como por un efecto de simpatía, a otros sectores de la vida nacional. Ahí están, concretamente,



La batalla de los precios se ha dado con magníficos resultados. Las autoridades han puesto coto al alza. Ese cartel en la ventana de un mercado vigila la operación financiera.

te, los cines de estreno, restaurantes y otros establecimientos de lujo, donde en estos momentos se observa una elevación de precios que no está justificada por aumentos correlativos de costos de ninguna clase, y que sólo puede prosperar a costa de explotar una situación colectiva de frivolidad, afán de lujo y otras lacras sociales.

Ni siquiera cabe la disculpa de que se trata de cosas que no son de primera necesidad, sino de lujo. Esto no pasa de ser una apreciación excesivamente ingenua y un espejismo peligroso. Porque ocurre que todo el complejo de la vida económica está ligado entre sí de tal forma que las oscilaciones de un sector, por insignificante que sea, repercuten en el todo y acaban perjudicando a todos, en primer lugar a quienes ni siquiera han disfrutado de esos lujos.

Las ideas del Gobierno son claras y terminantes a este respecto. Entre esos dos extremos que son, de una parte, el liberalismo económico, y de otra, la absoluta intervención del comunismo—dos actitudes determinadas de un mismo determinismo materialista—, los pueblos se rigen en la práctica por una acción de

equilibrio más o menos ponderado. Este es, y no puede ser otro, el sentido de la libertad económica. Pero esta libertad queda frustrada, destrozada incluso, si en los platillos de la balanza que simboliza ese equilibrio no hace sentir su peso una de las dos fuerzas, que en este caso son los consumidores y los usuarios, es decir, la demanda.

Acostumbrada a varios años de protección intervencionista, la sociedad española no debe, sin embargo, embotar su capacidad para la sana reacción natural ante la arbitraria elevación de precios en determinados sectores económicos, como si el público esperase a que todo se lo den hecho. Al contrario, es ella la que, en casos como éste, debe reaccionar en defensa propia, dando verdaderas muestras de salud moral y absteniéndose de sostener con su acogida resignada esas elevaciones de precios injustificables, que es tanto como labrarse el pedestal de sus miserias.

Es el público, en definitiva, el que tiene la palabra y la clave para la solución del problema de los precios.

Moisés PUENTE

(Fotografías de Aumente.)

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

Señor don Tomás Pérez Lorente

EN Galicia no se pierde ni un patacón. «Señor Alcalde de Vigo; pero no por roñosería, sino por espíritu de continuidad (única manera de lograr el progreso, que no da saltos mortales, como tampoco la Naturaleza) y por espíritu de conservadurismo. La prehistoria yace como un plasma vivo bajo los pies de los sachadores de maíz y cualquier cantero de Geve es capaz de resucitar al maestro Mateo. Taoto conviven en Galicia las pallozas de la montaña lucense, cual la Edad Media conservada entre camellas, cual los pazos de un siglo XVIII que todavía le gusta perdurar doscientos años después... Y aun más, hay algún can que se llama talmente como los mariscales de Napoleón, cuyos nombres se han olvidado hasta en Francia. Este enorme poder receptor, que convertiría a Galicia en un museo si no fuera por otro poder más fuerte, que la convierte en la personificación de la energía, incluso en su paisaje, a pesar del tono bumedo, melancólico y apacible del campo, es un poder que se ha desprendido de Vigo, de la ciudad que hace un siglo no contaba siete mil habitantes y en 1953 empuja a Galicia hacia la industrialización total, hacia ser la potencia española del Noroeste.

Fué en Vigo donde el fundador de «El Faro de Vigo», don Angel de Lema, en el primer número de su periódico, que acaba de cumplir el centenario, defendió a Galicia contra la mala fama de la esclavitud, de la mezquindad y de la estupidez, confundidas aviesamente con la laboriosidad, la economía y la prudencia, que son los dones profesados por los gallegos. Tenaz, ahorrativo y cauto, el gallego es el amo del mundo, siendo tales reales los que más faltan a los otros españoles de España, quienes aun sienten la pereza de emprender el viaje hasta Galicia, donde debe viajarse en tren para ver con pausada lentitud la sorpresa creciente de un país que mejora con velocidad casi supersónica. El asombro empieza en Ponferrada, en la estación de ferrocarril con luz fluorescente y arriates de flores encima de las columnas. Ponferrada ha estrenado una estación capaz para atender a la convergencia del categórico Wagner, de sus minas de carbón y de la central térmica de Compostela, o sea de un triángulo de posibilidades infinitas, en medio de unas rías de égloga bucólica y de un castillo más romántico que medieval. Aunque existe una copla que puntualiza y aclara: «No me digas gallega, que soy berciana, cuatro leguas «p'arriba» de Ponferrada»; se me quejarán los leoneses porque he incluido a parte de su Bierzo (con ganas propias de autonomía) en el complejo industrial de Galicia; ahora bien, yo les pido licencia para que me presten a Ponferrada mientras dura mi itinerario. Sin embargo, Monforte de Lemos es, sin discusión, Galicia, y aun antes de Monforte hay pueblos orensanos rejuvenecidos por una edificación recentísima. En Monforte hay que optar entre La Coruña y Vigo; la más difícil incertidumbre envuelve el ánimo perplejo; pero nuestro tren tira para Vigo y la opción ya está resuelta por este momento. También hubo en Monforte renovación de su estación férrea, como si la R. E. N. F. E. tuviese apellidos galaicos. En adelante vamos a dejar el Sil para tomar la compañía del Miño, ambos insustituibles lazarillos para el camino; pero el río Sil nos muestra, antes de la despedida, la importancia de unos saltos con

su vigor y su denominación expuestos en unos cartelones más allá de la vía, que han de transformar a Orense en la primera provincia de producción eléctrica de nuestra Patria. La estación de empalme de Orense es otra maravilla que ha surgido de este jardín que es la ruta ferroviaria hacia Vigo. Desde el 18 de Julio la capital de Orense ha duplicado su censo vecinal y se calculan ya los servicios municipales para un Orense con cien mil orensanos. Esta vitalidad demográfica no impide que siguiendo adelante divisiemos al pasar por Ribadavia un letrero gigantesco anunciando una sociedad anónima dedicada a la fabricación de ataúdes. En vez del vino del Ribeiro, cuyos vñedos están aquí y se bebe aquí tierno y casi agraz, Ribadavia exporta féretros confeccionados con madera gallega a toda la nación española.

Al fin, Vigo, precedido por Porriño y por Redondela, por Guillarey penetrante hasta Portugal... Cuando Jorge Borrow vendiendo biblias protestantes vino a Vigo desde Pontevedra, Vigo era una aldea con una bahía envidiada por los pontevedreses, según relata don Jorgito «el Inglés». Lo demás de Vigo cabía en la palma de una mano, aun cuando en aquella sazón Vigo estaba alborozado y alborotado por un triunfo del Ejército liberal en la guerra carlista y por la presencia de unos cómicos de Oporto. En la actualidad, Vigo continúa con su bahía, que es tan perfecta como la catedral de Santiago, que fué construído bajo la pauta del número de oro; pero también es una urbe que contemplada desde el castro o desde el mar se ofrece con la más alta tensión del urbanismo. Un panorama vertical al lado de un ensanchamiento que se desliza por los valles entre los geranios, las rosas y los pinos. Vigo es una pulsación, cuyas ondas repercuten más allá del Gran Sol (mares ingleses), hasta Terranova, donde sus barcos de pesca arriban, como hasta las costas del Sáhara. El puerto pesquero de Vigo podría llamarse por antonomasia la Ciudad del Pescado, ciudad única en el orbe. En Vigo se producen desde los envases más delicados de plástico para las cremas femeninas hasta los potentísimos motores Diesel que mueven los barcos en sus travesías. Viguesas son las máquinas de coser construídas por lo hermanos Freire, que parecen disponer de un cerebro electrónico, como son vigueses los navíos con aforo para trescientos pasajeros que se alzan en las gradas de la familia Barreras. Vigo es así, señor Alcalde de Vigo, y ha sido una suerte para Galicia que Vigo sea de esta manera, porque hay muchos modos posibles de expresarse en la vida, ya que el alma gallega es doquiera la misma. Galicia pudo ser como Pontevedra, con sus grandes caciques de la Restauración, con sus grandes barbas cuidadas por Barreiro. Galicia pudo ser como Santiago o como Orense, una mezcla de intelectualismo y de cazurrería, que esto fué el galleguismo pedantesco y miope. Galicia pudo ser como Lugo, rural y amurallada. Galicia pudo ser como La Coruña o como Vigo; pero se hizo el milagro y nuestra Galicia (la Galicia de usted y la mía, que no soy gallego) se hizo como Vigo cuando Vigo se había hecho bastante La Coruña, cogiendo todo lo señorial, y La Coruña no había tenido empacho ni remilgo en aproximarse a Vigo. Claro está, don Tomás, que el fútbol queda aparte.

“AMOR SOLO” es el título del poema de Gerardo Diego que puede usted leer en el número 22 de POESIA ESPAÑOLA



**REPORTAJE PARA LA
TELEVISION AMERICANA
en el PALACIO DE EL PARDO**



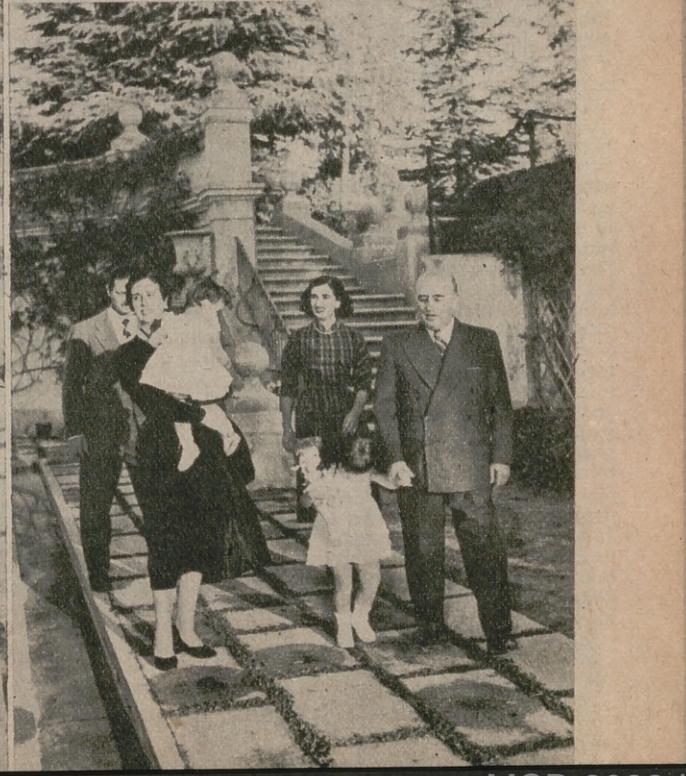
La reciente entrevista concedida por el Jefe del Estado Generalísimo Franco, a los periodistas de la Unión General de Trabajadores, señores De Pury, corresponsal diplomático de la agencia de Washington, y Forte, director de la misión de televisión en España, fué impresionada para la Televisión Americana. La entrevista tuvo lugar en el gran salón de los «pasos perdidos» del Palacio de El Pardo.





Para la preparación de este reportaje para la televisión, un equipo de operadores de United Press permaneció en Madrid durante diez días. La película fue llevada en avión a Nueva York, desde donde se ha distribuido a las más importantes estaciones de televisión del mundo. Se calculan en cinco millones las personas que van a oír y a contemplar esta información. La película ha sido pasada ya millares de veces en los Estados Unidos

el Estado
la Unidad Generalísimo mostró a los señores De Pury y Forte
tico de su estudio de pintura algunos de los cuadros que ha
la montado, en cuya labor se distrae y descansa de la abru
ción pesada tarea cotidiana que pesa sobre él. También en
salón los jardines de la residencia se impresionaron diferen
ardo es escenas familiares, cuyo rodaje fue tomado por Cam
na en las fotografías que reproducimos en estas páginas



UNA POLITICA DE SEGURIDAD

SE ha atribuido, con razón, al buen político la virtud de distinguir, sin error, las apariencias de las realidades; la facultad de ver claramente en el fondo de los acontecimientos, de los hombres y de las cosas.

Cuando en los primeros días del pasado agosto, el director de la International News Service en Europa, Mr. Kingsbury Smith, preguntó al Jefe del Estado español qué significación atribuía a los acontecimientos que provocaron la caída del ministro ruso Beria, obtuvo, primero, una respuesta concisa y contundente: «Lo ocurrido hasta hoy no pasa de ser, todavía, una revolución de jerarquías». Y después, casi a renglón seguido, añadía el Generalísimo: «No puede olvidarse que el comunismo soviético, en treinta y cinco años de existencia, ha podido cambiar de táctica, pero nunca de fine».

En esta frase se diferenciaban con exactitud la apariencia, la proyección externa y adjetiva del comunismo.

Ahora, en sus recientes declaraciones a la United Press, el Jefe del Estado, al referirse a la mejor política y a los métodos más indicados frente a la llamada «ofensiva de paz» de la U. R. S. S., ha propuesto: «Una preparación militar y un fortalecimiento económico que inspiren respeto y una política de seguridad y de justicia social que asegure la paz interna y la retaguardia, sin hacer caso de esa propaganda de paz que la Rusia soviética no sienten».

Existe entre ambas afirmaciones una íntima relación. Ambas resumen y explican, al mismo tiempo, la sólida base lógica en que se apoya la postura anticomunista de España. Postura de radical oposición al comunismo y absoluta de confianza ante cualquiera de sus maniobras tácticas, porque mientras el comunismo mantenga sus fines, la interna y pavorosa ideología que inspira sus propósitos reales estará en peligro, pese a cualquier hábil «ofensiva de paz».

«En realidad—escribe Berdaieff señalando la tendencia proselitista del comunismo—, el so-

cialismo marxista tiende a reemplazar al cristianismo. Tiene sus pretensiones religiosas, detesta la religión y pretende sustituirla. Es la rebelión del reino terrenal y humano contra el reino de Dios, el reino celestial.» Y de hecho, en nuestro tiempo, ningún político puede desconocer la atracción casi mística que despertó en las masas proletarias la fuerza persuasiva de sus falsos manifiestos teóricos. Hoy, por lo tanto, una simple acción de preparación militar defensiva frente a la amenaza comunista, sería una reacción incompleta, abocada al fracaso, o al menos a la ineffectividad. Para el mundo occidental son un peligro cierto los Ejércitos comunistas, no tanto por ser Ejércitos como por ser comunistas. Y por ello, al fortalecimiento económico y a los convenientes e indispensables preparativos de defensa militar, hay que añadir algo más, algo que pueda combatir la ideología comunista y vencerla: una política de plena seguridad y justicia sociales.

La Prensa extranjera, al comentar elogiosamente estas declaraciones del Caudillo, de las que recogemos hoy sólo un aspecto sobre el que conviene que mediten todos los políticos sinceramente decididos a salvar la cultura occidental, las ha calificado como «muy realistas». Efectivamente, lo son, puesto que enjocan sin error la realidad del problema que ha planteado el comunismo y perfilan su verdadera solución. Pero son también idealistas, porque no significan una mera expresión de reglas sabias pensadas al calor de una conveniencia de oportunismo o de pragmatismo político. Revelan el equilibrio y la prudencia que presiden toda la política española del Nuevo Estado, atento, por igual, a las necesidades materiales y a la conservación de los valores del espíritu, a la acción política y a las ideas de justicia que deben respaldar a esta acción para que no quede reducida a un simple episodio de fuerza.

EL ESPAÑOL

DE LAS PIEDRAS, PAN

LOS ABOGADOS Y EL ESTADO

LA profesión de abogado está pasando una tremenda crisis. No sólo en España, sino en el mundo. Crisis en cuanto a su consideración social y crisis en cuanto a los ingresos económicos de los profesionales. Coinciden esas crisis con la ruina doctrinal y práctica del Estado liberal de derecho. La política liberal fué definida como la política de los abogados. El ejercicio libre de la carrera de leyes era considerado como un título de competencia específica en los negocios públicos. Fueron buenos tiempos para la abogacía y en realidad se demostró que los profesionales del Derecho eran hombres no carentes de sentido común y de sensibilidad humana. Pero el hundimiento del viejo Estado liberal por los socialismos, los sistemas totalitarios, los regímenes de administración y otras modalidades políticas ha postergado a los abogados y ha dado todas las prerrogativas a los ingenieros, a los técnicos, a los organizadores y a los propagandistas. Porque los propagandistas ya no son los abogados-oradores de antaño, sino hombres dotados de amplios conocimientos técnicos especializados, que van desde la televisión al periodismo moderno.

No obstante, como nunca tiene

ancha sentido social la profesión libre de las leyes. Cuando el encanto de la vida pública se pone en la administración y en la política, la profesión de abogado adquiere un carácter caballeresco y heroico. Se trata, en definitiva, de la defensa del débil. La abogacía, en su dimensión actual, es una actividad que, sin proponérselo, ejerce una eficaz protección de la esfera particular, personal, frente al poder político y administrativo. Las nuevas realidades estatales, en su intervencionismo y en su fuerza expansiva, están constituidas por tanteos y firmezas, por errores y aciertos, por incertidumbres y evidencias, que la actuación de los abogados, a través de los cauces legales, tiende a discriminar. En este sentido, los abogados son hoy una de las dificultades que encuentra el poder político en todas las partes del mundo para la improvisación y la arbitrariedad. Por ello resulta natural que aquellos Poderes Públicos que quieren erigir las tácticas circunstanciales en estructuras legales luchan abiertamente contra los abogados y los anulan prácticamente, tal como ocurre en los países del «telón de acero». Y en contrapartida, aquellos Poderes Públicos, entregados a la tarea de crear un nuevo orden jurídico, como ocurre en España, vean en los abogados, en la resistencia que ofrecen, en sus habilidades, en sus recursos y es-

critos, una valiosa colaboración. Son desde luego, juzgando en lo inmediato, un contrapeso, un lastre para la actuación política del dirigente de raza. Pero ese lastre, ese contrapeso, dentro de un período largo, asegura el acierto del Poder y da garantías a los ciudadanos, cualquiera que sea su matiz político, frente a la actuación oportunista o interesada de los órganos de gobierno.

En España nunca la política del régimen ha sido enemiga de la jurisdicción y de los abogados. El nuevo Estado quiso ser, desde primera hora, un Estado jurídico. Han sido circunstancias ajenas a la política y más bien de orden económico las que han podido crear algunas dificultades pecuniarias a la profesión de las leyes en nuestra Patria. Por motivos de emergencia fundamentalmente económicos, surgieron en nuestro país algunas jurisdicciones especiales. El intrusismo jurídico, la venta de influencia y los despachos de gestión muchas veces se apoyaron en esas jurisdicciones. Pero todo esto va desapareciendo rápidamente. El nuevo Estado se perfila cada vez más como un orden jurídico clásico, en donde los abogados y juristas privados han de tener la tutela y la consideración públicas que se derivan de su colaboración necesaria y primordial al dinamismo y a la efectividad de ese orden.

Claudio COLOMER MARQUES

L cine Madrid. Va a hablar José Antonio. Una escalera lateral. Escucha un señor francés parecido a Herriot: bigotón y pipa, cara de viudo. Estudiantes. Muchachas de luto. Un poeta que ayer a estas horas escribía: «Canto la rosa en el balcón, señora»; y que mañana a estas horas escribirá: «Proclamamos la derrota de la luna». Obremos de la construcción, escupiendo a veces a lo chulo, no sea que nadie los tome por amarillos. Algún chófer viejísimo de casa grande. En el primer rellano, de codos sobre la baranda, un aprendiz de algo y una chavala pequeña y enérgica, cogidos de las manos, se miran a los ojos. Este cine, que era un frontón, es el local más grande de Madrid. En el silencio previo se adelanta la voz de José Antonio, pausada, joven, limpiísima.

«Vais a escucharme. Algúnos no habéis venido a escucharme, sino a impedir que se me escuche. Vais a escucharme todos. Los que intenten interrumpir serán conducidos por mis camaradas, en un plazo de minutos, a la Casa de Socorro más próxima.»

La calle de los Reyes. Soy un chava. Llevo en el bolsillo un ejemplar de *No Importa*, el periódico clandestino de la Falange, leído veinte veces. Hay una obra en construcción. Albañiles. Tiznones de hoces y martillos. Hay que armarla. Saco el periódico y lo abro; bien a la vista el título, puestos los ojos en los andamios. ¿No se darán cuenta del reto esos albañiles? Sí. Un muchacho se descuelga, como un mono iracundo; corre hacia mí. Es poco mayor que yo. ¡Va a armarse! Se me echa encima el chico proletario, polvoriento, escuálido. «¡Camarada! ¿Puedes dejármelo cuando lo leas?»

A la imprenta de *El Financiero*, en la calle de Ibiza, se entra bajando una estrecha escalera que hay en la punta del taller. Allí se imprime *Arriba*; no hay imprenta más barata en Madrid. Se abre, junto al techo, la puerta. José Antonio—¿lleva mono azul?—se detiene una fracción de segundo antes de bajar. Los cajistas, componedor en mano, quietos un momento, miran hacia arriba. Sus caras son exactamente las mismas caras de los herreros en «La fragua de Vulcano», tal como la pintó Velázquez, José Antonio, irónico, saluda brazo en alto. Todavía no; todavía los tipógrafos no hacen otra cosa que bajar la vista, con una especie de reconcomio. Terriblemente turbados por dentro, como si un átomo resplandeciente de la Eterna Be-

leza se hubiera colado de pronto en el desván de los rencores.

Cementerio del Este. Acaba de entrarse en el nicho el cuerpo de Calvo Sotelo, dentro de un ataúd. Arenga de don Antonio Goicoechea. Y ahora... El diputado del T. Y. R. E. se mete en un pequeño automóvil. Agarrando de los parachoques, levantamos el auto en el aire; las ruedas giran a toda marcha, impotentes. Explicaciones por la ventanilla. Pero ¿es que no vamos al Congreso? Explicaciones urgentes por la ventanilla. Tiene que irse. Se va. Pero ¿no vamos a ir los chavales al Congreso a pintar con carbón barbas, y bigotes, y patillas, y lunares en los rostros de los señores diputados, por lo menos? Diez minutos después, pasado Manuel Becerra, los guardias de Asalto nos ametrallan a mansalva. Un obrerillo herido, a quien queremos llevar al botiquín que tienen los de la calle de Serrano, esquina a Conde de Aranda, grita, rabioso: «¡No, no! ¡Donde esa gente, no!»

20 de noviembre de 1936. Está enfriándose el cuerpo de José Antonio. Una pluma oficinesca corre sobre el papel—Frisión de Alicante—inventariando los enseres del muerto: una pluma estilográfica, una Biblia, unos cepillos para los dientes, una manta, dos sábanas, un cabezal. «Y cuando llegue el día del último viaje y esté al partir la nave que nunca ha de tornar, me encontraréis a bordo, ligero de equipaje, casi desnudo, como los hijos de la mar.»

Veinte y tres años. La edad de Cristo, la de don Juan de Austria, la de Garcilaso, la de Alejandro Magno, ¿Más años podían haber sido? Se les ve, a esos años que no fueron, como fantasmas alcjados, en unas palabras de José Antonio a los obreros: «Nosotros hemos sacrificado nuestras vocaciones; nosotros, a quienes no aprieta el hambre que destroza vuestros hogares.» Claro está, corrían postales de José Antonio como estampas y frases suyas como jaculatorias. La oración por los caídos y por los que quedamos: «Haz que seamos, Señor, estrofas del cántico universal de Tu gloria.» Decían que es que no éramos católicos.

Casi vísperas de Navidad. Dentro de la juventud de nuestros corazones, como en un portal de Belén, nació en aquellas mañanas, tardes y noches que recuerdo un Amor con fuerza para alumbrar en el mundo.

Luis PONCE DE LEON

UN MAGISTERIO QUE PERDURA

A las cinco de la tarde del 18 de noviembre de 1936 dejaba ordenado su testamento José Antonio Primo de Rivera. Su muerte, como su vida, como su doctrina, como su conducta política, nada tuvo que ver ni con el patrón romántico ni con mimetismos de género alguno. Su actitud personal ante la muerte inminente y cierta, queda definida en estas sencillas palabras: «decorosa conformidad», «sencilla y contrita sinceridad», renuncia a «la gallardía de arapel», que le granjeara la póstuma reputación de héroe, «sin jactancia y sin protestas», generosidad tanto para perdonar a cuantos pudieron haberle dañado u ofendido y la misma grandeza generosa para rogar el perdón de aquellos a quienes hubiera causado «agravio grande o chico», y ofrenda a Dios de su sacrificio para compensar en parte lo que en su vida hubiera habido de egoísta y vano.

Toda la personalidad cálida, depurada y humanísima del Fundador de la Falange es clásicamente española. Clásicamente española y católica fué su muerte. Y en esto radica la incontentible, inmanente y fortísima eficacia y la perennidad de su impresionante magisterio dentro del suceso y el proceso histórico español. El Movimiento rehabilitó la fuerza de los símbolos y la fecundidad de los lemas elementales y eternos, pero se mantuvo en todo momento invulnerable ante la tentación fácil de crear el «mito». Con el símbolo, la doctrina, el lema, el rito puede casar perfectamente el dogma católico y el caudal de la pura tradición ideológica de España, pero no con el mito. Y en esta realidad y palpable humanidad de José Antonio radica su más alta ejemplaridad y su inalterable presencia moral y espiritual a lo largo de estos veinte años. Por eso, su figura no puede

ser encasillada en el pasado, pues pertenece al presente y al futuro de España.

Los problemas con los que sucesivamente ha tenido que enfrentarse el pueblo español en 1933, en 1936, en 1939 y en años posteriores, y con los que hemos de encararnos en el porvenir, no fueron ni serán siempre los mismos. Las coyunturas y circunstancias han experimentado y experimentarán cambio y variaciones. La capacidad y eficiencia políticas del Movimiento se medirán siempre sí, como ha dicho Franco el dar la batalla cuando se sabe que ha de ganarse. Y para ello, lo que nos importa, sobre todo y ante todo, es que permanezcan en plena vigencia las ideas matrices. La medula y la nervadura de su pensamiento, la pureza de actitud, la temperatura moral y la honesta fidelidad de nuestra conducta a los principios, la perfecta adecuación de esta conducta con el origen, misión y fines del Movimiento. También es válido interpretar aquello de dar la existencia por la esencia, entendiéndolo precisamente que lo contingente dentro del Movimiento, por su misma naturaleza, es lógico que sufra las convenientes y oportunas alteraciones, las que exija y cuantas exija el bien de España, pero no lo que es sustantivo, sustancial e irrenunciable, y justamente para que lo que es irrenunciable, sustantivo, sustantivo, se conserve en su más limpia y robusta virginidad. Tal es la enseñanza última, radical y suprema del modo de vivir y el «modo de morir» de José Antonio, tal la verdad y la veracidad del «modo de gobernar» de Francisco Franco, tal su modo de administrar el destino y los intereses sagrados de España.





LUTO EN ARABIA

IBN SAUD

SOBERANO SAUDITA Y LEON DEL DESIERTO

UNA FIGURA LEGENDARIA EN UN REINO COMO CUATRO ESPAÑAS

EL mundo árabe está de luto. Ha muerto el Rey Abd-el Aziz Ibn Abd-el Rahman Ibn Faisal-el Saud, más conocido por Ibn Saud, primer Soberano de Arabia Saudita, Imán de los uahabitas, Guardián de las ciudades santas del Islam. Gran Señor del desierto. Grande en la guerra, en la política, en la diplomacia, en el amor, en la ambición, en la riqueza, en el ascetismo musulmán, la figura legendaria de Ibn Saud, una de las más fulgurantes de los últimos tiempos, ha destacado en la historia árabe moderna, rigiendo un país que es por sí pura leyenda.

UN REINO COMO CUATRO ESPAÑAS

Entre el golfo Pérsico y el mar Rojo, con Iraq y Jordania al Norte y el Yemen al Sur, se encuentra Arabia Saudita. Si en un sentido geográfico estricto se debe considerar territorio asiático, por sus peculiaridades físicas y humanas encaja en país africano. Es como un regalo que ha hecho el Sáhara, en nombre de Africa, al continente asiático. Un regalo de arenales tórridos, sin casi vegetación, porque el agua

apenas existe en aquel país. En Arabia Saudita, el único líquido que abunda es el petróleo. Que ya es bastante.

Arabia Saudita es el único país del mundo que está sometido absolutamente a normas religiosas. Y también debe gozar en solitario del lujo de no tener presupuesto de Estado.

Hay muchas otras cosas en este país que no se pueden saber con exactitud, y una de ellas es el número de sus habitantes. Nunca ha sido censada la población. Y, así, los cálculos estimativos oscilan de cuatro a siete millones. Si hacemos caso al Anuario Demográfico de la Organización de las Naciones Unidas, nos enteramos que tiene seis millones, que ciertamente pueden moverse con holgura en los 1.890.000 kilómetros cuadrados—cerca de cuatro Españas—de extensión.

Este era el reino del Rey recién muerto.

«SIEMPRE AL SERVICIO DE DIOS»

«Antes que nada, musulmán; después, árabe; siempre, al servicio de Dios.» Es toda una divi-

sa la que ha guiado la vida de Ibn Saud. Y en verdad que la ha cumplido.

Nació en Riad en 1880, cuando su padre era Emir del Neyed, una de las regiones que ahora forman la Arabia. En aquella época los turcos intervenían muy directamente en los asuntos árabes, y por efecto de esta intervención, que fomentó el poderío de la tribu de los Rachid, el Emir y su hijo se vieron obligados a huir del Neyed, refugiándose, tras una larga etapa de convivencia con los beduinos nómadas del desierto, en el vecino sultanato de Kueit.

La vida en el desierto y la pobreza de los años de exilio forjaron la fortaleza física y moral del que había de ser gran guerrero. A los diez años de exilio, y cuando contaba veinte de edad, Ibn Saud empezó su vida militar, que le iba a dar, además de un reino, treinta y seis heridas.

CON CUARENTA HOM- BRES A LOMO DE UN CAMELLO

Entre todas sus extraordinarias acciones guerreras hubo una que la vemos hacer en el cine a Dou-

Ibn Saud con el Ministro español de Asuntos Exteriores, señor Martín Artajo, y el embajador de España durante la cardinal entrevista que sostuvieron en Riad



glas Fairbanks y pensamos que los argumentos de Hollywood tienen una fantasía desbordada. Lo que hizo Ibn Saud a los veinte años fué atravesar el desierto — territorio enemigo — desde Kueit, en el golfo Pérsico, hasta Riad—algo así como Madrid-Barcelona—, al frente de cuarenta hombres, a lomo de camello, sin más armas que la espada y sencillos fusiles del 1900. Llegó ante la ciudad, escaló sus murallas con seis hombres y se apoderó de ella en una noche, tras previo degüello de sus defensores, empezando por el gobernador. Así inició la conquista de unas vastas regiones que treinta años después formarían un reino que andando el tiempo tendría representación, con asiento, voz y voto, en la Organización de las Naciones Unidas.

A partir de aquel momento, Ibn Saud no deja de combatir y de triunfar. Conquista todo el Neyed, el emirato de su padre, derrota a la tribu usurpadora, hace desistir a los turcos de su interés por Arabia y somete a numerosos jeques y emires, que se repartían, en parcelas, el desierto arábigo.

INGLATERRA TROPEZO CON IBN SAUD

Inglaterra se quiso poner delante de Ibn Saud, pero pudo darse cuenta muy pronto de que aquel joven aguerrido y violento no se dejaba manejar. Durante la primera guerra mundial, Inglaterra ascendió a un jeque, Hussein, de chérif de La Meca a Rey del Heyaz (otra de las regiones de la actual Arabia Saudita), porque se apoyaba en él en su lucha contra los turcos; a Ibn Saud le garantizó el pago de cien mil libras anuales si se mantenía tranquilo. Ibn Saud siguió luchando, a pesar del donativo, y la Gran Bretaña se lo retiró. Poco después las tropas de éste atacaron al protegido inglés y le arrebataron el reino del Heyaz. Ibn Saud se proclamó Rey del Neyed y del Heyaz, y se inició así una rivalidad dinástica, que aun existe.

(Los hijos de Hussein, Abdullah y Feisal, fueron nombrados Reyes de Transjordania e Iraq. Esta dinastía, la dinastía hachemita, ha contado siempre con la protección inglesa. Y ha tenido enfrente, también siempre, al Rey de Arabia Saudita.)

El 18 de septiembre de 1932 Ibn Saud fundía los dos reinos en un Estado bajo la denominación de Arabia Saudita, completando la obra iniciada en 1901. Sus grandes dotes militares, bien demostradas a lo largo de tantos años de lucha, no amularon sus facultades políticas. Y pudo conseguir lo que por espacio de dos siglos fué el sueño de su dinastía: el reino uahabita.

«ESTA PROHIBIDO TODO LO QUE EL CORAN NO ORDENE.»

«Está prohibido y es pecaminoso todo aquello que el Corán no ordene o autorice expresamente.» En estas pocas palabras se condensa la doctrina uahabita. Las más viejas e intransigentes puritanas inglesas parecerán, sin duda, frívolas vicetiples al lado de la rigidez y austeridad uahabita. Porque como Mahoma no autorizó el uso y disfrute del alcohol,



El Presidente de la República egipcia, Naguib, conversa con el Rey de la Arabia Saudita, Ibn Saud



Una escena moderna en la vieja Arabia. Donde antes era ruta de camellos, hoy es el aeropuerto de Yedra, frecuentado por aviones de todo el mundo



Un puesto callejero en la ciudad de Riad. Sobre el típico puesto pende un chacal disecado que causa la más grande sorpresa del pacífico visitante

del tabaco, de la música, de la danza, de los espectáculos, los uahabitas no fuman, no beben, no bailan ni oyen más música que la guerrera. (Claro está que algunas cosas se suavizan; por ejemplo, admiten todo lo que en los inventos es pura técnica: automóviles, armas, medicinas, etcétera.)

El uahabismo, fundado por un tatarabuelo del Rey Ibn Saud, es el más ascético y estricto de los cuatro ritos ortodoxos de que consta el Islam, y tuvo su origen en una reacción mística ante las frivolidades y desviaciones de amplios sectores musulmanes del 1700. También prohíbe las cofradías, el culto a los santos, la reproducción de la imagen (hay cierta manga ancha por lo que respecta a la fotografía), la mezcla de hombres y mujeres en actos públicos, la usura, afeitarse la barba...

Esta es la religión oficial de Arabia Saudita. Y como la pura legislación coránica es la que informa la justicia del país, amputar la mano al ladrón, lapidar a la mujer adúltera, matar al juez prevaricador, son sentencias completamente normales.

170 ESPOSAS

Si el Rey Ibn Saud destacó extraordinariamente como guerrero, como «padre de familia» también ocupó un lugar privilegiado. A los quince años contrajo su primer matrimonio; cincuenta años después celebraba su boda número 170. El harén del Monarca saudita ha sido, además, uno de los mejor poblados—en cantidad y en calidad—del mundo islámico. En algunos momentos parece ser que

contaba con más del centenar de concubinas.

Como el Corán permite tener, a la vez, hasta cuatro mujeres, y autoriza el divorcio, Ibn Saud, renovando continuamente sus mujeres, pudo llegar hasta esa cifra respetable de matrimonios. Pero en el derroche amoroso del Rey no sólo intervenía el corazón, sino también la política. Como el máximo honor de una familia es que una hija se desposa con el Rey, el Monarca uahabita fué emparentando, a lo largo de su vida, con las principales tribus de su reino, consiguiendo alianzas que de otra forma no hubieran sido tan fieles.

En su juventud, antes de reafirmar su poder sobre todo el territorio, acostumbraba a tener solamente tres esposas, reservando una plaza libre por si razones políticas de urgencia aconsejaban un matrimonio oportuno.

Los resultados de esta vida matrimonial son fáciles de suponer, pero difíciles de saber. Se le cifra el número de hijos vivos—la mortalidad infantil tiene que ser necesariamente muy elevada—desde un máximo de 130 a un mínimo de 38, sin contar las hembras, que tan poca significación tienen para el musulmán.

Todos los ministros del Gobierno, todos los altos puestos civiles y militares del reino son hijos y nietos de Ibn Saud. El primogénito, Emir Saud, ha sido proclamado nuevo Rey. Un hijo de éste, emir Abdullah—que estuvo en Madrid hace un mes—, ha sido quizá el ministro más joven del mundo: a los dieciocho años era ministro del Interior y Sanidad.

ARABIA, EL CUARTO PAÍS PRODUCTOR DE PETRÓLEO DEL MUNDO

Ibn Saud era uno de los hombres que percibían mayores ingresos en el mundo: unos 120 millones de dólares anuales. Una cifra muy respetable que obtenía, como ahora obtendrá su sucesor, no haciendo más que permitir a los americanos que explotaran los petróleos del país.

Arabia Saudita ocupa el cuarto lugar de los países productores de petróleo. La explotación comenzó el año 1933 y la realiza un grupo norteamericano formado por cuatro de las mayores compañías petrolíferas del mundo. Unas cifras indican el próspero negocio: en 1936, la producción fué de 2.600 toneladas; en 1946, ocho millones; en 1949, 23 millones; en 1951, 36 millones de toneladas. Durante ese año se extrajeron diariamente de los pozos sauditas más de 100.000 toneladas.

El petróleo, que lo mismo puede ser una saneada fuente de ingresos que una causa de conflicto internacional—véase el caso de Irán—, manejado por la astucia y habilidad de Ibn Saud se tradujo en la salvación financiera de su patria y de su larga familia. Ibn Saud consiguió lo que ningún otro país ha podido lograr: que la compañía explotadora repartiera a partes iguales los beneficios obtenidos con el propietario del terreno.

Los americanos en Arabia Saudita han transformado una parte del país. Existe una ciudad petrolera especial, Dahrán, con su puerto anejo, donde está instalado el cuartel general de la enorme organización. Diez mil empleados y técnicos extranjeros y quince mil obreros árabes están trabajando en la explotación.

Como las reservas conocidas sobrepasan los mil doscientos millones de toneladas, el reino saudita tiene asegurado por muchos años el ingreso suficiente para atender a sus necesidades y rellenar las arcas reales.

ARABIA DEBE TODO A SU REY

Todo lo ha conseguido por su esfuerzo Ibn Saud. Sin la aparición de tan extraordinaria figura, la Arabia sería hoy seguramente una tierra fragmentada, reducida a protectorados. La Arabia Saudita actual pese a su economía rudimentaria, a la esterilidad de su suelo, al especial sistema de gobierno que implantó su primer Rey, es un país con política definida, con unidad nacional, que hace sentir su peso en el conjunto de los pueblos árabes.

GRAN CRUZ DEL MÉRITO MILITAR ESPAÑOLA

Otro aspecto grato del difunto Rey fué su evidente simpatía hacia España, que tuvo ocasión de exteriorizarse durante la visita que hizo a aquel país, entre otros del Oriente Medio, en abril de 1952, la Misión presidida por nuestro Ministro de Asuntos Exteriores.

Ibn Saud estaba condecorado con la Gran Cruz del Mérito Militar española.

Manuel MORENO ROMAN

PORTUGAL, ESE DESCONOCIDO...

UNA REPUBLICA
HELVETICA O
ESCANDINAVA,
BAÑADA POR
EL TAJO

La metempsicosis del
alma portuguesa



El Presidente Craveiro cuenta con el cariño de su pueblo, que en él admira el equilibrio de una vida y de un espíritu ejemplar

La "escuela de Salazar", regla de cálculo y método Pestalozzi

(De nuestro redactor,
enviado especial en Lis-
boa, M. BLANCO TOBIO)

NADA más bajar del «Lusitana Express» esperaba encontrar-me una ciudad—Lisboa—empapeada con los carteles de propaganda electoral. No vi absolutamente ningún cartel. Esperaba encontrar-me también al pueblo lisboeta entregado a la especulación electoral, a la discusión de estas y aquellas candidaturas. Nada. La gente se sorprendía un poco cuando les decía que había venido a Lisboa «a ver las elecciones». Finalmente abrí los periódicos. Ni una palabra del asunto que me interesaba. «Bueno—me dije—. Y ahora, ¿cómo demonios escribo yo una crónica sobre las elecciones?»

Almorzando con unos amigos en el Círculo Eça de Queiroz, me enteré de cosas todavía más sorprendentes:

—El alcalde prohibió que se gasen carteles en las paredes.

Suspendí el viaje de mi tenedor a la boca:

—¿Por qué?

—Por simple estética. Hace feo. Lisboa es una ciudad pulcra. Y que conste que la prohibición alcanzó a todos por igual.

No pude por menos que acordarme del tremendo despliegue mural del señor Malacuera, en unas elecciones para concejales del excelentísimo Ayuntamiento de Madrid.

—El señor Presidente (doctor Oliveira Salazar) no ha querido cerrar la campaña electoral con un discurso—dijo otro comensal—para no estorbar a la oposición...

—¿Cómo!—exclamé lleno de santo asombro.

—Sí; la oposición esperaba agarrarse a cualquier frase del Presidente para retirarse honrosamente, evitando así un descalabro en las urnas. Pero Salazar ha querido que comprobasen el lunes el «brillante» resultado de sus discursos.

—¿Y el silencio de la Prensa desde dos días antes de la votación?

—Es una especie de compromiso de honor. Lo que se pretende con ese silencio es que la gente pueda reflexionar en frío, sin presiones exteriores, sobre la trascendencia de su voto. No se ha querido que los electores fuesen a las urnas como el negro del sermón, con la cabeza caliente y los pies fríos.

Bien. Nuestros lectores ya conocen todo lo demás.

«NO ES NADA: OTRA REVOLUCION EN PORTUGAL»

Quien conozca la historia de Portugal a partir del 5 de octubre de 1910, fecha en que se proclamó la República, y todo lo que siguió hasta el 28 de mayo de 1926, fecha en que nació el Estado Nuevo, sabe que hay motivos de sobra para asombrarse ante este Portugal de ahora, próspero, feliz, laborioso, ordenado, que más se parece a Suiza o a cualquier país escandinavo que a un país latino exaltado y electorero. En el período comprendido entre las dos fechas apuntadas más arriba, Portugal no fué «l'homme malade» de Europa; fué «el hombre desahuciado», casi el cadáver de cuerpo presente de Europa.

Poco después de proclamada la República, Antonio Cabral fué a ver una revista en París. Cuando los artistas estaban en escena, dialogando, se oía un fenomenal estrépito detrás de las bambalinas.

—¿Qué es eso?—preguntaba un actor.

—Voy a averiguarlo—respondía el otro, que volvía al poco tiempo—. No es nada... Una revolución en Portugal.

Seguía la representación, hasta que volvía a armarse otro estrépito, igual que el anterior. Nueva interrupción y nueva investigación tranquilizadora:

—No es nada... Otra revolución en Portugal.

Si un portugués salía al ex-

tranjero, lo primero que le preguntaban era aquello de:

—¿Cómo va eso de las revoluciones?

Cuando durante la primera guerra mundial, Joao Chagas, ministro de Portugal en París, visitando el frente donde se batía el cuerpo expedicionario portugués, expresó su deseo de ir hasta la primera línea de fuego, Barthou, que le acompañaba, le preguntó sardónicamente:

—¿Cree usted que es tan fácil como hacer una revolución en Portugal?

En realidad, nada era tan fácil como hacer una revolución en Portugal. Como les dije en mi crónica anterior, entre 1910 y 1926 se registraron 16 revoluciones; es decir, a una por año. A su vez, el periódico lisboeta «O Seculo» hizo una vez el balance de disturbios producidos en Portugal entre 1911 y 1927. Totalizan ¡208! Es una cifra bastante elocuente; no creo que la supere ningún otro país europeo. Todo estaba en que un día se levantase con dolor de estómago un cabo de la Flota fondeada en el Tajo o en que un teniente de Artillería se sintiese de repente libertador de la patria lusitana. Ese día, un grupo de gente armada se fortificaba en la inevitable Rotonda, en Lisboa, y hacía la revolución por su cuenta. Prácticamente, cada casa era un nido de conspiradores numantinos, puede decirse que la más laboriosa e importante actividad de todo ciudadano portugués era conspirar diariamente y agarrar, de vez en cuando, un fusil para hacer fuego desde la Rotonda. Fué aquella una época romántica, anárquica y febril, en la que los

Tres figuras representativas del Portugal actual: el Presidente Craveiro, el doctor Oliveira Salazar y el Cardenal Arzobispo de Lisboa, monseñor Cerejeira



diputados iban a la Asamblea Nacional a insultarse, a concertar duelos; en la que, en los desfiles cívicos, la masonería desfilaba detrás de los bomberos; en la que los niños se familiarizaban antes con la pólvora que con las letras. Cuando después de liquidado el «decenbrismo» con el asesinato de Sidonio Páes, se invitó a Alfonso Costa, «señor incendiario», como le llamó Clemenceau, a que regresase a su patria, el jefe democrático y demagogo máximo, especie de Lerroux lusitano de la época de la Semana Trágica de Barcelona, se disculpó en estos términos:

—No voy a Lisboa, porque allí, incluso los niños llevan bombas en el bolsillo.

«CADA 100 METROS CUADRADOS, UN ALMIRANTE»

El lector puede imaginarse fácilmente lo que sería Portugal y el pueblo portugués en estos años lamentables, invocados recientemente por algunos opositores, cuyas venerables y anacrónicas barbas asomaron a las páginas del periódico «O Republicano». Como dijo el otro día un candidato de la Unión Nacional, Portugal tenía entonces un almirante por cada cien metros cuadrados; pero no tenía Flota. En los cuarteles, la disciplina estaba completamente relajada, y los soldados comían sentados en el suelo, con el plato en las rodillas.

El escudo era una moneda que ni aparecía en las cotizaciones internacionales. El crónico y espantoso déficit presupuestario fué calificado como la «única institución permanente del país». El nivel de vida de la población era, sin duda, de los más bajos del mundo; los obreros pasaban hambre, y mucha gente, incluso en la capital, andaba descalza. Una revolución metía en la cárcel a la mitad de la población portuguesa, y otra revolución vaciaba rápidamente las cárceles, para meter a la otra mitad. Tal fué el resultado de una República afanosamente dedicada a hundir para siempre al país. Portugal, una nación madre de naciones, que por puro milagro siguió manteniendo su enorme imperio colonial, perdió todo su prestigio a los ojos del mundo y se convirtió, por obra y gracia de sus desenfadados políticos, en un país mendicante de empréstitos exteriores, difícil de entender por propios y extraños, anárquico y fuera de circulación en la especulación internacional.

THE PUZZLE OF PORTUGAL

Así estaban las cosas cuando sobrevino la Revolución Nacional del 28 de mayo de 1926. No dispongo de espacio suficiente para historiar este gran acontecimiento. El caso es que Portugal encontró al hombre que necesitaba para remediar todos sus males, en el doctor Antonio Oliveira Salazar, oscuro profesor de economía política en la Universidad de Coimbra.

Salazar se propuso dos metas asombrosas: Poner fin al crónico déficit presupuestario y... (transformar la mentalidad y los hábitos del pueblo portugués! Nada más. Nada menos. Lo primero lo logró al año siguiente de trabajar en el Ministerio de Finanzas; lo

segundo puede decirse que es una realidad veinticinco años después de haber entrado silenciosamente en la vida pública portuguesa. Sin duda ha habido en el mundo hacendistas capaces de nivelar un presupuesto con un siglo de tradición deficitaria; pero no creemos que haya habido estadistas capaces de transformar tan profundamente, en veinticinco años, nada menos que la mentalidad y las costumbres de todo un pueblo; de un pueblo, además, viejo y dotado de una robusta personalidad. La cosa parece imposible porque la historia nos enseña que la mentalidad de los pueblos permanece inalterable a lo largo de los siglos; pero en el caso de Portugal, la trasmutación es perfectamente visible: Entra por los ojos. Quien no acepte esta trasmutación, no podrá comprender nada del Portugal 1953. Nos explicamos, así, el desconcierto de un corresponsal del «Daily Mail», Ferdinand TUOHY, cuando el 13 de mayo de 1952 escribió desde Lisboa una crónica titulada «The puzzle of Portugal». Comenzaba así: «Muchos países están desconcertados ante Portugal. Sólo ella, entre los países que figuran en un reciente informe del Fondo Monetario Internacional, ha logrado reducir su coste de vida».

ESCANDINAVINIZACION O HELVETINIZACION DE PORTUGAL

El desconcierto de esas naciones es ampliamente compartido por los viajeros que llegan a Lisboa sin haberse purgado de los prejuicios creados en torno a Portugal por su catastrófica experiencia republicana. Esperan encontrarse una cosa y se encuentran con otra diametralmente opuesta.

¿Qué esperan encontrar aquí? Pues, lógicamente, un país latino, un mucho pintoresco, un poco sucio, un algo desorganizado; características todas que convienen a lo que tradicionalmente se entiende por latino.

¿Qué encuentran, en cambio? Pues, inesperadamente, sorprendentemente, un país que pudiéramos calificar de helvético o de escandinavo, si entendemos por estas denominaciones: orden, pulcritud, meticulosidad, seriedad, puntualidad y cierta frigididad política e incluso sentimental.

Asombroso, ¿no? Pues es la pura verdad. Portugal, más que «europeizarse», se ha helvetizado o, si lo preferís, escandinavizado. Uno cree hallarse más en Zurich o en Estocolmo que en Lisboa. En realidad, Lisboa es un Estocolmo con un cielo inmaculadamente azul y con veintiún grados de temperatura, en pleno noviembre. Esto lo decimos más por los lisboetas que por la propia ciudad en sí, demasiado luminosa y dolorosa para imaginársela al norte del paralelo 60.

El portugués exaltado, gesticulante, hiperbólico y entregado a la pasión política, pertenece a una especie casi totalmente extinguida. Hoy, el portugués 1953 habla siempre en voz baja, no gesticula, no dramatiza; es metódico, trabajador y puntual. Se preocupa más de cumplir con sus deberes cívicos que de hablar de política; siempre lleva prisa; siempre lleva su derecha; jamás

arroja un papel al suelo. Sus carreteras son espléndidas, sus trenes puntuales, su burocracia eficaz. Siente una supersticiosa preocupación por el estricto cumplimiento de sus leyes, madrugando y se acuesta temprano. Ustedes dirán si les conviene o no ese calificativo de helvético o de escandinavo que les hemos aplicado.

En una sola cosa asoma la oreja de la latinidad portuguesa: En el fútbol. Quien quiera hacerse una idea del temperamento atlético portugués, no tiene más que asistir a un partido de fútbol. La obra del doctor Oliveira Salazar no ha llegado todavía a las gradas de los estadios.

EL MINISTRO Y EL LIMPIABOTAS

Porque esta transformación, casi esta metamorfosis del alma portuguesa, es la obra exclusiva de un hombre: del doctor Oliveira Salazar. Coincidiendo exactamente con la primera impresión que yo había recibido de Portugal, un inteligente diplomático español, residente en Lisboa, me dijo:

—El Presidente tiene la mentalidad de un profesor suizo. Gobierno el país con una regla de cálculo en una mano y con el método Pestalozzi en la otra. El resultado, como puedes ver, es un verdadero milagro de estabilidad política y de prosperidad económica.

Hoy, la que pudiéramos llamar «escuela de Salazar», que comprende a profesores, periodistas, escritores, economistas, etc., ha creado un nuevo tipo de hombre portugués, digno de ser estudiado. Son hombres que trabajan silenciosamente, de la noche a la mañana, sin pronunciar jamás un discurso ni colgarse en el pecho una condecoración; hombres que visten modestamente y que no saben hacerse bien el nudo de la corbata; hombres extraordinariamente sobrios y frugales. Todos parecen profesores de Universidad con poco dinero y con mucha teoría económica en la cabeza. Pero detrás de esta apariencia insignificante, a la que se añade toda la melancolía y todo el romanticismo de la raza lusitana, hay agazapada una indomable energía y una lógica que golpea como un martillo.

Con una regla de cálculo en una mano y con el método Pestalozzi en la otra, Salazar ha creado un pueblo admirable: que el domingo hizo colas delante de los colegios electorales con una disciplina y un orden casi religioso. Me acordé, necesariamente, de quienes a veces han dicho que el Estado Nuevo es un Estado totalitario.

¿Un Estado totalitario? Algunos ministros del Gobierno portugués van a tomar café, con periodistas e intelectuales, en «A Brasileira», especie de «Café Gijón» lisboeta. El otro día, uno de estos ministros, que a veces soportan estolamente el soneto de un poeta novel, requirió los servicios de un limpiabotas, por medio de un camarero.

Respuesta del limpiabotas:

—Dile al señor ministro que tiene a dos delante; que en cuanto termine, le tocará a él.

M. BLANCO TOBIO.

Lisboa, noviembre.

CALLOSA DE SEGURA, EL PUEBLECITO



Una barraca típica del país

ALICANTINO QUE QUISO RESCATAR A JOSE ANTONIO Y LE COSTO 52 MUERTOS

LA VEGA BAJA ES UN JARDIN DE 7.000 HECTAREAS

EL CAÑAMO ES
UNA OBSESION Y
UNA NECESIDAD
PARA LOS
HABITANTES DE
LA VERDE TIERRA
ALICANTINA

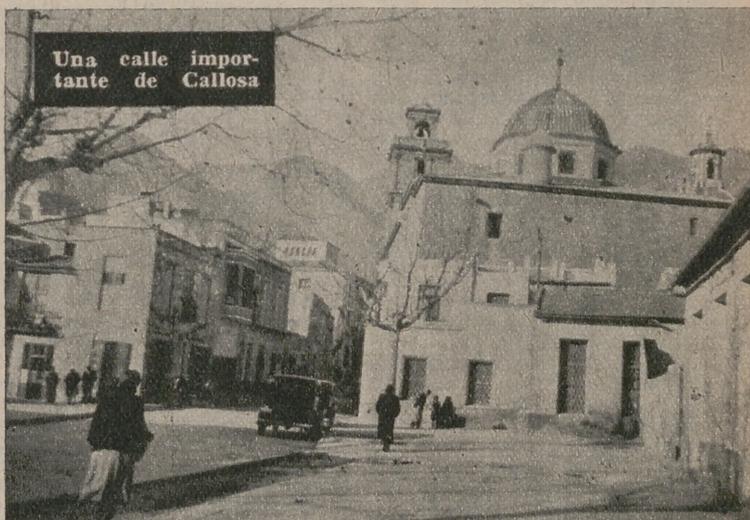
CALLOSA, TAPIZ DE CONTRASTES

Si usted, compañero, pasa alguna vez por Callosa, deténgase. Baje del coche o del tren y pasee un poco por sus calles. Suba a San Roque y contemple a sus pies el pueblecito. Mire a lo lejos y vea una huerta que es un jardín casi de 7.000 hectáreas. Y si vuelve un poco la cabeza podrá admirar una sierra imponente que se pone de pie como un reto a la llanura enorme y verde que es la vega baja del Segura.

¿Que usted no va a pasar nunca por aquí? No importa. Yo le serviré en letra impresa y «por diez reales» todo lo que he visto y he oído.

Callosa es un pueblo alicantino con sueños de capital de tercer orden. Es el séptimo que hay en la carretera general de Alicante a Murcia. Sí, eso es, el séptimo. Saliendo de la ciudad de Gabriel Miró tenemos: Torrellano, Elche, Crevillente, Albatera, Granja de Rocamora, Cox y Callosa. Pero no confunda usted esta Callosa de Segura con la otra Callosa de Ensarriá, que está más arriba de Alicante, tirando hacia Valencia.

Por la parte NO. del pueblo se levanta una sierra que lo circunda en forma de abanico. Las casas se encaraman hasta allá arriba formando anchas y accidentadas avenidas. Por el SE. mira



Una calle importante de Callosa



El campanario de la iglesia con la ermita de San Roque al fondo

abiertamente hacia la vega, y el que quiera, desde cualquier punto de la sierra, puede ver toda una llanura que se extiende hasta el horizonte—horizonte del color de la nata—, cerca del mar. Son treinta o treinta y cinco kilómetros los que separan a Ca-

llosa de la costa que va desde Guardamar a Torrevejeja.

Es pueblo de contrastes. A veces parece que el tiempo se ha puesto a descansar en cualquier esquina. Y a veces también nos sorprenden las construcciones un poco desconcertantes de ahora:

último modelo a lo «Made in U. S. A.» Yo he llegado a ver un rebaño de cabras con su zagal a la cabeza, flauta al hombro y zurrón al costado pasar fría e indiferentemente junto a un «hái-ga» de cien mil duros, por lo menos.

LA MARCHA DE LOS 52: GESTA DE HEROES

Quién sabe en qué rincón de Callosa se gestó la idea; una idea insólita, pero quizá por eso hermosa y digna de eternizarse en bronces para asombro de las generaciones futuras. José Antonio estaba preso en el Reformatorio de Alicante. Se sabía de antemano cuál iba a ser el veredicto del juicio-pantomima. El paredón era inminente. Aun no hacía mucho que pasó el Fundador por Callosa, encendiendo los corazones huertanos con una extraña fe hasta entonces desconocida. Había que rescatar al Jefe fuera como fuera. La Falange se les había metido muy dentro a fuerza de martillazos que eran las palabras de José Antonio. Y una noche—18 de julio de 1936—fueron llegando uno a uno por las sendas de la huerta que oía a tierra fresca. El punto de reunión era «La Torreta», una finquita del término de Rafal, villorrio que sólo dista de Callosa unos tres kilómetros. Todos se habían armado con arreglo a lo que tenían. Unos con pistolas guardadas celosamente, otros con largas escopetas del 12 y cartuchos con «postas», esos plomos que se utilizan para cazar lobos y alimañas; muchos llevaban, además, navajas y cuchillos de punta acorada y filo cortante. Llegaron uno a uno. Los ojos brillantes y enfebrecidos, los gestos nerviosos, en la boca un rictus de firmeza. La empresa era temeraria: sólo cincuenta y dos hombres—algunos no llegaban siquiera a los veinte años—contra todas las fuerzas rojas de Alicante. Aquella noche sacrificaron una vaca. Y cenaron todos juntos en una alegre, trágica y auténtica camaradería. Muchos sabían que no habían de volver. Era la última cena. Antes del amanecer los camiones tenían ya los motores calientes. Estaban preparados para la gran marcha. Tras un abrazo fraternal y apresurados apretones de manos, los 52 falangistas fueron ocupando su sitio en los camiones. Un último repaso a las armas y, ¡en marcha! Los coches enfilaron veloces la carretera de Alicante. Mientras tanto, ya había llegado rumor de lo que se preparaba a los milicianos de Rafal. Estos comunicaron rápidamente con los de Callosa, y los de Callosa lo hicieron con Alicante. Grandes fuerzas de guardia de asalto se apostaron en un sitio estratégico que hay a cosa de una legua antes de llegar a Alicante. Llevaban una ametralladora pesada. Llegaron los camiones. Tu vieron que parar. El fuego de las armas tenía el ruido de una verdadera batalla. Finalmente fueron hechos prisioneros la mayor parte de los 52. Poco después eran fusilados. El «¡¡Arriba España!!» fué lo último que gritaron aquellos camaradas. Sólo tres—los hermanos Torres—lograron escaparse a la sierra de Crevillente. Pero cayeron también en la cueva donde se refugiaron. Los rojos

los habían localizado y una noche la asaltaron matando a los tres únicos supervivientes de los camiones. Así, pues, no se salvó ni uno solo. Murieron los 52 como iluminados, como mártires, como héroes, como falangistas. En «La Torreta» se ha levantado una sencilla Cruz de los Caídos, que recuerda a los olvidadizos aquella marcha silenciosa por las rutas del dolor y de la muerte, aquella marcha dramática y emocionante, aquella marcha de angustia y de inquietud, aquella marcha de fervor y de luceros...

En Callosa hay dedicada una calle a la gesta de los 52. Está en los aledaños del nuevo cuartel de la Guardia Civil. Se llama calle de los Mártires de la Vega Baja.

Si viene usted, compañero, por estos andurriales, no deje de ir a «La Torreta». Allí se oye perfectamente, bajo el azul infinito de un cielo enorme, el mensaje imprescriptible de los 52 caídos por Dios y por España.

CAÑAMO, CAÑAMO, SIEMPRE CAÑAMO

Apenas ponga usted los pies en Callosa, lo primero que oirá es la palabra «cañamo». Y no es extraño, porque el 80 por 100 de la población vive de esta planta. El cañamo es aquí una obsesión y una necesidad. Si ve cualquier tertulia de callosinos en la calle, en el café o en «La Glorietta» (especie de parque de recreo), piense que están hablando del cañamo y de sus problemas, y no se equivocará. Algunas veces suelen hablar de fútbol, sobre todo los jóvenes, pero después de haberle dado al tema del cañamo «veinte mil vueltas».

Seguramente que usted, cuando se calza unas alpargatas o unas botas de caza, no piensa en toda la serie de manipulaciones artesanas que han sido necesarias para confeccionarlas. Quizá no piense, porque no tenga ganas o porque no le hayan hablado de esto. Por si fuera lo último, yo se lo explicaré todo en un periquete.

Empecemos por la siega de la planta que se lleva a cabo en plena canícula, bajo un sol que pesa como una coraza. Esta faena es agotadora, porque el tallo del cañamo es leñoso y exige del segador que tenga un «buen brazo». Pasemos por alto el «enjargolado» y el «embalsado», operaciones que consisten la primera en golpear los haces de la planta para que suelte los cañamones o semillas, y la segunda, en meter esos haces en una especie de balsa o piscina, para que fermente y tome consistencia la fibra que envuelve el tallo. Seguidamente se procede al «agramado». El agramado se hace golpeando el haz con una cuchilla sobre un banco de madera que tiene un canal longitudinal. Así suelta la mayor parte de «gramiza» o tallo leñoso. De esta forma queda en disposición para el «espado», faena que consiste en azotar las madejas con una especie de espada ancha de madera, para que se desprendan las últimas gramizas. Aun así quedan en las guedejas trozos minúsculos de cortezas que hay que arrancar en el «rastrellado». Para ello se pasa repetidamente el haz de fibras sobre el rastrillo, algo así como un ce-

pillo con puntas de acero finísimas, entre las que se quedan los detritus que aquí llaman «estopa». La estopa se trenza después y queda hecha la cordeta, de la que saldrán las suelas para alpargatas y botas de lona. Las guedejas del cañamo obtenido—guedejas suaves al tacto y rubias como rayos de sol—constituyen la materia prima de otra serie de operaciones tales como hilado, tejido, confección de redes, etc.

Antes, cuando había carestía de esta planta, se solía trenzar el esparto con una capa fina envolvente de cañamo. Esto es lo que se llama «trenza encapada» que, como es lógico, tiene menor valor y es de menor duración que la hecha con cañamo solamente. Ahora que ya hay una buena producción cañamera, se sigue haciendo igual. Por eso, cuando compre usted unas alpargatas o unas botas de caza, mire la suela, y si a través de las fibras casi blancas del cañamo, descubre otras de un color amarillizo rabioso, que es el del esparto, no las pague como si fueran de cañamo puro.

INDUSTRIA, NUMEROS, ECONOMIA

Callosa es la sede manufacturera del cañamo. Puede usted contar hasta 122 fábricas que ocupan a 1.000 obreros especialistas en el espado y rastrellado. Otros 2.000 productores más, así en números redondos, trabajan en industrias derivadas. Son hiladores, alpargateros, trenzadores, etc. Callosa constituye el 60 por 100 de la riqueza de toda la región. En la Vega Baja se recolectan unos ocho millones de kilos del producto que suponen un devengo de jornales por valor de 200 millones de pesetas. Además hay que considerar que abastece de esta materia prima las fábricas de alpargatas de Elche, Crevillente, Aspe y Santa Pola. Villajoyosa consume más de los dos millones de kilos en la confección de redes y otros usos de mar. En esta población, que se lleva el 75 por 100 de la producción de redes y aparejos de altura de todos los puertos españoles, da trabajo a 1.000 obreros y a 4.000 rederas.

Con el cañamo que se produce en la Vega Baja del Segura, España se ahorra un gasto enorme de divisas, al no tener que importar el yute y otras fibras exóticas.

DON ANTONIO BALLESTER, «ANTOÑICO»

Si imagina usted a un hombre pequeño, medio calvo, con gafas, cuarentón, ex seminarista y delegado en Callosa de la D. N. S., es con toda seguridad don Antonio Ballester, llamado familiarmente «Antoñico». «Antoñico» sabe «horrores» como se dice malamente por ahí. Es una especie de ratón de archivo. Le tiene declarada la guerra a muerte a los lepidismas, esos bichitos que destruyen códices y manuscritos, folios y encuadernaciones. Antoñico conoce la historia de Callosa palmo a palmo. A veces se ha metido a arqueólogo y ha sacado de la sierra verdaderas curiosidades milenarias.

—Don Antonio, ¿qué antigüedad le echa usted a Callosa?

—Como núcleo de población



Una panorámica aérea de Callosa de Segura

existe desde el período neolítico o de la piedra tallada.

—Me han dicho que usted hizo excavaciones en la sierra. ¿Sacó algo interesante?

—Figúrese usted. Tengo la mejor colección de pedernales que pueda haber en España. Además también encontré una hacha de bronce de la Edad de los Metales y un collar de «caracolicas» primorosamente perforadas y en estado fósil, con más de cinco mil años de existencia.

—¿Qué hombres ilustres han nacido en el lugar?

—El obispo Torres; las beatas terciarias, muertas en olor de santidad, Angela Godoy y Juana Guillén; el que fué secretario de Fernando VII, don Mariano Trives Valdivielso; el padre mitrado fray Antonio Gálvez y Gulabert, definidor general de la Orden de Santo Domingo y rector y candelero perpetuo de la Universidad Orcelitana. Y así muchísimos más, como los dos guerrilleros que en la guerra de la Independencia mandaron cada uno una partida de 300 hombres, y dos hijos de Callosa también fueron con Hernán Cortés al descubrimiento y conquista de Méjico.

EN HOMBROS COMO LOS TOREROS

Los callosinos son gente jarañera y bulliciosa, espontánea y gastadora. Cuando ven un forastero lo miran con una curiosidad impertinente. Si es usted el forastero, no se inquiete, que no

hay malicia. Le escudriñan para sorprender en usted algún detalle de simpatía. Y si es así, tendrá en seguida todos los amigos que quiera, que le pondrán en el compromiso de aceptar un café con leche, una copa de coñac o una comida en su propia casa. Las gentes del lugar son así de abiertas. En una ocasión pasó por aquí Alfonso XIII, cuando iba a inaugurar los canales de Riegos de Levante. Pues bien; pararon el coche, lo rodearon por completo, y sin pensarlo dos veces cargaron a hombros con el Rey, como si hubiera sido un torero. Así lo entraron en el templo arciprestal de San Martín, Obispo. Alfonso XIII sonreía ante la espontánea y dulce prutalidad de aquellos súbditos todo corazón.

SAN ROQUE, EL ARROZ Y COSTRA Y LA SANDIA

La devoción del pueblo se centra en su Patrón San Roque, peregrino de Montpellier, abogado contra la peste. Hay cuatro días al año dedicados a él en fiestas mayores durante el mes de agosto. Ese día es rara la casa, por pobre que sea, en que no se guise un buen arroz y costra. Para postre se le abren las entrañas a una de esas pelotas verdes que son las sandías. Es lo típico. ¿Usted no ha probado un arroz y costra? Es algo estupendo. Mire: se guisa el arroz con pollo, conejo y embutido casero. Y cuando

está hecho se vierte encima una docena de huevos batidos. Al cuajarse el huevo, se hincha y se torna que es un primor. Se sirve en trozos, como si fueran de tortada.

Si vine usted por aquí, no deje de probar un arroz y costra. Es un plato único en el mundo. Y sólo en este pueblo saben darle el punto exacto.

A San Roque se le venera en una ermitica que hay en un repecho de la Sierra. Se le nombra Patrón de Callosa por buía de S. S. Pío VII. El 16 de agosto el júbilo de los callosinos es indescriptible y la procesión que le hacen a la imagen emotiva en grado superlativo. Peregrinos, vestidos con ropas andariegas recién estrenadas, caminan detrás de su Patrón descalzos o de rodillas. La mayor parte de las calles no están pavimentadas. Son de tierra y abundan en piedrecitas, que deben clavarse como cuchillos.

«NO-DO» DE LA HUERTA

Lo primero que se ve, mucho antes de llegar a Callosa, es un gigante de piedra que mide 500 metros de estatura. El gigante fué en edades pasadas guía o faro de las naves que surcaban el «Mare Internum». Figura en las cartas de navegación. De sus entrañas se sacaron los famosos mármoles negros que sirvieron para ornamentar palacios y monumentos en toda España, según cuenta el viajero alemán A. Fisher, del siglo XVIII.

La vega se extiende a sus pies como una alfombra verde surcada de acequias. Las barracas, hechas con cañas y barro, surgen a cada paso, ya al borde de los caminos, ya entre chopos y sauces, ya en el lomo de los ribazos. Al verlas así, blancas de cal con techo de juncos, duda uno sobre si Blasco Ibáñez las copió para sus novelas o fueron las barracas las que salieron de las novelas del que trazó «Arroz y tartana».

La Vega está llena de hombres fuertes, templados en el duro trabajo del campo; hombres de sol con cara de tierra. Para ellos la ciudad es especial. Cuando oyen algo pecaminoso que ha pasado allí suelen responder: «Eso son cosas de capital.» Y se quedan tan satisfechos, como si con ello hubieran resuelto el problema. Sus preocupaciones son siempre por la marcha de las cosechas y por el precio que han de alcanzar en los mercados. Son hombres que miran al cielo cuatro horas diarias y a la tierra ocho. Su mundo es pequeño, reducido, ínfimo; la mujer y los hijos, la taberna y, a lo sumo, la tertulia al atardecer en la plaza del caserío, mientras giran los vencejos alrededor de la ermitica. Alguna vieja monda patata sentada en una silla de anea, bajo una higuera. Pero no quita su ojo avizor de la nieta, que pela la pava con el novio. El no es raro que lleve en la oreja un ramito de alábega, en la misma posición que se ponen el lápiz los contables.

En esta Vega se cosecha de todo: vino, aceite, maíz, patatas, algodón, tomates...

LUIS FERRER CASSAINS
(Enviado especial)

(Fotos de Antonio Rivera Marín.)



Palacete de líneas modernas que se eleva en medio de palmeras centenarias, destinado para la banda municipal

LA FUERZA DEL COLOQUIO

EL diálogo es el lazo suave de la hermandad humana. La ruptura del mismo causó la dispersión babilónica de los hombres.

El diálogo es el conducto de entrada y salida de los sentimientos en el corazón humano. En donde él se establece, aunque sea alrededor de un pequeño velador de café, crea y ata a él a un grupo de amigos, fidelísimos a la cita diaria. Y allí se verifica la transfusión de los espíritus hasta lograr la igualdad de las almas.

Con una finura extremada, San Juan Evangelista nota que Nicodemo, el que amortajó el cuerpo de Cristo, es el que dialogó una noche con Jesús sobre los misterios de la vida sobrenatural.

Lo que no puede el pedagogo ni los libros lo verifica el interloquio, poniendo como en un mostrador las bellezas de dos almas y acortando la distancia más larga de todas, que es la de dos corazones separados.

Con notable acierto y fruto se ensayan las conversaciones estivales en San Sebastián para deshacer prejuicios mutuos entre naciones. Las lecciones universitarias de verano en Santander son una convivencia internacional de los estudiosos para que el diálogo anude las roturas causadas por el sectarismo. A este mismo fin contribuyen los numerosos Congresos de los científicos, que, variando cada año de sede, fomentan el conocimiento mutuo de donde sale la amistad.

Y, en cambio, roto el diálogo entre las naciones civilizadas y levantado un denso telón entre las mismas, se ha partido Europa en dos porciones antagónicas que se amenazan cada día.

¡Cuánta falta hace el frecuente coloquio entre los hombres! Entre la clase dirigente y la masa, entre patronos y obreros, de las diferentes clases sociales entre sí, de las juventudes en sus diferentes aspectos vocacionales... En todos los casos experimentados el coloquio ha surtido su efecto benéfico con las características de fusión de almas, elevación del espíritu y comprensión generosa.

En la penumbra del atardecer se desplaza un grupo de seminaristas, ufano con su riqueza vocacional, iluminada por las ciencias sagradas. Entran dos veces por semana en un colegio universitario. También allí hay juventud con vocación de rumbos diferentes. Unos y otros tienen algo que dar y mucho que aprender y rectificar en sus conceptos.

Sin empaque académico, sin tema presupuesto, charlan, se preguntan mutuamente, vierten sus preocupaciones, van limando el acervo impreciso de su proyección social. Y por este coloquio amical reiterado se conocen, se compenetran en una simpatía mutua que convierte su riqueza juvenil en oro de ideales y aumento de nobleza.

¡Quién ha desvanecido aquella angustia que, dicen, penetra en centros universitarios y pone arrugas en las frentes juveniles? El solo diálogo que ha injertado de nueva savia la vida del espíritu de cada uno.

Cada día podemos leer en los periódicos y revistas el diagnóstico de los expertos sobre la grave enfermedad del mundo. En la familia, en las clases sociales, entre las naciones y continentes. Ello radica en la falta de coloquio y la separación de corazones.

En pocos años cada grupo social ¡cuánto ha

andado en dirección opuesta!: la fe y la incredulidad, el obrero y el empresario, el Evangelio y el egoísmo, la indiferencia materialista y el coro idealista, iluminado por la vocación. Las simas que los separan son cada día más hondas.

Crean muchos que la apostasía obrera en religión es causada por el agobio económico y el bajo nivel de vida. Se estima, por lo tanto, que el aumento de ese nivel desvincularía esta masa hermética y disolvente.

Juzgo, no obstante, que el pecado de origen en estos problemas planteados en la vida social del trabajo, radica en el divorcio de las dos clases afectadas por el ismo. He experimentado en los muchos casos que he conocido y aun tratado, que el diálogo directo y constante entre los elementos afectados jamás ha permitido la ruptura de la paz y el fracaso de los sentimientos rectos, aun en tiempo de subversión general.

En el orden más trascendente del espíritu, el coloquio sacerdotal-obrero, he visto cómo triunfaba totalmente en las bocas de las minas, en los campos depauperados, en talleres y factorías de masas importantes y en todas partes en donde el celo sacerdotal ha embestido cara a cara el muro de separación que aísla a estos hombres humildes.

Los casos de recuperación de la fe y de retorno a la Iglesia de grupos obreros españoles por el solo contacto con el sacerdote, son numerosos. No dependen de una justicia social ni de un nivel de vida más elevado, logrado. Son nacidos al calor del diálogo sacerdotal, y a veces basta el contacto de un compañero discreto.

El coloquio equilibra mutuamente las opiniones; y si va unido por la simpatía y caridad, verifica el milagro transformador del alma.

Fué suficiente la visita de un sacerdote a un puñado de familias adheridas a los pastores protestantes para volver en bloque al redil de la Iglesia, y con más firmeza que antes.

¡Cuánto daño causa a la paz ciudadana la separación de las clases sociales! Es preciso una mayor convivencia. Es urgente restablecer el coloquio entre patronos y obreros, además de las leyes sindicales. Se hace indispensable la contribución de los dirigentes y dotados por la naturaleza a estas normas que la misma naturaleza, la religión y la experiencia imponen, para conjurar el peligro de disolución que amenaza a la sociedad actual, hija del cristianismo que todos profesamos.

Concepto dañoso para el bien público el fomento de centros y costumbres exclusivos de una clase social. En cambio las diversiones populares, en las que se mezclan los hombres de todas las categorías en una misma afición, las juzgo en sí ortodoxas y concordantes con el espíritu evangélico.

Así debería ser la fraternidad humana en todas las facetas de la vida. Como en el templo, todos mezclados, de rodillas todos, participantes por igual de la misma lección sagrada, del mismo sacrificio, de iguales sacramentos y del mismo premio final.

O la paz según Cristo o el puño en alto.

RAMON,
Obispo de Cartagena

Suscríbase a EL ESPAÑOL y tendrá asegurado
su ejemplar todas las semanas

GRANADA, EN EL RECUERDO DE DON MELCHOR



"GANIVET Y SU OBRA SON EL EXPONENTE DE UNA MANERA ESPAÑOLA DE SER"

"No soy tan benévolo como la gente cree", dice Fernández Almagro

DON Melchor Fernández Almagro, cuyo aspecto y cuya fama de crítico severo podían dar una impresión de hombre adusto y juez terrible, es un buenazo de Dios: palabra afable, gesto cortés y cordialidad de abuelo divertido y campechano.

Ver a don Melchor en su casa es un descubrimiento notable. Nada de engolamiento, suficiencia o estiramiento académico. Todo lo contrario: sencille, espontaneidad y vivacidad casi de muchacho. A veces llegó a parecerse un condiscípulo de la Universidad.

Hasta ahora siempre le habíamos visto a distancia, con ese mudo e imponente respeto que crea alrededor de las personas su prestigio o su atuendo. Por eso, conocerle en la intimidad ha sido una revelación que nos ha sorprendido. Hasta tal punto que de hoy en adelante, cuando le veamos por la calle con su aristocrática gravedad y su empaque de terrateniente, quizá nos atrevamos, al saludarle, a preguntarle por su gato.

Y es que Madrid, respecto a estos hombres jamosos, está lleno de provincianos. Provincianos que somos los noveles cuando creemos que con los consagrados no se puede hablar si no es para hacer agudas exégesis de tex-

tos antiguos o para dejar cautelosamente en suspenso el juicio sobre los presentes.

La casa de don Melchor tiene un clima denso como los vinos añejos. Toda ella es santuario, medio en penumbra, donde cuelgan como lámparas votivas fotografías y tallas que son todas vivas; reliquias de historia. Don Melchor debe ser un sentimental tremendo, mente que pervive en la veneración de los símbolos y corazón que ama tiernamente los detalles de una fina amistad. Su casa tiene un clima pacífico, tan pacífico que allí nuestras voces sonaban como a algarrabía de nietos que vienen a rendir homenaje al abuelo que ha de terminar dándonos un duro en plata. Así es don Melchor y así es su casa.

GRANADA, EN EL RECUERDO

COVALEDA.—¿Se siente usted ligado por razones sentimentales o artísticas a los literatos granadinos de antes y de ahora?

DON MELCHOR.—Naturalmente. Yo soy un granadino cabal que conserva el amor a su tierra y la devoción a la Virgen de las Angustias.

CASTILLO.—¿Cuánto tiempo lleva sin ir a su ciudad?

DON MELCHOR.— Muchos años. Pero en mi recuerdo sigue viviendo la ciudad y su espíritu. Algo de mis nostalgias quedaron en mi discurso de ingreso en la Academia y mucho también en el libro que he dedicado a Ganivet.

CASTILLO.—Estarán estos días, me figuro, echándole el ojo al nuevo candidato. ¿Cree que...? (aquí dos nombres...) (Don Melchor se huele la tostada y empieza a hablar de la incomodidad que tiene que ser para el fotógrafo moverse por la habitación a oscuras. Es día de restricción en el barrio. Fuera llueve.)

CARANTONA.—¿Qué le parecen el cúmulo de leyendas que alrededor de Granada y su historia se han creado?

DON MELCHOR.—En esto hay de todo. Arbitrariedades no faltan. Pero también la exactitud aparece a veces y entonces es cuando se logra la mayor eficacia. Recuerden cómo define García Lorca a la ciudad del Darro. (Don Melchor recita con entonación casi colegial pero con el dedo en alto, un dedo que nos atemoriza un poco.)

«...para los barcos de vela Sevilla tiene un camino: por el agua de Granada sólo reman los suspiros.»

COVALEDA.—¿Qué le parecían las guías granadinas existentes?

DON MELCHOR.—Son de muy desigual valor. Para mí las más destacables las ha escrito Gómez Moreno y Gallego Burín.

CARANTONA.—A usted le entusiasmará la labor que Gallego Burín está realizando ahora y la que emprendió antes...

DON MELCHOR.—Don Antonio fué un Alcalde excepcional que supo ir rescatando poco a poco los valores urbanos que se iban perdiendo. Ahora, con los Festivales Musicales está realizando los deseos de Ganivet.

CASTILLO.—¿Ganivet quería una Granada culturalmente autónoma y creadora?

DON MELCHOR.—Sí, el llevaba dentro el sentimiento de la «polis» griega. Consideraba las calles como agora y al ciudadano como hombre selecto y seleccionable.

CARANTONA.—¿No cree usted sano y eficaz este localismo de Ganivet? ¿No le parece el mejor antídoto de los regionalismos?

DON MELCHOR.—Ya dijo Ganivet en su Epistolario que en Granada no había habido regionalismo desde que fué reconquistada. Pero esta cuestión ha de resolverse por la iniciativa y el entusiasmo de los habitantes de cada ciudad.

CASTILLO.—¿Quiéreme decir que esto es una medida de plenitud, una superación y que indica el grado de perfección de un pueblo?

DON MELCHOR.—Algo de eso.

CON MI «GANIVET» RECIBI EL ESPALDARAZO

(Empieza a llegar de la habitación de al lado un olor tostado a pasta recién traída del horno. También se huele intensamente el aroma del café. Personajes misteriosos están colocando una suculenta mesa —a veces los sentidos no engañan— al otro lado de la puerta de cristales.) (Sin querer nos movemos un poco sobre los cómodos asientos de las butacas.)

COVALEDA.—¿Fué su amor a Granada el que le llevó a biografiar a Ganivet?

DON MELCHOR.—Algo influyó esa circunstancia. Pero Ganivet, precursor de tantas cosas, no contaba en 1923 con un estudio completo de su vida y de su obra. El Ateneo convocó un concurso con este tema y yo me presenté.

CASTILLO.—¿Fué fácil el triunfo?

DON MELCHOR.—Pasé cierto mérito. Se presentaron valores destacados como Quintiliano Saldaña y González Blanco. Por otra parte, yo no conocía al jurado.

CARANTONA.—¿Quiénes lo componían?

DON MELCHOR.—Mazetu, Azorín, Pérez de Ayala, Gómez de Baquero, Díez Canedo y no sé si alguno más...

COVALEDA.—¿A cuánto ascendía el premio?

DON MELCHOR.—Eran dos mil pesetas. El libro debía editarlo el autor por su cuenta.

CASTILLO.—¿Cuánto tardó en salir?

DON MELCHOR.—Unos dos años. También tuve suerte. El público y la crítica lo acogieron bien.

CARANTONA.—¿Ha introdu-

cido muchas modificaciones en la nueva edición?

DON MELCHOR.—En esencia poco ha cambiado. Claro que ahora tengo en cuenta los trabajos aparecidos desde aquella fecha. No son demasiados. Valga como ejemplo el Epistolario de Ganivet con Nicolás María López.

NO SOY TAN BENEVOLO COMO LA GENTE CREE

CASTILLO.—La gente dice de usted que es demasiado benévolo en sus críticas...

DON MELCHOR.—No lo soy tanto como algunos creen. Solamente con los libros que dejo pasar sin hacer crítica de ellos, ya queda hecho un buen espurgo. Después, siempre hay alguna indicación en mis críticas que ponga las cosas en su lugar.

CARANTONA.—Esos párrafos que cita literalmente de los libros juzgados, ¿están escogidos para que el lector juzgue por sí mismo?

DON MELCHOR.—Con este fin los recojo. Son textos seleccionados intencionadamente. Lo que yo no puedo hacer, por razones de carácter, es enseñarme con un hombre que ha escrito un libro y lo ha publicado luego Dios sabe a costa de qué sacrificios...

COVALEDA.—Entonces aquellas críticas sangrientas de Clarín no le satisfacen...

DON MELCHOR.—Clarín daba varapalos al desconocido que en provincia escribía un poema a su novia muerta, pongo por caso. Le salía con tiquis miquis gramaticales. En cambio, a consagrados como Pereda o Núñez de Arce les trataba con todo miramiento.

CARANTONA.—Consagrado era Cánovas y de él dijo que, medido a la griega, no llegaba a un estadio su estatura intelectual...

DON MELCHOR.—En eso ya había razones políticas por medio.

VALLE INCLAN Y UNAMUNO NACIERON CON AFECTACION

COVALEDA.—¿Tiene buena crítica Ganivet en el extranjero?

DON MELCHOR.—Sí: en Alemania, por ejemplo, consideran el *Idearium* como la quintaesencia de lo español. Y en verdad, Ganivet y su obra, son el exponente de una manera española de ser.

CARANTONA.—Ganivet y Unamuno son coetáneos. ¿Encuentra comparables sus figuras?

DON MELCHOR.—Lo son. Aunque Don Miguel viviera hasta 1936 y Ganivet muriera con el siglo, cada uno dejó su legado. Ambos son insustituibles.

CASTILLO.—¿Cree usted que de haber vivido más tiempo hubiera llegado Ganivet a más?

DON MELCHOR.—Eso no se puede ni afirmar ni negar. Ganivet vivió y escribió con vocación enorme. En esto de la muerte del escritor en general hay muchas complicaciones. Ya ven ustedes; si Unamuno declinase como ensayista surgiría el poeta que llevaba dentro.

COVALEDA.—Y en lo personal, ¿se da algún paralelismo entre los dos?

DON MELCHOR.—Ganivet era espontáneo, sencillo, provinciano en el buen sentido de la palabra. Unamuno nació afectado lo mismo que Valle Inclán. Pero tam-

bién esta timidez de Ganivet podía considerarse como otra forma de afectación.

INFLUENCIAS Y COINCIDENCIAS

CARANTONA.—¿No cree que don Ramón influyó en su coterráneo de usted Federico García Lorca?

DON MELCHOR.—Generalmente, más que de influencias se debe hablar de coincidencias. Don Ramón y Federico gustaron lo popular, cada uno a su manera.

CASTILLO.—Pero en el teatro de Lorca, la «Casa de Bernarda Alba», verbi gratia, hay expresiones vaineinclanescas.

DON MELCHOR.—Yo diría, mejor, que ambos bebieron de las mismas fuentes: el lenguaje campesino. De todas formas, no se puede negar que Valle Inclán tuvo parte en la formación de Lorca.

CASTILLO.—¿Ve clara la influencia de don Ramón en Cela?

DON MELCHOR.—Por supuesto.

COVALEDA.—Usted fué amigo personal de Lorca.

DON MELCHOR.—Nos conocimos desde la adolescencia. Casualmente yo le ayudé en sus primeros pasos teatrales. Federico había estrenado en 1920, en el teatro Eslava «El maleficio de la mariposa», su primera obra. Fué un fracaso. Las compañías teatrales no querían oír hablar de él. Entonces me pidió que presentara una obra suya a una primera actriz. Yo hacía en aquel momento crítica de teatro. Logré interesar a la Xirgu, y Federico estrenó «Mariana Pineda», y comenzó a tener cartel. Entre uno y otro estreno habían pasado ocho años.

(Don Melchor, hombre de intimidades, se deja llevar por el recuerdo. Habla de aquellos tiempos de juventud. Algo emocionado se levanta y nos trae dibujos y cartas de su amigo. La caligrafía y los monigotes de Lorca parecen conservar una fresca y nerviosa vivacidad. La luz aun no ha venido. Unas cerillas alumbran con resplandores temblorosos. La entrevistista se va deshaciendo en charla personal que a veces sólo es monólogo. Un monólogo lleno de matices, sincero y arraigado a cargo de un hombre que sabe y siente. Don Melchor es inagotable. Sabe de todo y a todo responde rápido y agudo. Lo que ahora se habla no es justo transcribirlo, no porque en ello vayan incluidas enormidades o indiscreciones, sino porque son palabras amicales, de esas que gusta guardar adentro para volver a oír las en la mente cuando el tiempo ha pasado.)

(En la sala contigua la merienda estaba lista. Y vino la luz.)

(Fotografía Mera.)

Asegúrese usted

EL ESPAÑOL

todas las semanas

solicitando una suscripción.

FISCALIZACION DEL GASTO PUBLICO

Por Enrique ESTEBAN

EL gasto público, estrictamente considerado, es el pleno reconocimiento oficial de una obligación del Estado que nace de la imperiosa e ineludible misión de satisfacer sus necesidades, derivadas de los fines propios que tiene que cumplir, en sus dos aspectos: estático y dinámico, en orden a ser sociedad perfecta organizada dentro del marco de la civilización. Cada concepto del gasto público tiene asignada una función específica.

La aprobación del presupuesto de gastos representa el modo solemne de la distribución de los caudales públicos, condensados por afluencia de los recursos, entre las obligaciones que deban ser exigibles durante el curso de su vigencia. Es la racional previsión que hacen las Cortes, como representantes genuinas de la nación, para poder atender cargas, servicios y obras, según el plan financiero, amplio y estudiado, en el que aparecen clasificados por su naturaleza y significación. No puede llevarse a efecto libramiento alguno con este destino que carezca de suficiente consignación y no tenga ajuste exacto en la índole con que fué contraído, es decir, reconocido, ya que de proceder de otra manera implica desobediencia al mandato legislativo y, por ello, se convierte automáticamente en ilegal.

Los gastos públicos suelen manifestarse en tres sentidos muy generalizados: unos sirven para cubrir atenciones que son consecuencia de la amortización e intereses de las deudas en circulación, cuyos empréstitos permiten la extensión de un gasto extraordinario en el plazo de varios años, descargando o aminorando el sacrificio económico excesivo de la generación que hubo de crearlo; otros están destinados a mantener vivas las instituciones peculiares de la administración pública con todos sus servicios en condiciones de perfecto funcionamiento, que constituyen la compacta estructura burocrática, y, los restantes, responden al verdadero ritmo del proceso cinematográfico del Estado en el camino del progreso y son los que imprimen un conocimiento claro de la orientación política. Los dos primeros tienen fisonomía de firmeza y permanencia y pueden calcularse con exactitud, mientras que los últimos son más aleatorios y oscilantes y, por tanto, de más difícil ponderación.

El gasto debe discurrir por el cauce trazado, sin salirse de sus límites, y desembocar en el lugar propuesto; sólo así se cubre plenamente el objetivo de la política presupuestaria. Cualquiera alteración, por suave que sea, será desnaturalizar su virtualidad y variar el valor de su efectividad. No es suficiente el éxito de conseguir créditos para una lista de exigencias prudentemente discriminadas, es necesario que la ejecución guarde relación con la prevención. Es decir, ha de gastarse exclusivamente en aquello para lo que fué autorizado el gasto. Y la vigilancia de esta realización, que se traduce en el riguroso control de las inversiones, la garantía de hechos reales y el revestimiento de formalidades especiales, constituye la fiscalización del gasto público, procedimiento adminis-

trativo que en ningún momento debe olvidar quien tiene en sus manos la gestión y ordenación del presupuesto correspondiente.

Esta realidad viva tan evidente fué recogida en múltiples disposiciones legales de eficaz desarrollo positivo, de las que actualmente son fundamentales la ley de Administración y Contabilidad de 1 de julio de 1911, modificada en su capítulo V, sobre contratación de obras y servicios, por ley de 20 de diciembre de 1952, el Reglamento de 3 de marzo de 1925, en su capítulo II dedicado a intervención, y el decreto de 28 de septiembre de 1935 sobre fiscalización e inspección de los gastos públicos.

Por decreto de 11 de septiembre último se reforman diversos artículos del citado Reglamento de Intervención y si bien las innovaciones no constituyen novedad, no obstante, se observa el espíritu unificador y la adaptación a los tiempos presentes. Como dice su preámbulo, las modificaciones comprenden la necesidad de poner en armonía con el actual nivel de precios los límites de competencia de los interventores en cuanto al ejercicio de sus funciones, puntualizar las consecuencias de la falta de fiscalización previa de las obligaciones y de la disconformidad entre las órdenes de pago y el dictamen fiscal y modificar los preceptos a que está sujeta la comprobación de las recepciones. Su contenido constituye un cuerpo de doctrina valioso en materia de intervención del gasto público.

La cuantía que se fija para la competencia de los interventores-delegados en la fiscalización previa del reconocimiento de obligaciones o gastos y de las inversiones de cantidades es de 250.000 pesetas, anteriormente 50.000, y cuando rebasen esta cifra la actuación corresponde al interventor general de la Administración del Estado. De esta manera se concede indudable facilidad en orden a la tramitación de estos expedientes, ya que en su mayoría queda la función diseminada en los centros y organismos que los motivaron y evita la considerable acumulación en uno central superior y, a su vez, permite formular el más perfecto y extenso estudio de las causas que originan los gastos y circunstancias que lo rodean. La delegación de facultades interventoras con vista a una mayor subdivisión, es evidentemente un ahorro de tiempo, una parcelación por especializaciones, más profundidad en el criterio y máxima garantía en el trabajo. Únicamente aquellos de importancia económica elevada se reservan al propio interventor general, al objeto de darles mayor solemnidad, y al que incumbe, asimismo, señalar los principios básicos que deban servir para formar un juicio uniforme.

Todos los pagos que reúnen las características de ser fijos en cuantía y periódicos en vencimiento, quedan exentos de fiscalización previa, pues se juzga suficiente intervenir el acto primero o principal, que evita la repetición de un examen ya formulado o la aceptación de un hecho evidentemente reconocido y autorizado de forma legal, por lo que la diligencia de fiscalización se hubiera reducido a simple formulismo sin consecuencias posteriores.

Cuando la obligación no haya sido previamente fiscalizada, se abre un procedimiento rápido, que termina, si procede, en acuerdo del Consejo de

Suscríbase a POESIA ESPAÑOLA

Ministros, para rectificar tal defecto sustancial y llenar los requisitos de que ha de ir revestida. Se corrige así la alteración en el sistema que pueda conducir a eludir trámite de tanta importancia y envuelve de la publicidad conveniente para advertir y después sancionar conductas irregulares en cuanto al compromiso y disposición de fondos. La administración de los caudales públicos tiene que ser clara y diáfana, de modo que no dé lugar a dudas y resplandezca en cualquier lugar la probidad del funcionario; por eso la intervención del gasto es una garantía especial que proclama la administración austera del gestor y tiene, naturalmente, que satisfacer al que se desenvuelve con austeridad. Procedimiento similar se sigue al tener efecto la intervención crítica del reconocimiento de las obligaciones o gastos, cuando el interventor general los considere improcedentes, que lo consignará en dictamen razonado, siempre que el Ministerio o Centro de que proceda el expediente no se conforme con el reparo formulado.

Para la intervención de la inversión de cantidades destinadas a realizar servicios, obras y adquisiciones, la comprobación de que el importe de los pagos ha sido debidamente aplicado se practicará indefectiblemente siempre que excedan de 250.000 pesetas y también cuando se estime lo requiere la índole de aquélla; podrá llevarse a la práctica por los mismos interventores-delegados o por funcionarios de los cuerpos facultativos del Estado de la especialidad, si se estima conveniente la posesión de conocimientos técnicos, siempre y cuando aquéllos no hayan tenido relación oficial con el proyecto, dirección, contratación o ejecución directa y, de ser posible, dependientes de distinto Departamento del que se refiera. Se busca en este sentido no sólo la mayor capacidad técnica para enjuiciar la autenticidad de las inversiones y calibrar la importancia de ellas al tener presente los acuerdos, presupuestos y condiciones facultativas, administrativas y económicas que sirvieron de base, sino, a su vez, facilitar la independencia de actuación para que la fiscalización no sea entorpecida o desviada de su fin primordial.

Al objeto de que la intervención crítica se lleve a cabo con pleno conocimiento de causa, se remitirán a los interventores todos los justificantes del gasto, con propuesta, informes y diligencias inherentes, es decir, el expediente original en trámite de que se dicta acuerdo. Con esta suma de antecedentes es posible formar una opinión exacta en cuanto a la legalidad del gasto y su ajuste con las consignaciones presupuestarias.

Y no podemos dejar de citar en este lugar, por su íntima relación, la ley de 5 de noviembre de 1940, siendo Ministro de Hacienda José Larraz, respecto de las autonomías administrativas y financieras, admirablemente concebida y orientada, que indica o puntualiza una formal regulación de las cajas especiales, cuya inspiración fué más tarde recogida, en parte, por la ley sobre unificación del funcionamiento de los organismos que actúan con independencia del Estado, referida principalmente a la situación de fondos y su integración en la cuenta del Tesoro público y disposición de los mismos y la obligatoriedad de formar presupuestos anuales; así como recientemente el decreto sobre inspección de las Cajas Especiales, que faculta al Ministerio de Hacienda para estudiar, con carácter informativo, las actividades de tales organismos, especialmente en su aspecto económico-financiero, y expresar su criterio sobre las medidas que, en su caso, hayan de adoptarse.

Es nuestra modesta opinión que los anteriores textos legales debieran verse complementados con una reglamentación adecuada para la intervención de los referidos organismos autónomos, habida cuenta que el estilo comercial e industrial que frecuentemente tienen de espíritu, exige normas ágiles y flexibles, proporcionadas con su soltura, incompatibles en muchos casos con las que rigen para la administración pública, en evitación de que una mecánica demasiado burocratizada con su pesadez típica, pueda agarrotar lo más esencial de sus movimientos.

La fiscalización del gasto público es materia que reclama atención esmerada, y si bien su acción no es tan espectacular como la que desarrolla la obtención de recursos del Estado, constituidos principalmente por contribuciones e impuestos, no hemos de olvidar que son los gastos los que dan la medida de los ingresos y, por tanto, los que determinan las dimensiones para la efectividad de estos últimos.



Primitivo emplazamiento de los «Almacenes J. Ba» en la antigua y romántica esquina de las Rles del Call y de Santo Domingo del Call

VIAJE A TRAVES DE UN MUNDO CALIDOSCOPICO

Usted, lector, ha creído en los Reyes Magos. Yo también—a veces, ¿no es verdad?, parece que los dos sigamos creyendo todavía—. Pero usted, hombre de Avilés, de Benasque, de Barco de Avila, de Vinaroz o de Motril, posiblemente no ha visto nunca su palacio encantado. Yo sí. Fui, siendo niño, para entregarle en propia mano mi carta de peticiones al criado negro de don Baltasar. Recuerdo que el criado me sonrió, que me dió unos confites y un cachetito. Era un negro grande, rico, tocado de un turbante verde, cubierto de joyas y sedas todo él. Tenía los dientes amarillentos de nicotina; y allí, más que de nicotina, parecían amarillos de oro de ley: un amarillo hermoso.

Hoy, veinte años después, acabo de dedicarle al palacio una visita. Lo he recorrido a pie y en ascensor, verticalmente. A los veintiocho, el palacio es, en su estilo, también un monumento.

Lo alzó en la esquina de la calle de Santa Ana y la Puerta del Angel la inquietud de unos hombres pequeños que tenían ganas de crecer. En Barcelona ha habido siempre mucha gente en estas condiciones, y por ello es Barcelona la ciudad española donde más rabiamente se ha desatado la iniciativa privada.

¡HASTA EN LA SOPA!

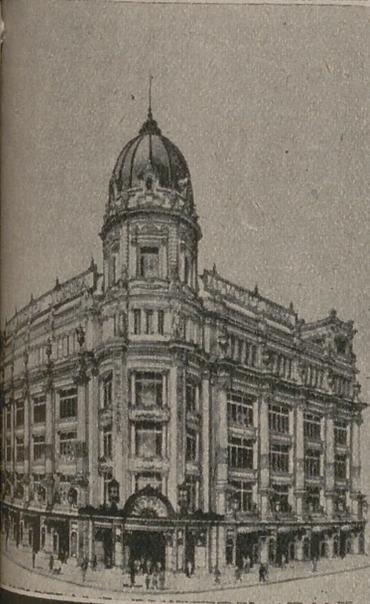
Los Jorba proceden de San Vicente de Castellet, un pueblo de nada. Don Pedro Jorba Gassó, po-

UN PALACIO, UN MONUMENTO, UN GRAN NEGOCIO:

EL NOMBRE DE JORBA, ¡HASTA EN LA SOPA!



El año de 1926 inauguraron los Almacenes en la avenida de la Puerta del Angel un hermoso edificio, luego ampliado hasta la esquina de la calle de Santa Ana



Almacenes en su sede definitiva: 200 palmos cuadrados, 37 metros de altura y 60 metros lineales de fachada

co más que un humilde buhonero, respaldado por el talento comercial de su esposa doña Teresa Rius, fundó allí los primeros Almacenes el año de 1869. En 1885, para darles mayor impulso, los trasladó a Manresa, la ciudad del Cardoner y los ejercicios espirituales, capital del Bages y centro de una de las comarcas más ricas de Cataluña. Fué un paso atinado. Voy, lector, a contarle dos anécdotas de este ejem-

plo de vitalidad comercial, y usted juzgará por sí mismo.

De los hijos de don Pedro y doña Teresa, uno, Pedro de nombre, como su padre, se vino a Barcelona y dió en 1911—luego lo veremos—el primero de los pasos atinados del presente siglo, pasos que han llevado a sus descendientes a donde hoy están. Otro, don Juan, se quedó en Manresa. Pues bien, cierto día entró en el establecimiento que éste regentaba un cliente apresurado, deseoso, según manifestó, de comprarse unas alforjas. Don Juan no tenía alforjas en existencia, pero no se inmutó por ello. La escena es fácil de reconstruir:

—Acaban precisamente de servirme una partida—mentiría el almacenista, sonriendo—. Siéntese usted, mientras las sube el mozo. Y aparte, a uno de sus empleados: —Chico, ¡deprisa! ¡Sal y compra por ahí unas alforjas!

El cliente, en tanto, sacudía la cabeza.

—No, lo siento, no puedo esperar. Quiero afeitarme. Van a cerrarme la barbería.

—¡Un momento!

—Otro día. De veras que no puede ser.

—¡Es nada más que por afeitarse?

—Sí.

En los ojos de don Juan Jorba había un brillo de obstinación.

—Siéntese, entonces, y no se preocupe.

El cliente se sentó. Don Juan requirió brocha, jabón y navaja, y unos minutos después le había afeitado. Cuando acabó, las alforjas estaban sobre el mostrador a punto de venta. Cualquiera que

El sentido comercial y la audacia publicitaria han alcanzado sobre 66.101 palmos del suelo barcelonés un castillo de ilusiones infantiles

LA COLOSAL EMPRESA DE UN HUMILDE BUHONERO

tenga un mínimo de sentido comercial, o aunque lo que tenga sea simplemente sentido común, comprenderá que gente de este temple, de este apego al negocio y de este mimo por la clientela, ha de concluir levantando palacios. El pequeño pero histórico incidente es toda una lección de ética mercantil.

Posee, sin embargo, otro rasgo que redondea y completa su definición: la publicidad. Entre los Jorba, la publicidad se ha conducido a un ritmo frenético, proyectándola hacia objetivos de una envergadura tal que no resiste comparación, en especial si se trata de establecerla paralelamente al tiempo.

La segunda anécdota es reveladora a este respecto. Su protagonista, el mismo don Juan Jorba Rius, había desarrollado en Manresa una campaña propagandística tan intensa que sus competidores empezaban a sentirse irritados. «¡Jorba! ¡Jorba!—se conoce que debían de exclamar: ¡Pronto vamos a encontrarnos el nombre de Jorba hasta en la sopa!»

Hasta en la sopa: el fino oído de don Juan captó al instante las posibilidades de esta expresión espontánea llegada hasta él. Recogió el guante, tuvo su gesto, y no tardó en lanzar al mercado un producto con el nombre de Jorba grabado ostensiblemente. Era pasta para sopa. Todos los manresanos la encontraron en sus platos un día u otro.

VENDER EN DILUVIO

Es natural que a una empresa así le quedara muy pronto estrecha Manresa. Don Pedro Jorba Rius se trasladó a Barcelona en 1911, como ha sido indicado, y estableció la razón social Jorba y Cía. en los inmuebles números 13 y 15 de la calle del Call y número 1 de Santo Domingo del Call, esquina que tiene un no sé qué de proa de navío. El barrio, meollo de la ciudad antes de que se cuadrículase el ensanche, guarda una solera comercial muy delicada, todavía con sombras de narices hebreas pegadas a los mu-



En «Can Jorba» existe medio centenar de secciones de venta. He aquí una vista parcial de la sección de tapicería y alfombras



El zoo de Jorba ha albergado más de una vez un chimpacé, siempre dispuesto a hacer buenas migas con los chiquillos



Las ventas especiales de artículos de temporada constituyen un fabuloso derroche publicitario. Este es un aspecto de la exposición de géneros blancos en 1933

ros. Allí, zis, zás, don Pedro Jorba comenzó a vender.

Vendió en diluvio, en cascada, en alud. A los pocos años, en busca de espacio para sus mostradores o habilitó todos los pisos disponibles de las tres casas que ocupaba. No bastó. Los Almacenes brindaban precios bajos y atenciones solícitas para el público—don Juan, afeitando al comprador de alforjas—trato amable y mucha paciencia, popularísimas campañas de publicidad en torno a las ventas especiales de artículos de temporada, que luego culminarían en un fabuloso derroche de luz y de color; obsequios, mimos a los niños distinción a los clientes... Todo esto atraía. Atraía tanto que la idea de ampliar el negocio sobre sus primitivas bases tuvo que desecharse por improcedente.

Los Almacenes se abrieron de nuevo el 25 de octubre de 1926. Ocupaban un edificio de su propiedad levantado sobre las que fueron casas números 8 y 8 bis de la entonces plaza de Santa Ana y 30 bis de la calle del mismo nombre, previamente derribadas. Los solares comprendían 45.000

palmas cuadradas. El inmueble se construyó según la última palabra de la técnica. La obra mereció el premio anual del excelentísimo Ayuntamiento correspondiente a 1926.

En este edificio se asentó una nueva razón social: Almacenes Jorba, S. A a los tres años se reveló insuficiente otra vez la capacidad del local. Ahora, sin embargo, esta contingencia estaba prevista. El emplazamiento de los Almacenes permitía una ampliación hasta la esquina de la calle de Santa Ana.

Los Almacenes actuales tienen una altura de 37 metros desde la base a la cúpula por la parte del chafalán y ocupan una superficie de 66.101 palmas, con 60 metros lineales de fachada.

El vestíbulo del edificio primitivo quedó modificado para abrirse en toda la longitud de las fachadas un espacio porticado que alberga grandes escaparates e inmuebles vitrinas.

La considerable superficie del total permitió instalar en su azotea una sorprendente terraza-jardín a la que luego dedicaremos mayor atención, porque merece mucha.

DE SECCION EN SECCION

Aparte la terraza y los sótanos, los Almacenes disponen de planta baja y cuatro pisos útiles para la distribución de su medio centenar de secciones de venta. Yo aconsejo de corazón a todo barcelonés o a todo visitante de esta ciudad con tanta bolera y tanto Banco, que si dispone de unas horas y quiere invertir las en una diversión barata, honesta, que le ponga en contacto directo con la humanidad y le renueve higiénicamente las ilusiones, se dé un paseo por unos Almacenes—no digo los Jorba por no exagerar—: es mejor que el circo.

Partiendo del subsótano, donde se encuentran las mastodónticas calderas de la calefacción, yo he recorrido «Can Jorba» de sección en sección y de piso en piso. Empleé toda la tarde de un sábado. El palacio de los Reyes Magos que conocí siendo un mocoso me pareció, ya lo he indicado, una cosa todavía más vasta, compleja y significativa. Esto no suele ocurrir; por el contrario, el oro infantil es solamente oropel para los ojos adultos. Algo, pues, tendrá «Can Jorba» cuando allí si ocurre.

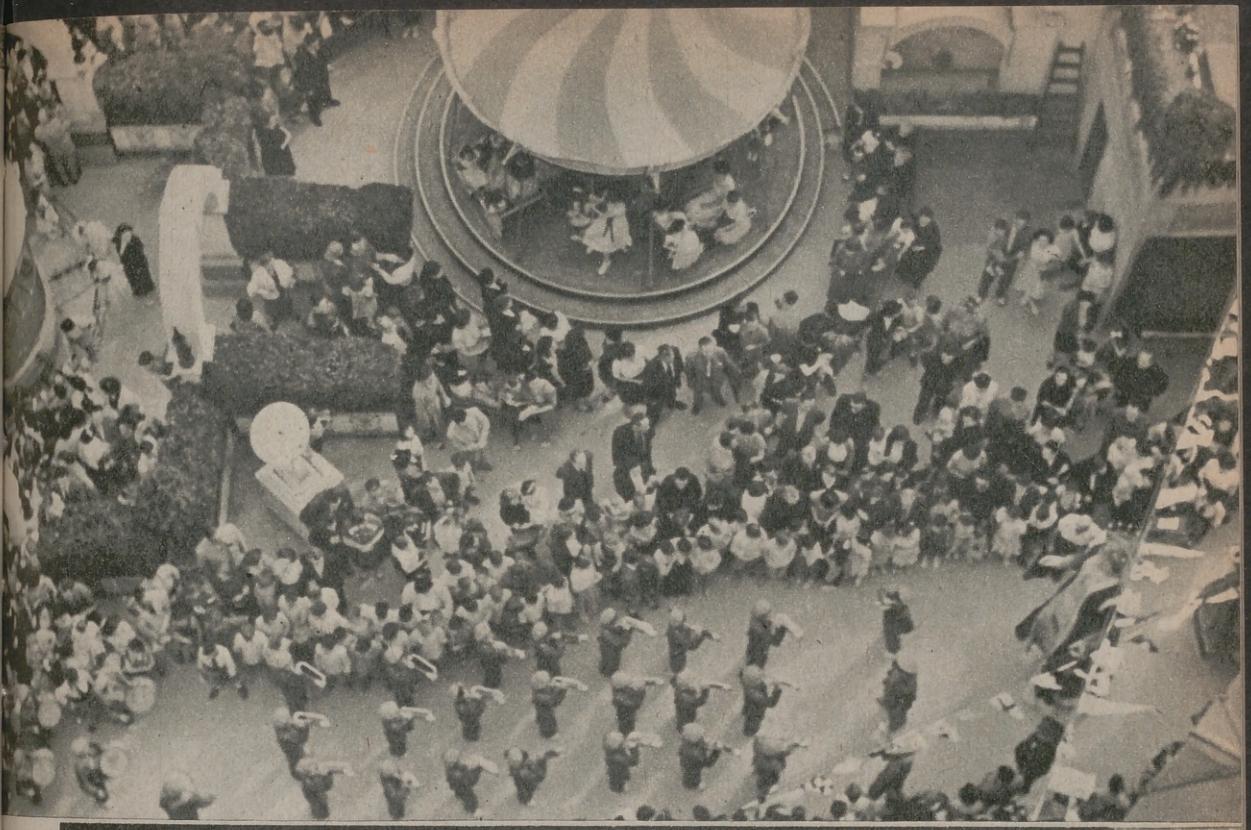
LA MUESTRA VISIBLE A 30 KILOMETROS

El aspecto más importante de los Almacenes es, sin embargo, la continuidad de ese espíritu fértil que hizo a don Juan Jorba afeitarse al comprador de alforjas y obligar a encontrarse su nombre en la sopa a todos los marrañanos. El hecho de que los Jorba, para que nunca se olvide nadie de sus Almacenes, hayan sembrado alegría a voleo y procurado horas de dicha a tantos miles de niños y adultos, hubiera desencadenado una ola de literatura energética y de panegíricos a lo «Reader's Digest» si viviésemos en América. El benemérito esfuerzo ha quedado en la esfera privada; pero usted y yo vamos a ventilarlo, lector, porque, a fin de cuentas, «Can Jorba» es una gran obra de españoles.

Ha llegado con ello el momento de ocuparnos de la terraza-jardín, término de los viajes en ascensor. En ella, entre otras cosas, se organizan festivales.

Hubo uno famoso, anterior a la guerra, que tuvo por marco el pintoresco y ya desahogado Turó Park y cuya invitación daba derecho a montar en todas las atracciones—el Turó fué un parque de atracciones de gran estilo y uno de los muchos lugares de esparcimiento que Barcelona perdió para no recobrarlos ni suplirlos jamás—. Número fuerte del programa era la entrada de camiones que distribuían gratuitamente merienda a los niños; pero, cuando dichos camiones aparecieron, fueron tomados al asalto por una multitud de chiquillos arrebatados de excitación. Los empleados trataron de impedirlo. «¡Dejadlos!»—fué la orden que recibieron. El instinto publicitario hacía acto de presencia: al día siguiente, los niños-pirata contarían a todo el que quisiera oírles su hazaña, lo mucho que se habían divertido, lo bestias que fueron y cómo asaltaron los camiones para engullir cada uno la merienda de diez. La fiesta, pues, habría cumplido su objeto.

Todas las fiestas de la terraza-jardín cumplen el mismo objeto. La terraza se compone de un espacio rodeado por una pergola elevada, con un anexo en plano inferior decorado como patio andaluz. En el espacio central de la terraza se encuentra el salón de actos y demostraciones.



Fiesta en la terraza: tióvivo, niños y más niños, gallardetes y bandas de música

En cuyo interior se dan clases de cocina, diariamente por las mañanas y tres días semanales por la tarde, estas últimas gratuitas. El salón está ocupado por las mesas del inmediato café-bar y desde él pueden presenciarse cómodamente las representaciones del teatro de títeres al aire libre que, a dos sesiones por día, se celebran en honor de los niños jueves y sábados.

La terraza cuenta también con un zoo. Hay en él cinco monos muy bien cuidados—una de sus jaulas, expuesta a la intemperie, está dotada de calefacción—y ha habido en más de una ocasión un chimpancé, bicho simpático que, no sé por qué, hace siempre con los chiquillos buenas migas. El último, «Bacalé» de nombre, ha sido cedido recientemente a un circo sueco. El zoo comprende además un estanque con patos blancos y dos grandes pajareras.

En él, como en todo zoo que se precie, existe igualmente un acuario, ante cuyos cristales se abren de asombro miles de bocas infantiles. Porque los niños son los dueños de la terraza, los que la disfrutan de verdad. Allí chillan, aplauden, saltan, ríen, corren y berrean. Para ellos exclusivamente ha sido inaugurado un tióvivo, y para ellos se alza al extremo de la pérgola un monumento donde se les ve jugar ante los ojos maternales de una payesa catalana que tiene entre las manos la rueca en actitud de hilar.

Una larga pérgola, según queda apuntado, rodea la terraza. Desde ella se goza de una vista sensacional: un mundo de azoteas, chimeneas, torres de cemento y vigas de acero, envuelto en esa típica bruma barcelonesa que tiene un poco de sol, un poco de agua, un poco de humo y

un mucho de puro hálito ciudadano. La pérgola da acceso al interior de la cúpula. Habilitada actualmente como sala de exposiciones, ésta alberga los óleos de modestos pero prometedores artistas. Quién sabe si el hecho de haber dedicado a la inquietud estética lo más elevado de su edificio no guardará para los Almacenes Jorba una especial significación.

REVISTA GRATIS

Disfrutar de todo lo descrito, naturalmente, no cuesta un real. Es publicidad. A partir de las cincuenta pagetas de gasto efectuado, los Almacenes le regalarán un globo para su chico. La propaganda Jorba puede parecer desorbitada, pero es tan vasta que concluye por resultar un buen negocio para cuantos, comenzando por los Almacenes mismos, están en su campo de acción. Su último alarde ha sido el lanzamiento de la «Revista Jorba». Se tiran de ella 25.000 ejemplares. Los 25.000—cómo no—se distribuyen gratuitamente.

«LABOR OMNIA VINCIT»

Estos son el pasado y el presente de un pintoresco trozo de España que mide 66.101 palmos cuadrados de superficie por 37 metros de altura. Visitarlo es darse un saludable baño de ilusión. Pero hay que hacerlo un jueves o un sábado por la tarde. Entonces, mientras desciende de la terraza el clamor de miles de niños y difunden su música los altavoces y mientras el público se agolpa ante los mostradores, entonces se da uno cuenta de que «Can Jorba» es cosa representativa y, por añadidura, hermosa.

Jorba tiene un lema comercial muy barcelonés, una a modo de marca registrada con la que uno se tropieza por todas partes. Lo



Entre las flores de la terraza-jardín brota la fuente luminosa. A la derecha, el monumento a la infancia que hizo levantar don Pedro Jorba Rius

curioso es que el lema es falso, o cuando menos insuficiente, y que los Almacenes lo han demostrado hasta la saciedad desde 1911 con su propia actuación. Reza: «Labor Omnia Vincit». Si no sabe usted latín, querido lector, lo siento mucho.

Jorge GUBERN RIBALTA

LA MONTAÑA SIN MITOS

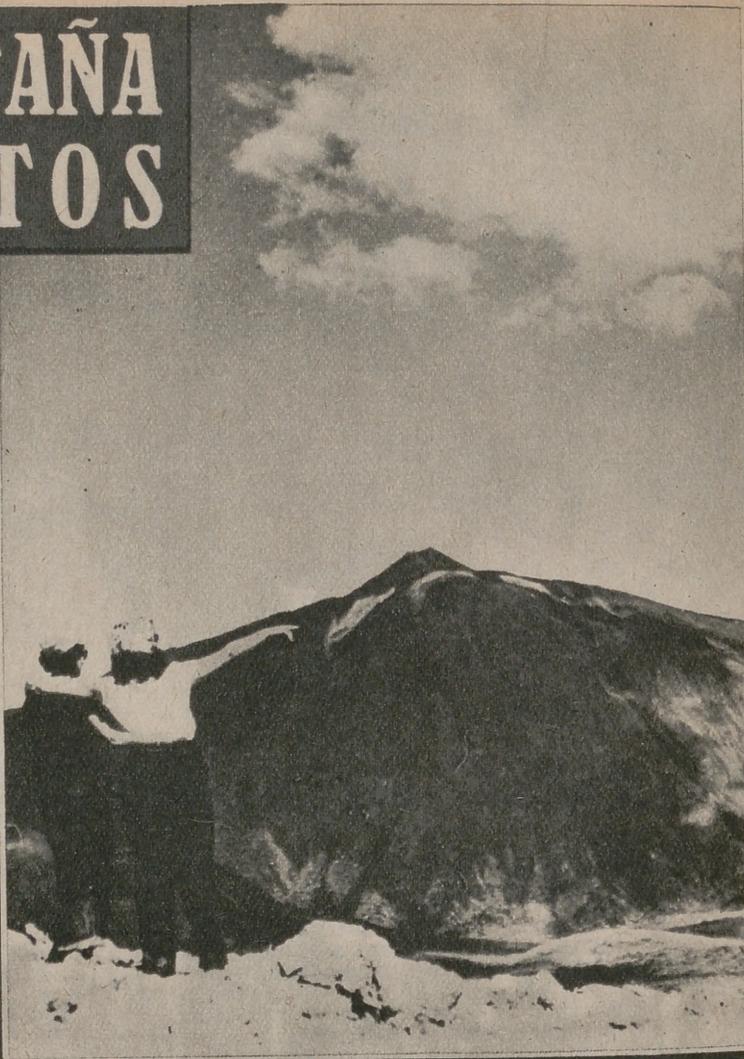
ASCENDER AL TEIDE BIEN VALE UN LATIDO

EL GIGANTE CANARIO
TIENE UN LEVE
PULMON QUE LE
SOBREVUELA Y UNA
PEQUEÑA FLOR QUE
LE ADORNA

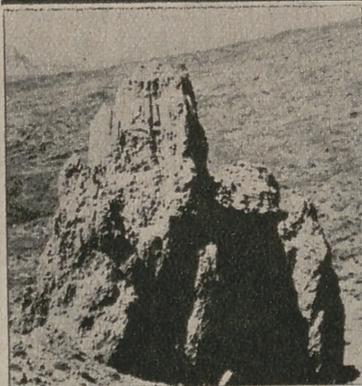
AJASO una de las mayores sugerencias de las Islas Canarias sea esa difusa atmósfera que las rodea, ese capítulo de pre historia sin esclarecer. Para el mundo clásico, el archipiélago canario quedaba a trasmano, y su redescubrimiento alcanza las horas últimas de la Edad Media.

Las islas fueron regazo acogedor para los mitos; pero éstos no tuvieron aliento para alcanzar el paralelo de Canarias. Al gún arrebatado navegante debió de haber transportado al Mediterráneo noticias de ellas, pero todo se quedó en la niebla. Desde muy lejos, algún vigía descubriría la gasa del Teide colgada del cielo, y la noticia, desde antiguo, se elaboró con ingredientes de nubes: «El Atlante es descollado y como de figura cilíndrica — escribe Herodoto—. Se afirma que es tan alto que no se puede ver su cumbre por estar siempre cubierta de nubes en el invierno y en el verano, y sus habitantes le llaman «la columna del cielo.»

El Teide adquiere unos contornos casi mágicos, y su fama excita la imaginación de las gentes—«el Pico de Tenerife, tan alto como es, que acaso no haya otra montaña más alta en el Universo», dice Feijóo—. Con el tiempo sólo ha de servir para



El gigantesco Teide visto desde lo alto de «Guajara»



Las agujas de los roques se levantan en medio de la soledad de las lavas



«El Arbol de Piedra», pesadilla de la Naturaleza, se recorta sobre el cielo

geólogos y poetas y para que la copla lo dibuje en el aire:

*Todas las canarias tienen
de nieve y rosa la cara;
la nieve se la dió el Teide,
y las rosas, la Orotava.*

*Todas las canarias son
como ese Teide gigante:
mucho nieve en el semblante
y fuego en el corazón.*

*Esta tierra es un altar,
y el Teide, el Generalife,
donde escriben los canarios
el nombre de Tenerife.*

EL TEIDE ERA LA «MORADA DEL DEMONIO»

Pero antes de pasar por poetas, geólogos y copleros, el Teide había pasado por el desdibujado mundo de los aborígenes. ¿Qué fué esta colosal montaña para aquel pueblo atrapado en el dulce cepo de la isla? ¿Qué pensó el guanche del Teide, en torno al cual los siglos fueron celebrando sus fiestas de fuego?... Sencillamente lo convierte en morada del genio del mal. El

Teide es el *Echeide*, morada de *Guayota*, único demonio de la isla. Largas historias de terremotos y cráteres abiertos fueron dejando en aquellas mentes primitivas un poso de terror.

No hay noticias de que el furor de la montaña fuera aplacado con ofrendas propiciatorias, de que el guanche llegara hasta la base del volcán a ofrendar frutos y animales. Mientras la isla se hacía, sus moradores le daban paso al fuego. Después, a esperar que las lavas se enfriasen; dejar pasar siglos, pisando escorias, hasta ver aparecer nueva tierra vegetal. En Canarias las gentes tienen una ancestral avenencia con el fuego. Las fiestas de Yaiza se hacían en Lanzarote, aprovechando la fantasmagórica iluminación de los volcanes de Timanfaya. En Los Llanos (La Palma), durante la erupción del volcán del año 1949, las muchachitas paseaban bajo los Laureles de India mientras les llovía encima una espesa ceniza.

Así, para el guanche, el Teide y sus paroxismos formaron parte de su vida. Es verdad que allí moraba *Guayota*, pero en la base del Teide y Las Cañadas crecían unos frescos pastos de verano. Allí lleva el guanche su quehacer de pastor. Cabras y ovejas cerca de los respiraderos sulfurosos, mientras el primitivo pastor ocultaba su pobre ajuar de toscas cerámicas y molinos de piedra en lo más hondo de las grietas volcánicas.

Así perdía el Teide su última oportunidad de engendrar mitos y símbolos.

TENERIFE TIENE REMOTA EXPERIENCIA DE VOLCANES

En la isla hay una remota experiencia de volcanes. Ignoramos todo lo que acaeció en fechas anteriores a la conquista de Tenerife. Lo cierto es que la isla se ha hecho a golpe de volcán, y ahí están sus conos negros, su cordillera rota, sus viejos perfiles erosionados para atestiguarlo. Todo crece sobre lavas, y las lavas, que son la maldición, son al mismo tiempo una generosa dádiva renovadora. Ellas, que han levantado la isla, hacen el milagro de rejuvenecer las tierras. El «paraíso insular» no es otra cosa que una savia permanentemente renovada.

Unas vagas noticias nos van dando las primeras fechas de erupciones acaecidas en las islas en tiempos históricos. Referencias de unos marinos vizcaínos que rondan la isla en el siglo XIV sitúan entre el 1393 y 1399 una catástrofe volcánica en Tenerife. Del silencio de los guanches se ha podido sacar otra noticia: la erupción del año 1430, en el Valle de la Orotava, de la que quedan como testigos dos conos quemados, hoy rodeados de plataneras, y los ásperos *malpais* derramados por el Puerto de la Cruz.

En el *Diario* de Colón, Tenerife está presente como *Isla del Infierno*, por el fuego que en el año 1492 derramaba el Teide, y que Colón debió de haber contemplado claramente en sus idas y venidas entre Gran Canaria y La Gomera en los días en que



Quando se le ronda desde el aire, la vertiente norte del Teide ofrece estos derrumbaderos de vértigo

iba a lanzarse al Descubrimiento.

En 1604 hay noticias del volcán de Sietefuentes, y un año después abrió sus bocas el de Fasnía. Un siglo más tarde, en 1704, surge, de un hundimiento de la cordillera, el volcán de Guimar, sobre las tierras blancas del Sur y dos años después, el volcán de Garachico destruye gran parte del pueblo y ciega el puerto por donde los dorados malvasías se embarcaban para Europa.

En 1798, el Pico Viejo o Chahorra deja escapar por sus flancos un ancho río de lava. Una gran extensión de Las Cañadas desapareció debajo de un manto negro y cristalino. Finalmente, en 1909, sobre las tierras de égloga del Valle de Santiago, se expanden las lavas de un nuevo volcán, el Chinyero, las cuales se detienen gentilmente a los pies de las andas de una Virgen.

El libro abierto que es Tenerife deja ver unas láminas en las que se puede seguir el proceso formativo de un mundo: cúpulas hundidas, montañas rotas o surgidas del misterio, litorales desdibujados por el fuego, promontorios levantados capa a capa, en un labor milenario; arrecifes que hicieron hervir las olas, grutas por donde se liberaron poderosas masas de gases,

roques modelados de un modo delirante.

Por encima, las nubes. Más arriba, el Teide. En sus faldas, frescas espesuras, como dijo Virgilio, que sabía el sueño, pero ignoraba la verdad.

POR LOS ESCALONES DEL TEIDE

Para llegar hasta el Teide se precisa un itinerario. Los hay muy variados y para todos los gustos. Si se me permite, yo voy a trazar el mío. Ya dije que el Teide andaba en manos de poetas y geólogos, y yo no soy de los últimos. Con esto queda advertido el sentido de mi itinerario. Se trata de llegar al Teide de forma que podamos descubrir el estilóbato de bosques y nubes que lo soporta.

Saldremos de La Orotava. Después de la platanera ascendemos por tierras de labradores. Los opulentos castaños nos anunciarán la proximidad del bosque. Antes de entrar en ellos todavía el valle es visible, lleno de sombras y contrastes. Pero la bruma nos lo escamotea habilidosamente. Los laureles abarritantan sus esmaltes. La bruma se va espesando. Las hayas y los brezos, por encima de la capa de laurisilva, marcan el segundo es-



Vista del Teide desde «Los Roques de los Azulejos»



La mole del «Guajara» (2.715 metros), tercera altura de la isla

calón vegetal. Las bruma deja su humedad en las hojas, y el ambiente huele a serojo mojado. Todavía tardaremos un rato en salir de este manchón del fayalbrezal. Las nubes bajas borran la carretera.

De pronto notamos que el bosque clarea, que un arbusto leñoso, esbelto, que nieva sus propias primaveras con una rica pompa floral, conquista la ladera. Acabamos de entrar en el tercer escalón, donde el escobón domina. Al tiempo que los brezos se van quedando atrás parece que la bruma se adelgaza. De vez en vez se divisan los tajos de los barrancos, y las manchas sienas de la tierra alta aparecen entre desgarrones de nubes. A través del escobonal vamos conquistando altas cotas, hasta que advertimos que los escobones van siendo más raros a medida que ascendemos. La bruma ha quedado atrás. Estamos por encima de los 1.500 metros, y dentro de ella, desde los 900.

El último escalón vegetal esta reservado para el codoso y la retama del Teide. A estas alturas, rozando los 2.000 metros, el codoso todavía se atreve con la retama. Esta se quedará después sola y dejará que hablemos de ella. Sí. Porque ahora es el Teide el que se nos acaba de aparecer en toda su grandeza. El aire es diáfano. Las piedras cubren de un modo caótico el suelo. Manchones de piedra pómez blanquean entre las piedras negras. Nos acercamos a Las Cañadas del Teide. Hemos cubierto la primera etapa de nuestro itinerario. Ya sabemos que abajo están las nubes y las frescas espesuras.

EL CRATER DE LAS CAÑADAS

A Las Cañadas del Teide se penetra por dos puertos: el Portillo de la Villa y las Bocas de Tauce. El primero da paso a la carretera, que recoge todo el tráfico que se dirige a estos parajes desde el Norte de la isla. El segundo, a 2.100 metros, recoge el tráfico del Sur y cruza por el pueblo más alto de la isla, Vilaflor, a 1.500 metros, en medio de un hermoso pinar.

Nosotros, procedentes del Norte, hacemos la entrada por el Portillo de la Villa. Unos hotelitos demasiado blancos y demasiado pulcros contrastan con aquel caos de rocas que nos circunda.

Las Cañadas es un gigantesco cráter de 12 kilómetros de diá-

metro y 75 de contorno. Forma un circo de altos bordes que se rompe por el Sudoeste para caer en áspera ladera hasta las lejanas costas. Estamos a 2.000 metros de altura, y en torno a nosotros se encrespa una orografía de pasmo: El Cabezón (2.156), La Fortaleza (2.139), El Sombrero de Chasna (2.400). El Topo de la Grieta (2.582), Guajara (2.715).

Arenas negras y estratos calizos alternan con sienas calientes y violetas desvanecidos. Las Cañadas, afirman los geólogos, se formaron por hundimiento de una gigantesca cúpula, de la que queda, como mudo testimonio, este circo dentado al que la luz le labra gargantas y melenas de piedra.

Penetremos hacia el centro de este cráter. La transparencia del aire, la brillantez de la luz, nos aproximan las lejanías. El fondo del cráter está cruzado en todas direcciones por revueltas corrientes de lava: las hay rojas, negras, grises, con faldas de basalto y fonolita. La obsidiana se disuelve en millares de reflejos tornasolados. Las llamadas blancas ciegan al ser heridas por la luz. En las hondonadas se amontonan lavas multicolores, contra las cuales rompe el oleaje blanco de la piedra pómez.

La muerte anda sobre la tierra, y en el cielo vuelan bandadas de cuervos. El silencio os llega traspasado por las flechas del contraliso, que a estas alturas tensa su mejor arco. Pero todavía, en esta sucesión de cañadas: —Cañada de Diego Hernández, de La Grieta, de La Angostura, Cañada Blanca, de Pedro Méndez, etc.—, nos queda por ver el Llano de Ucanca.

A nuestra izquierda siguen las levantadas paredes, con estratos multicolores. Frente a nosotros, un llano silencioso, dormido como un lago. Sus blancas arenas simulan espumas junto a las orillas de lava rojiza. Esta se extiende a nuestra derecha como un mar que hubiese petrificado su oleaje. Más lejos, una gran corriente de lava negra endurece dramáticamente el paisaje. Hace más de siglo y medio que el Pico Viejo vació su furor sobre estos ámbitos, y su lava está aún como recién brotada—dijérase que todavía caliente—, a la que no se han atrevido a acercarse pájaros ni flores. Si se os ocurriese la aventura de cruzar estas lavas os acompañaría un permanente crujido de cristales rotos y sentiríais como si el mundo se estuviese resquebrajando debajo de vuestros zapatos.

Lejos se yerguen unos roques quiméricos, anaranjados, a los que los duendes del viento y la arena labran por la noche de un modo arrebatado.

Reverberan las lejanías. El sol funde las lejanas Bocas de Tauce,

por donde ahora podríamos salir hacia un paisaje de pinos en la vertiente opuesta. Irisados reflejos llenan de lentejuelas el aire, que las lavas cristalinas liman con su aspereza. La curva de la montaña, hacia el Sur, se afina en una delicada línea violeta. Gatos salvajes y conejos enloquecidos se pierden entre las grietas. En el aire, los cuervos, algún águila solitaria y pájaros que se aploman contra las piedras.

La flora es otro misterio. En medio de estas escorias y de estas cenizas viven delicadas especies. La primavera, con estrías de nieve en los riscos, ve cómo florece la retama del Teide, ese vegetal tan delicado entre tanta aspereza y que da flores para la gloria eucarística de las alfombras de La Orotava. Cerca de las retamas colocan los colmeneros sus colmenas. La miel huele a retama.

En parajes recónditos crece el tajinaste, de flores azules y purpúreas, cuyo espigado penacho alcanza hasta los dos metros. El aire se llena de alieles y margaritas silvestres. Al abrigo de altos roques y en el frescor de las hondonadas se descubre el amarillo pálido de la centaurea, el verdor apagado del poleo y el verde tierno de helechos y culantrillos. Delicadas gramíneas se aferran heroicamente a las cenizas. En el verano, al bronco sol de las cimas, de aquella insospechada primavera sólo restan tallos hirsutos, hirientes y quebradizos.

Pero todavía no hemos hablado del Teide.

AL TEIDE LO ALZARON LOS TEMBLORES DE TIERRA

Allí está, casi en el centro de Las Cañadas. Soberbio ejemplar de montaña exenta. Tiene una larga historia, casi una cosmogonía, que costaría mucho contar. Mientras Las Cañadas se hundían, él se levantaba. Lo auparon temblores de tierra, fuego y torbellinos de humo y arena. El contraliso le dió esa delicada forma de seno solitario en el pecho del cielo. Lleva soldado a su costado sudoeste el volcán del Pico Viejo o Chahorra (3.105 metros), levantado sobre masas de lavas fonolíticas. Tiene un cráter de 60 metros de profundidad, de paredes sueltas, y está su

TODO EL PANORAMA DE LA POESIA CONTEMPORANEA EN

“POESIA ESPAÑOLA”

Se publica un número cada mes y se vende a diez pesetas.

Pedidos y suscripciones en la Dirección y Administración: Pinar, 5. — MADRID

oquedad llena de ecos temerosos.

Pero si queremos ascender al Teide debemos ir por otro camino. Montaña Blanca (2.735 metros) ablanda sus curvas de pómez y nos deja bordear hondonadas donde se adensa el más impresionante de los silencios. El Teide está delante de nosotros. Es al atardecer, porque hay que aprovechar el sorprendente juego de las luces. El Teide se nos cae encima, morado, deforme, lleno de barrancas, por donde bajan el viento y las sombras, y de aristas donde se quedan los últimos destellos del Poniente. Pero ésta es la hora. Cuando llegamos a su base vemos cómo su sombra se dispone a caer sobre Las Cañadas. Va avanzando lentamente, sepultando lavas, cañadas, retamas. Al llegar a las paredes del circo reptan por ellas.

Hemos llegado a Lomo Tieso, y ya la sombra está sobre los altos hombros de la isla. Muy lejos, las difusas costas y el mar. Como una aparición, la isla de Gran Canaria se levanta en el horizonte sobre una bandeja de nubes. La sombra del Teide sigue su camino: ha cubierto las costas y ya cae sobre el mar. Aun tendremos tiempo de ver cómo cubre Gran Canaria, isla a la que el Teide lleva la noche. Pero acabamos de llegar al refugio de Alta Vista (3.262), donde podremos cenar y dormir confortablemente.

Nos llamarán de madrugada, porque el secreto de la ascensión está en el amanecer. Caminaréis a ciegas por un laberinto de rocas que se hacen musicales a vuestro paso. Las estrellas, de tan bajas, tienen un fulgor misterioso. La madrugada siempre será fría, y a las primeras luces de la amanecida estaréis en La Rambleta (3.560). Acaso os notéis por primera vez el corazón, pero el Teide bien vale un latido, aunque éste sea descompasado. Ese cono blancuicino que el amanecer amasa con cenizas es el Pan de Azúcar. Sólo tiene 156 metros de altura, y en lo alto está el cráter. Ya falta poco. Una vereda casi siempre borrada por el desenfreno de las alturas os conducirá suavemente hasta arriba. Dentro de poco saldrá el sol, y en ese momento hay que estar en la cima.

EN LA MÁXIMA ALTURA DEL TERRITORIO ESPAÑOL

He aquí el cráter. Estáis sobre la máxima altura del territorio español: 3.716 metros. Tenerife está a vuestros pies y os asombra comprobar cómo los mapas en relieve no son fantasías. Está saliendo el sol. Si alguien que sepa bien lo que es estar en lo alto del Teide os acompaña, hará que os fijéis en un punto del horizonte. La sombra del Teide está allí, al lado opuesto de ayer tarde, como si hubiera dado la vuelta al mundo durante la noche. A medida que el sol se levanta, ella desciende. Cubre la isla de La Gomera, a la que el Teide trae el día.

Después descubriréis la isla de El Hierro, más cerca de La Palma, ambas con cimera de nubes nacaradas. Gran Canaria está traspasada por rayos de luz.



Esta vista aérea de «Las Cañadas» permite descubrir el hervor petrificado de las lavas

Más allá están Fuerteventura y Lanzarote, que pocas veces se dejan ver, guardados como están siempre por lechosas calinas.

Pero nos habíamos olvidado de la sombra del Teide. Ya está sobre el mar y se repliega majestuosamente. Todavía tiene la perfecta forma del cono de la montaña. La Gomera es azul; Tenerife, desde lo alto, enseña su geografía total y maravillosa: litorales, valles, cordilleras. El alisio, allá abajo, juega con unas nubes algodonosas que cubren el ilusorio blanquear de los pueblos.

Entretanto descendéis al fondo del cráter. Las fumarolas despiden a borbotones sus gases sulfurosos a muchos grados de temperatura. Un vapor espeso, que a contraluz veréis amarillear, fatiga vuestra respiración. El cráter, abierto, de 70 metros de diámetro, se recorre pronto. Volvéis al borde. El Teide se hace espantosa ladera que veis partir de vuestros pies hasta el mar. Son primero cortantes y duras, y no hay en ellas vegetación. Más abajo aparece la retama, todavía más, el pinar. Otra vez las tierras de labor en rectángulos verdes; finalmente, la platanera cerca de la orilla tiñendo de verde la fimbria de la isla.

Pero la sombra del Teide la-

me ya los primeros escalones de basalto de la montaña, y entonces pensáis en descender.

Otra vez rocas y laberintos, el musical entrecocar de las fonolitas, el hoyo estremecedor de Las Cañadas, donde las lavas se han detenido en su propio hervor.

EL PAJARO Y LA FLOR

El pájaro lo veréis en todo tiempo. La flor hay que verla en la primavera; mayo es el mejor mes.

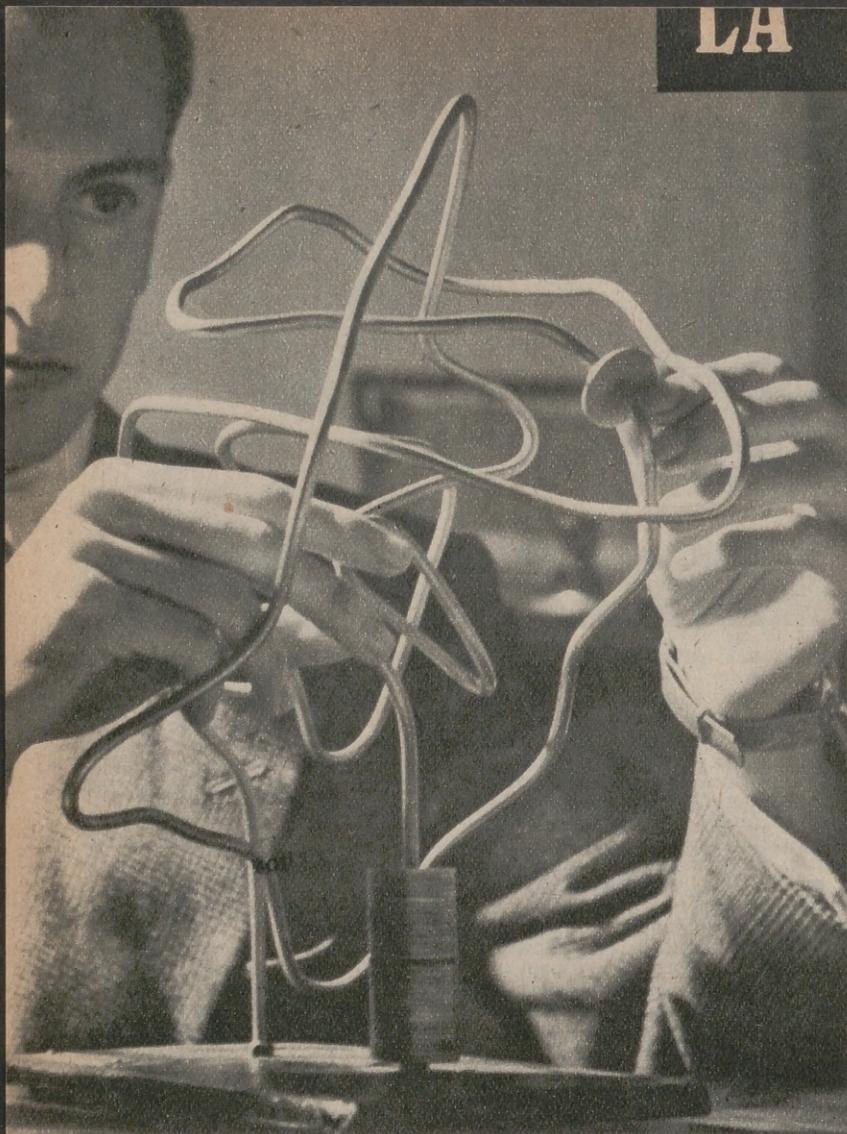
El pájaro hace una ronda incansable y desesperada a las bocas amarillas de las fumarolas. La flor se acerca a ellas y escoge su lecho entre la piedra pómez.

El pájaro es «el pájaro del Teide» («Fringilla Teydea»); la flor es «la violeta del Teide» («Viola Cheiranthifolia»). Ningún ave siente la querencia de estas cimas como la siente este pájaro. Ningún vegetal llega hasta arriba, como lo ha hecho esta flor. La montaña sin mitos ni símbolos tiene un leve pulmón que la sobrevuela y una pequeña flor que la adorna. Entre otros, acaso sea éste el más delicado recuerdo que os podéis llevar de vuestra ascensión al Teide.

Luis DIEGO CUSCOY
(Fotografías del autor.)



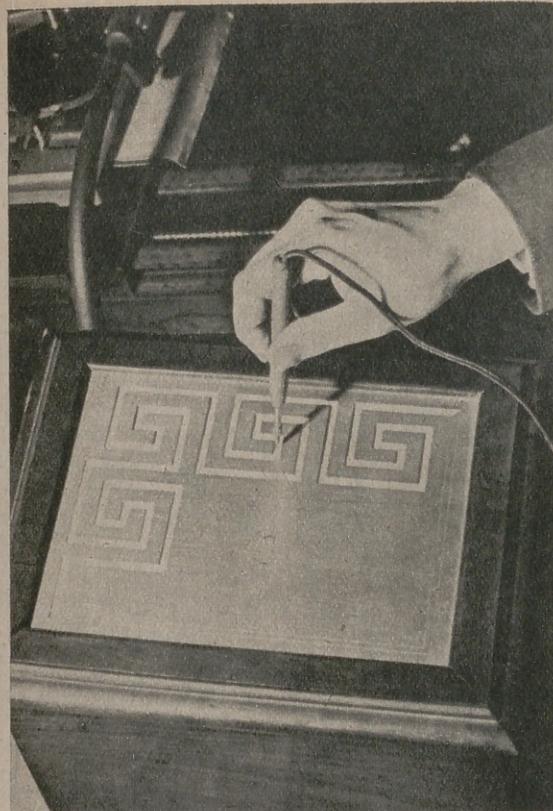
Barrancos hendidos por los volcanes



No solamente los manos, sino la vista han de estar atentas en esta prueba de habilidad manual consistente en hacer pasar la moneda por todo el aparato llamado «laberinto»



El muchacho tiene interés en que la prueba de Pin-tuer-Paterson le salga bien. Después, podrá saber si su porvenir está en las ciencias o en las letras



El pulso es un elemento muy importante para ciertos trabajos. La mano, provista de un punzón, ha de recorrer el camino sin tocar los bordes de metal



Hay profesiones que necesitan una perfecta coordinación con ambas manos. Esto es lo que realiza la señorita, bajo la mirada del duro examinador

SEGUN LA "CUEVA DE LAS MARAVILLAS" LA PERSONALIDAD ES PURAMENTE TECNICA

EL Instituto Nacional de Psicotecnia es una especie de gruta de las maravillas donde entra uno siendo abogado y sale convertido en soldador o en fumista, por ejemplo. Todo ello se verifica dentro de los límites llamados potenciales en el individuo. Es decir, estas transformaciones se verifican, por lo general, no en el fin, sino en el camino.

La Orientación Profesional es una de las bases sobre las que debe apoyarse la composición de la futura población trabajadora. La elección de profesionalidad, generalmente, se suele hacer sin conocimiento de las propias facultades del individuo, aconsejado muchas veces por un falso amor paterno o deslumbrado por la posibilidad de unos ingresos consi-

derables que luego no han de tener lugar.

Otras veces, las Empresas escogen a sus trabajadores sin considerar la mejor o peor disposición del individuo hacia el trabajo que va a realizar. Y así sucede que a obreros que serían destacados relojeros se les tiene empleados en perforar túneles o alimentar altos hornos metalúrgicos. Y viceversa.

UN ABOGADO QUE NO LE GUSTA GANAR DINERO

Dos son las secciones fundamentales del Instituto Nacional de Psicotecnia: orientación profesional y selección de futuros trabajadores. Trabajador, aquí, quiere decir todo aquel que ha de

A TRAVES DE LOS LIMITES POTENCIALES ES FACIL HALLAR LA VERDADERA VOCACION DEL INDIVIDUO

desempeñar un cometido, bien sea manual o intelectual.

A la primera sección llega el individuo buscando su personalidad. Allí le analizan, le miden sus reacciones y le muestran cuál es el camino que debe seguir. Unos lo cumplen, y otros, no.

Un día apareció en el Instituto un señor de unos cincuenta años. Su presencia era digna, su vestido tenía una correcta elegancia y sus modales, educados y mundanos, denotaban una personalidad típicamente intelectual.

—Vengo a que ustedes me digan cuál es la profesión que va mejor a mis aptitudes.

—¿No trabaja usted en nada? —se le pregunta.

—Sí, desde luego. Soy abogado en ejercicio.

—¿Y le va a usted mal? ¿No tiene éxito en sus asuntos?

—Al contrario: mi bufete está sobrecargado de trabajo y mis ingresos me permiten sostener un nivel de vida del cual no me puedo quejar.

—¿Entonces?

—Es que me he dado cuenta de que no me gusta mi profesión.

—Hecho el oportuno examen,

y sometido a las pruebas pertinentes, dió como resultado dos cosas: una, que era en potencia un estupendo obrero manual, y otra, que era, en realidad, un buen abogado. Se le aconsejó que, puesto que ya había logrado abrirse camino en la vida, aun cuando la profesión no fuese de su agrado, siguiese defendiendo pleitos—que le permitían vivir—, y no abriese un taller de carpintería, con pocas posibilidades de rentabilidad monetaria. Este fué de los que hizo caso.

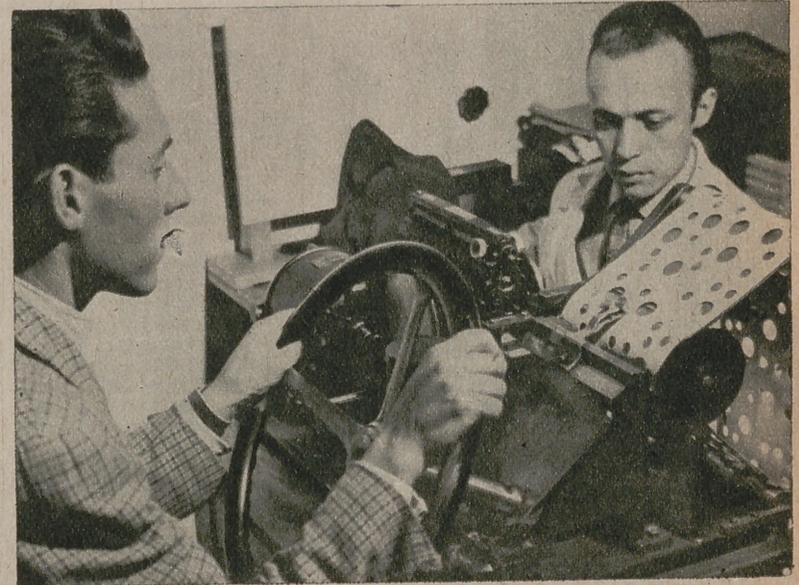
«USTED SERA UN ESTUPENDO LABRADOR»

Otros hay que no lo hacen. El protagonista es un muchacho joven, hermano menor de una familia castellana, y que, como sus otros hermanos, nació en el pueblo de sus padres. Labradores todos, cultivaban las fincas de su propiedad con alegría y con el bienestar que produce la ocupación a gusto del individuo.

Pero un día surgió la conversación.

—El chico tiene ya nueve años. ¿Por qué va a destripar terrones igual que nosotros y lo mismo

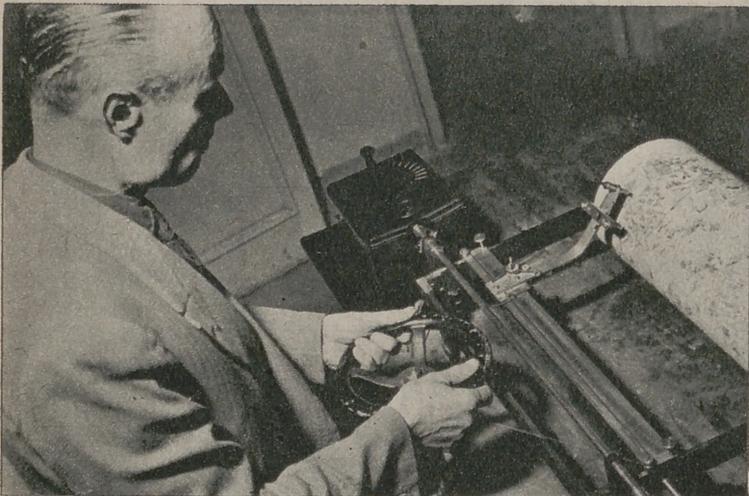
EN UN HOMBRE DE LETRAS SE PUEDE ENCONTRAR UN EXCELENTE CARPINTERO O TODO LO CONTRARIO



Los conductores de automóviles deben salvar los peligros de la monotonía en la carretera y de la fatiga en el volante. El futuro profesional no debe tocar ningún agujero



El oído es una cosa muy importante en esta vida, aunque a veces para lo que hay que oír... En la prueba de reacción auditiva se mide el tiempo en décimas de segundo



En este volante sin motor se examinan los futuros profesores de academias de conducción. Ha de llevarse el punzón por un itinerario impreso, sin tocar los obstáculos

que sus hermanos? Que vaya a la capital y haga el Bachillerato. Puede ser el intelectual de la familia.

Y la ciudad, nueve años de estudio para siete de aprobados, le albergó durante los inviernos.

—Pues ya terminó el Bachillerato. ¿Por qué no va a poder estudiar en la Universidad?

Y Madrid comenzó, igual que la capital de su provincia, a albergarle durante los otoños, durante los inviernos y durante las primaveras. La Universidad, sin embargo, no fué tan condescendiente como el Instituto. Se matriculó primero, en Derecho. Dos años para el Romano, y como si nada.

—Es que lo que a mí me gusta es la Medicina.

Tres años para la Anatomía, y como si nada.

—No, no; en realidad, mi afición está en la filosofía.

Platón se negaba rotundamente a ser comprendido.

Un día, por fin, se decidió:

—Iré a que me digan cuál es mi verdadera carrera universitaria.

Los médicos de la Sección de Orientación Profesional le examinaron.

—¿Y por qué no se marcha usted con sus hermanos? De veras que sería un estupendo labrador; el mejor de todos tal vez.

—Imposible; ¡cómo voy yo a regresar ahora a mi pueblo!

Pasaron dos años y volvió al Instituto de nuevo.

—Ya sé; mi vocación es ser aparejador. No sé cómo ustedes no me la han descubierto. Además, para eso sí que tengo condiciones. Siempre, de pequeño, dibujé muy bien. Ya me he matriculado en una academia, y este año sí que ingreso en la Escuela.

—¿Por qué no vuelve usted con sus hermanos?

Hace quince días estuvo, otra vez, hablando con el médico examinador.

—Mire usted, aparejador..., reconozco que no valía. Pero ahora sí que sé lo que voy a ser: practicante. Me he vuelto a matricular en la Facultad y voy a ser practicante...

Este fué de los que no han hecho caso.

ULTIMO EN LA CLASE; PRIMERO EN EL TALLER

No todas las personas sirven para el estudio y, mucho menos, para los estudios de tipo verdaderamente superior. Sólo un diez por ciento de la población está dotada para las profesiones intelectuales; el resto en una gradación de valores, debe tener trabajo en ocupaciones de tipo manual o corporal.

Ha de desterrarse la idea de algunos padres de que su hijo no aprende las cosas porque no le da la gana. Un día llegó al Instituto un padre con un pequeño de trece años.

—Es un vago. De nada sirve que le encierre en su habitación, que le castigue sin ir al fútbol y que no le dé dinero los domingos. No estudia. Siempre está el último en la clase. El otro día, para que aprenda, le eché de casa y le tuve toda la noche en la calle. A ver si así consigo algo...

El muchacho no se aprendía las cosas porque, materialmente, su inteligencia no daba más de sí.

—Mire usted; más vale, por bien de los dos, que quite al chico de estudiar. Su hijo puede ser, por el contrario, un excelente conductor y un buen mecánico de automóviles.

BORDADORAS DE TRAJES DE LUCES

La selección profesional tiene por objeto medir cuál es el grado de bondad de las aptitudes de un individuo para aquella profesión que más le conviene. Los especialistas, en esta materia, del Instituto Nacional de Psicotecnia catalogan y perfilan la verdadera valoración del operario futuro.

Desde opositores a profesiones tan especializadas e intelectuales como son las de estadísticos, hasta la simple modistilla de un taller o de una fábrica, los exámenes psicotécnicos abarcan todo género de ocupaciones.

Cuando nosotros llegamos, un grupo de veintiuna bordadoras de trajes o capotes de toreros esperaba turno para ser examinadas. A veinte años no llegaba ninguna. Por eso, el pequeño nervosismo anterior a la prueba se traduce en una continua algarabía de risas y conversaciones.

—Tienes que fijarte bien—decía una morenita, de largas pestañas, a una tímida compañera que estaba silenciosa—. Yo ya me examiné una vez para entrar en una fábrica de productos químicos, que luego no se abrió, y todo lo que te ponen es muy fácil.

Van entrando, una a una, en la sala de aparatos, y el ingeniero va señalando la operación a realizar.

—Mire, señorita; usted tiene que introducir la ficha llena de agujeritos en el soporte con alfileres. No se ponga nerviosa y hágalo con cuidado.

Las manos ágiles de la futura bordadora salvan rápidamente la prueba. Tal vez los toreros no sepan que las muchachitas que les cosen los alamares en la casaquilla y les bordan rojas rosas en la seda de los capotes de paseo han sufrido un examen muy fuer-

te. Eso decía, por lo menos, una rapaza.

—¿Te has fijado qué difícil era hacer lo del dibujo?

LA COQUETERIA DE LAS MUJERES

Torreros de faros, listeros, conductores de autobuses, etc., son sometidos a estas pruebas selectivas. En ellas se descubre cuáles son los que tienen más rápidos reflejos, cuáles los que poseen más poder de retentiva o cuáles, en compensación, desarrollan mayores facultades improvisatorias.

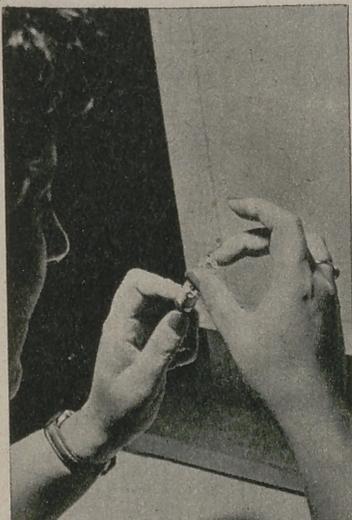
La selección nacional de fútbol, en el año 1947, estuvo, por primera y única vez, a verificar un examen de este tipo. Les hicieron pruebas conducentes a averiguar cuál era, en los jugadores, el grado de atención visual y auditiva, de atención distribuida y de velocidad de tiempo de reacción. Hubo dos seleccionados que, en el examen médico, resultaron ser daltónicos. ¿Hasta qué punto consideraría el seleccionador como importante este defecto de no distinguir los colores de las camisetas? Lo cierto es que jugaron.

Las mujeres, a veces, no pueden librarse de esa su eterna coquetería. Se examinaba un grupo de empleadas de una importante Empresa. Una de ellas, al llegar a la prueba de atención visual, no la realizó con la misma brillantez que había efectuado las anteriores, de atención auditiva y cuestionarios escritos. Los examinadores estaban intrigados. El examen médico lo descubrió todo.

—Señorita... Usted tiene unos ojos muy bonitos, pero es miopa. Bien está que cuando vaya por la Gran Vía haga desmayar a los admiradores con sus miradas. Vuelva al aparato, póngase las gafas y verá qué bien lo hace. Así fué.

EXAMEN PARA COCINERO

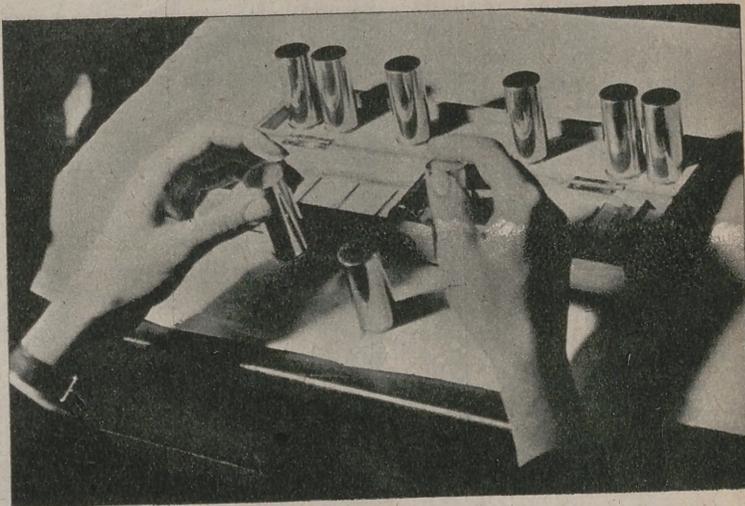
Empresa ha habido que, entusiasmada por el éxito conseguido en la selección de sus trabajadores, ha enviado a examinar a toda clase de empleados en disposición de ser admitidos. Una vez



La joven bordadora ha de tener pulso y habilidad en el manejo de la aguja. La prueba de introducir el botoncito en el soporte con alfileres demostrará su grado de maestría



Diez manchas de tinta esparcidas en un papel constituyen la prueba de Rorschach. La examinanda ha de decir rápidamente si lo que ve es una hoja de árbol o una radiografía



Diez pesos han de colocarse en su orden ponderal. Las manos sensibles del operario futuro han de distinguir, en la simple suspensión, el peso de los cilindros

llamó por teléfono al director del Instituto.

—Tenemos un nuevo empleado que deseamos nos digan sus aptitudes.

—¿Cuál es su profesión?

—Pues va a ocupar la plaza de cocinero.

El director les convenció que, si no eran muy delicados los platos que tenía que cocinar, con ver si los guisos que hacía el buen hombre sabían a gloria terrena, bastaba.

En la selección de aprendices, el Instituto Nacional de Psicotécnica se ha apuntado verdaderos éxitos. Se examinaban dos muchachos conceptuados en la Empresa de donde procedían como buen y mal operario, respectivamente. Después del examen psicotécnico, los resultados que dió el Instituto fueron completamente opuestos. Pasados seis meses se pudo comprobar que el bueno de la Empresa, en los quince primeros días que le habían hecho

acreedor a tal clasificación, rindió todo lo que sabía. Por el contrario, el calificado como malo por la misma Empresa, a medida que pasó el tiempo, aventajó a su compañero de trabajo debido a sus mejores condiciones naturales de inteligencia y atención.

Cuando nos vamos aún quedan examinándose varios grupos de conductores. Muchachos jóvenes y hombres maduros. Unos iban para maestros y han encontrado su verdadero sitio en el volante. Igual que otros casos. Hay quien quería ser arquitecto y ha visto que, mejor para él y para todos, su porvenir estaba en la organización de una fábrica de conservas. Día a día hay nuevas sorpresas. Al fin y al cabo, el mundo es así. Y este panorama que hemos contemplado es el pequeño e íntimo mundo del Instituto Nacional de Psicotécnica.

José María DELEYTO

(Fotografías de Aumente y Mora.)

EL ANÁLISIS PSICOTÉCNICO

EL EXAMEN PSICOTÉCNICO NO DESCUBRE LA VOCACION, SINO LA APTITUD PARA UNA PROFESION DETERMINADA

El análisis psicotécnico tiene dos fines: 1.º, averiguar si una profesión determinada es apta a un determinado individuo; 2.º, descubrir la profesión para la que se reúne más aptitud. No se determina la vocación, pues se puede tener una vocación por cierta profesión determinada y no reunir aptitudes para ella. El examen psicotécnico se divide en dos clases: de niños y de adultos. El de niños se puede realizar desde los tres años. Los más frecuentes son los que se efectúan de los doce a los trece, pero es a los dieciséis cuando ya está formada una vocación o puede determinarse una aptitud profesional.

Hay personas adultas, con su profesión encauzada, que tienen miedo a realizar el examen psicotécnico, por temor de que descubran una aptitud que ellos no consideran de su agrado. Un día se presentó un señor en el Instituto de Psicotecnia, movido tan sólo por la curiosidad.

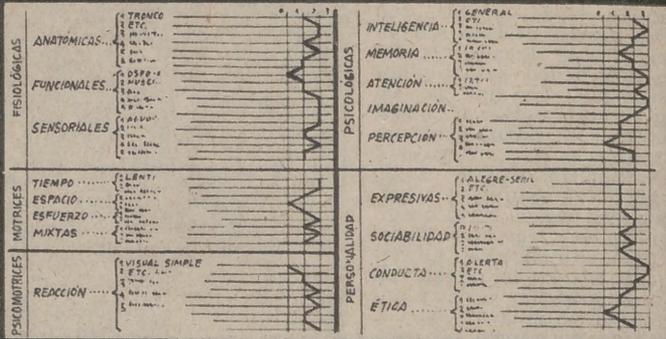
¿Usted puede ser o es en potencia un magnífico relojero—le dijo el técnico analista. El hombre se quedó muy extrañado y se fué. Recientemente se recibió en el Instituto una carta de la Argentina de un señor que daba las gracias; en Buenos Aires tenía una relojería y le iba muy bien.

Cada profesión tiene sus pruebas especiales. He aquí una de ellas:

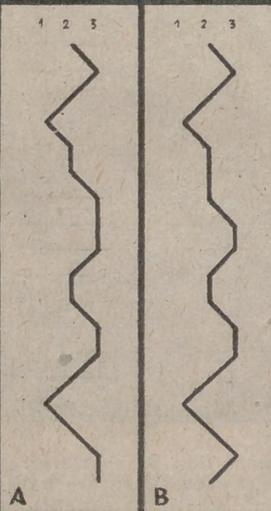


PRUEBAS ESPECIALES PARA OFICINAS

1. Inteligencia general y abstracta.
2. Atención concentrada.
3. Memoria visual y auditiva.
4. Facilidad de cálculo.
5. Prueba específica para oficinas.
6. Complementaria y conocimientos ortográficos.

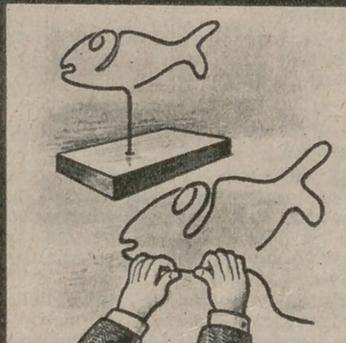


COMO SE DESCUBRE LA APTITUD PARA UNA PROFESION.—El individuo es sometido a un metódico examen fisiológico y a unas pruebas, donde se mide su carácter, estética, expresión, fuerza, habilidad, inteligencia, interés económico, obediencia, rutina, sentimientos, simpatía, sugestión y valor. Los resultados se califican con 1, 2 ó 3 puntos y se anotan en una ficha, gráfico de la profesión o «profesiograma» (dibujo superior). En lugar de escribir los resultados con las cifras 1, 2 ó 3, se unen los lugares que éstas ocuparían en sus correspondientes casillas, mediante unas líneas rectas, dando el conjunto de todas ellas un perfil o línea quebrada característica del individuo que se examina.

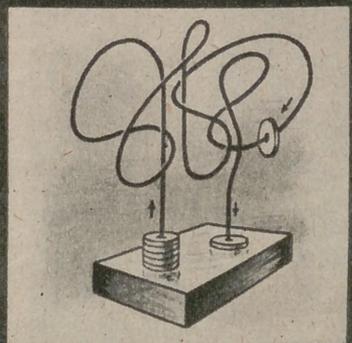


Para saber qué profesión es la más apta o reúne mejores condiciones, se compara el perfil obtenido (A) con todos los que se tienen como tipo de profesiones determinadas. La que más se aproxime a ella (B) esa será la profesión indicada.

Las fichas que se tienen por tipo de una profesión han sido estudiadas metódicamente y sacadas de una media de los profesionales que reunían mayor aptitud y vocación. El Instituto Nacional de Psicotecnia tiene las fichas de 500 a 600 profesiones.

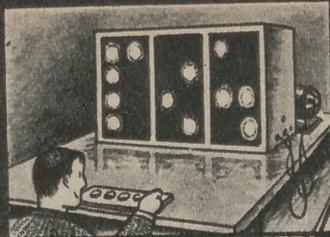


Una prueba para apreciar la habilidad manual del que se psicoanaliza consiste en reproducir con un alambre la figura de un modelo o de varios modelos. El resultado se obtiene sacando la media de los puntos dados a la calidad del trabajo y del tiempo que se tardó en realizarlo.



Otra prueba de habilidad e inteligencia se realiza con el laberinto de Rupp. Consiste en ir pasando una serie de discos de un extremo a otro del alambre. Se aprecia el tiempo y si la operación se realiza con la mano derecha o izquierda o si se efectúa por delante o por detrás.

LAS SIETE PRUEBAS PARA EL CARNET DE CONducIR DE PRIMERA CLASE



1.ª ATENCIÓN DISTRIBUIDA.—Unas luces de varios colores se apagan y se encienden en distintos sitios. Cada vez que se ilumina un color determinado hay que apretar el correspondiente botón. La prueba se repite veinticuatro veces y se registra automáticamente en una banda de papel.

EL 12 POR 100 DE LOS CARNETS DE CONducIR SON DENEGADOS POR CUESTIONES FISIOLÓGICAS. AL DALTONISMO LE CORRESPONDE EL OCHO POR CIENTO

La prueba más frecuente que realiza el Instituto Nacional de Psicotecnia es la de conductor. Ello se debe a que es obligatoria para obtener el carnet de primera clase. Aparte del examen fisiológico, el solicitante es sometido a los siete ejercicios psicotécnicos necesarios al buen conductor: 1.º, de atención distribuida, donde se observa la capacidad de visión de todo lo que ocurre en la carretera o fuera de ella; 2.º, de reacción visual y auditiva, necesarias al maniobrar y frenar a tiempo; 3.º, de resistencia a la monotonía, indispensable en un camino recto y sin dificultades; 4.º, de habilidad en el manejo del volante; 5.º, de apreciación de velocidades y distancias, interesante para saber en qué momento alcanzaremos al que camina delante o viene hacia nosotros; 6.º, de inteligencia mecánica, para las reparaciones, y 7.º, de ambidestrimo, recomendable cuando hay que manejar el volante sólo con la mano izquierda o la derecha.

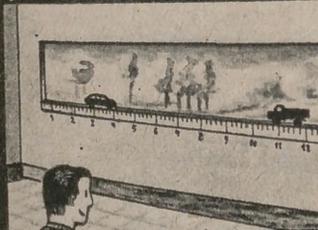
No todos los que solicitan el carnet de conducir de primera clase pasan las pruebas psicotécnicas. En la actualidad se deniega del doce al quince por ciento por cuestiones fisiológicas, dándose el caso curioso de que el ocho por ciento corresponde a los daltónicos, aquellos que no pueden diferenciar el verde del rojo, colores imprescindibles en la regulación del tráfico.



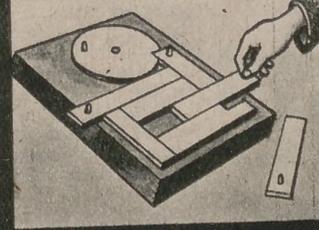
2.ª TIEMPOS DE REACCIÓN VISUAL Y AUDITIVA.—Se oye un golpe e inmediatamente se aprieta un botón. Un cronómetro marca el tiempo que se tardó en reaccionar en fracciones de segundo. Cuando se enciende una bombilla se procede de igual forma. La prueba se repite 32 veces.



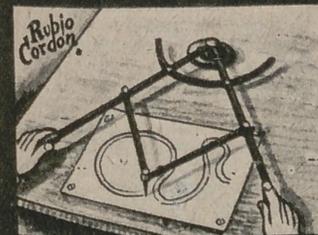
3.ª y 4.ª RESISTENCIA A LA MONOTONIA Y HABILIDAD EN EL MANEJO DEL VOLANTE.—Una banda sin fin, con perforaciones, pasa delante de un cursor. Este se mueve con el volante, para que no pase por un agujero y haga contacto, registrando la falta eléctricamente. Se repite cinco veces.



5.ª APRECIACIONES DE VELOCIDADES Y DISTANCIAS.—Dos coches marchan a velocidades distintas. Hay que apreciar el sitio donde se cruzan. El lugar se indica mediante los números que aparecen en una escala. La prueba se repite unas cuantas veces.



6.ª INTELIGENCIA MECÁNICA.—Sacar una pieza de un mecanismo o colocar una correa para una transmisión. Estas pruebas se realizan solamente una vez y se mide el tiempo que se tarda en realizarlas.



7.ª AMBIDESTRISMO.—Mediante un pantógrafo se sigue, con las dos manos, una curva. El trayecto queda marcado, y se mide la habilidad en trazar la curva y el tiempo. Para mecánicos se utiliza un mecanismo de tornillos sin fin.



EL VOLANTE SOLO MUEVE AL COCHE A IZQUIERDA O DERECHA

EL PLANO SE DESLIZA SIEMPRE EN ESTA DIRECCIÓN

El alumno se coloca ante el volante. Un plano sin fin pasa ante él. El coche tiene que conducirlo por la carretera con la particularidad de que si lo lleva por un camino que descienda el coche se saldría por no poder parar o dar marcha atrás al plano rodante. Aquí se mide la habilidad en el manejo del volante y la atención distribuida. Se necesita tener una visión total para elegir el mejor camino y no interrumpir la marcha.

MISTER PEREZ

NOVELA

Por Juan Antonio DE LAIGLESIA



I

JUAN Pérez, escritor, empujó la puerta del despacho. El dueño de la editorial le miró por encima de sus gafas y sin levantarse le indicó una silla.

—Gracias. Estoy bien de pie.

Juan Pérez prefería no sentarse. Su alta silueta, dominada por una hirsuta y negrísima cabellera, tenía algo de faro o de atalaya. De pie y apoyando sus manos en el borde de la mesa, en actitud de demagogo arrojando a las masas, se encontraba en superioridad de condiciones para discutir con su contrincante.

El editor, encogiéndose de hombros, se caló las gafas y le miró de hito en hito:

—Usted dirá.

—Soy Juan Pérez, escritor.

—Ya lo he visto en su tarjeta. ¿Qué desea?

—Escribir, como es natural.

—¿Para esta editorial?

—Creo que sí. Por eso he venido.

El editor volvió a mirar la cartulina que sujetaba entre los dedos y después de meditar unos momentos empezó a decir:

—El hecho de que sea usted escritor no es un grave inconveniente para colaborar con nuestra firma. Protegemos, por tradición, a los escritores y aunque al público no le gustan las novelas de los escritores, gastamos bastante dinero y papel en estas cosas.

—Pero ustedes publican novelas—replicó Juan Pérez con rudeza.

—Sí, pero son novelas no escritas por escritores. ¿Usted me entiende?

Juan Pérez no entendía ni una palabra.

—Quiero decir—se explicó el editor—que son novelas de otro estilo. Del que le gusta al público. Novelas de pasión y de tiros y de faltas de ortografía. ¿Usted hace faltas de ortografía?

—Creo que no.

—Bueno, eso no tiene importancia. El regente de la imprenta puede ponerlas por usted. Ya le digo que incluso su condición de escritor puede no ser problema. Basta con que trate de olvidar que lo es. Sin embargo...

—¿Hay algo peor que eso?—y Juan Pérez se sentó lentamente en el banquillo de los acusados. Había perdido gran parte de su empuje de luchador y sentía que la iniciativa pasaba al otro lado de la mesa.

—No se ofenda—sonrió el editor—. Son tan sólo unas observaciones de tipo general. Me refería a todos ustedes, los escritores.

—Es que yo... soy Juan Pérez—protestó débilmente éste.

—Ahí le duele—contestó el otro—. El nombre es muy importante. Por no decirle que decisivo.

—Pero es que yo... he sonado bastante. Soy el autor de «La estatua de coral», de...

—Sí, sí. Pero se llama usted eso: Juan Pérez.

—¡Es para mí una honra! ¡Ahora que todo el mundo es Pérez y algo! Hay que ser valiente.

—Háblenos de valentía a los editores—y el hombre suspiró.

—Desde luego. Son ustedes unos seres admirables. Lo exponen todo para ganar. Dios sabe qué. No sé cómo no les hemos hecho ya una estatua.

—¿De Coral?

—Sin pitorreo. Lo digo de corazón.

Y tanto que lo decía de corazón. Como que Juan Pérez empezaba a dar coba a su posible mecenas de la manera más descarada y menos gallarda en los anales de la contratación literaria. Estaba clarísimo que perdía sus últimos triunfos y rozaba ya el borde del sablazo.

Pero el editor, correcto y astuto, fingió no darse cuenta y prosiguió:

—Le digo lo del nombre no porque sea más o menos vulgar o porque haya sonado mucho o poco. Simplemente porque me hubiera gustado más a un Max London o un Harry Green.

—Pero eso es anglosajón.

—Claro, amigo. ¡Lo que se lleva! ¡Precisamente lo que se lleva! Usted no sabe las ediciones que hemos lanzado ya de ese Harry Green, por ejemplo.

—Pero estamos en España.

—Por eso, amigo. Por eso. El público quiere chicle, whisky y hot. En cuanto vean un Juan Pérez en la cubierta no me compran ni una novela. ¿Entiende?

—Pero Cervantes...

—Siempre me sacan ustedes a Cervantes. Valiente ejemplo. Max London, doscientos mil ejemplares. El Quijote, doscientos. Ya sé. Ya sé. Fuera de España se vende mucho. Porque no estamos en España. ¿Pero aquí? Lo que le digo. Max London y Harry Green.

Juan Pérez se desinfló en su asiento. No había nada que hacer. Aquel editor no picaba. Había hecho bien en no traer su carpeta de cartón



con cintas rojas. Resultaba siempre ridícula la salida de un escritor con la novela devuelta.

—Bueno. Encantado de haberle conocido—y con una risita de conejo, Juan Pérez tendió la mano a su interlocutor.

—Un momento, un momento—suplicó éste—. Siéntese, por favor. Todo tiene arreglo en este mundo. ¿Qué es un nombre? ¿Nada, verdad? Pues entonces...

—No le entiendo.

—Le voy a confesar algo—y el editor bajó la voz, mirando de reojo a la puerta—. Pero le exijo su palabra de honor de que guardará el secreto.

—Mi palabra.

—Ni Max London ni Harry Green son extranjeros.

—¿Ah, no?

—Españoles. Españoles como usted y como yo. Max London es Ricardo Núñez y el otro don Florencio García, ese viejecito que se sentaba en un banco de Recoletos a echar miguitas a las palomas de Correos.

—¡A los dos los conozco muchísimo!—altó Juan Pérez como un muelle—. ¡Del café Gijón!

—Pues esos son. Pero recuerde su palabra.

—Ya me extrañaba que no volvieran a aparecer por la tertulia. Los dos tienen coche. ¡Miserables!

—No los trate así. Ellos me han hablado de usted. Incluso me han contado uno de los argumentos que estaba planeando.

—Ahora comprendo por qué me dijo Ricardo que viniese aquí. ¡Qué horror! Ricardo hacía unos sonetos maravillosos.

—Y los hace. Para despistar. También don Florencio le habla a todo el mundo de una comedia sin actores que trata inútilmente de endosar a un teatro oficial. Son consignas.

—¿Consignas? ¿Dé quién?

—Mías, señor... ¡Oh, no sabe lo que me cuesta llamarle Pérez!

—Llámeme Juan.

—Por ahí se andan las dos cosas. Pero no se enfade. No trato de humillarle. Usted no tiene la culpa de llamarse así. Quiero, por el contrario, ser su mejor amigo y ayudarle. Si usted se pone en mis manos haré su fortuna. ¿Por qué no me trae una síntesis de esa novela que está usted escribiendo?

Juan Pérez empezó a respirar con más holgura. En el cielo tormentoso se abría una ventanita azul.

—¿Cree que puede entrar en sus planes editoriales?—apuntó con timidez.

—Le haremos un huequecito—contestó el otro. Y cuando vió el rayo de sol que iluminaba el semblante del literato, añadió, con voz brusca y autoritaria: ¡Pero con una condición!

Juan Pérez se estremeció ante el repentino trallazo. El editor suavizó el tono de su voz y explicó:

—Es muy sencillo. Basta con que se cambie usted de nombre.

En el alma de Juan Pérez empezó a llover. El chaparrón duró unos minutos, que aprovechó su mecenas para contestar a una llamada telefónica, rechazando los servicios de un cierto señor Valenzuela, que también tenía la desgracia de haber nacido escritor español.

Caían las últimas gotas sobre el panorama interior de Juan Pérez en el momento en que el editor colgaba el receptor.

—Entonces, ¿de acuerdo?—preguntó levantándose y mirando su cronómetro.

Juan Pérez se enjugó la frente con el pañuelo y esbozando una desmayada y pálida sonrisa, replicó en voz casi inaudible:

—«¡Okey, Chief!»

Después, tambaleándose como un borracho, buscó la salida al aire libre.

II

La pensión en que vivía Juan Pérez era un tugurio de la calle de Hortaleza, al que se entraba, de costadillo, por un portal que tenía a un lado una freiduría y al otro la garita encristalada de un botiquín de plumas estilográficas.

Sorteando hábilmente las dos tintas, la de los calamares de la izquierda y la menos comestible de la derecha, podía llegarse incólume a una lóbrega escalerilla de cóncavos y rechinantes pedregales de madera. Allí, teniendo buen cuidado de no apoyar la mano en la temblorosa baranda, siempre dispuesta a una traición, y aspirando sólo el aire preciso y a través del filtro protector de la nariz, había que ascender los tres pisos que correspondían a la fábrica de muñecas, al gabinete fotográfico y al almacén de artículos de plexiglás, que componían con sus emanaciones una sinfonía olfativa de catastróficos efectos.

Una vez ante la puerta del último descansillo y tocando barrera con los pies juntos sobre la raída arpillería de un felpudo, sólo restaba aguantar impávido el calambre de un timbre sin pulsador para dar por terminada la aventura. Entonces la entrada de la caverna se abría y las greñas paleolíticas y los pingajos de la correturona daban las buenas noches al miembro de la tribu y le decían si había o no había sopa para cenar.

Juan Pérez amaba aquel tugurio porque era el suyo, porque la dueña le admiraba y porque sólo le cobraba un huevo frito y le ponía dos.

Comprendía que no era su cuarto—aquel cuarto sin armario, sin ventilación, sin nada—el más adecuado para un hombre de su exquisita sensibilidad. También sabía que una cama turca no era la que necesitaba un español, y que las sillas suelen tener cuatro patas. Pero todas estas consideraciones dejaban de constituir una grave preocupación para él en cuanto sus pupilas se detenían en los cuatro o cinco retratos de célebres novelistas muertos de hambre, que había arrancado de una revista para ahorcarlos con chinchetas en la pared.

Las efigies de tañ eximios como depauperados personajes le alentaban, mejor, le alimentaban. con sus melancólicas sonrisas, para proseguir manchando de tinta la mesa del comedor de doña Amparo y de café con leche los veladores del Gijón.

Pero aquella noche los ojos de Juan Pérez tenían un brillo distinto. No sólo no soludó a sus maestros como de costumbre, sino que les mostró, para que tuvieran envidia, el bocadillo de calamares fritos que le acababan de fiar en el portal.

Entró en el comedor con aire de perdonavidas y lanzó en torno suyo un desafiante «¡Good night!» que heló la sangre al empleado de Banca y Bolsa y a su amigo el opositor de Aduana. Amparito, la hija de la dueña de la casa, se quedó con la cuchara en el aire como para que le hicieran una fotografía.

Amparito era una delicia de Amparito. Lo mejor que se ha hecho en Amparitos. Sólo esperaba para casarse con Juan Pérez a que éste entrara en el Ayuntamiento. Como era difícil que esto sucediera algún día, la muchachita le dedicaba algún suspiro suelto al auxiliar bancario y, los que

buenamente sobraban, al futuro inspector de Aduanas. Había que nadar y guardar la ropa y no dejar la presa por la sombra, dos refranes que no olvidaba jamás Amparo madre.

La insólita actitud del escritorzuelo, que por primera vez despreciaba el huevo de propina, atufando a todos con los calamares podridos de su bocadillo de portal, tuvo como inmediata consecuencia el desamparo de Amparito, que se dedicó de lleno al de Banca y Bolsa, que no era tan guapo y tan interesante, pero tenía un sueldecito fijo.

Juan Pérez abrió la revista anglosajona que le había prestado el quiosquero de la Red de San Luis y se abstraigo en la lectura de aquellos signos cabalísticos, tan nuevos para él. Masticando el chicle de sus calamares parecía un extranjero que no ha encontrado sitio en el «Palace» y ha tenido que meterse en el primer tugurio de la calle de Hortaleza que le han recomendado en el aeropuerto.

Al final de la cena, por pura y simple corrección, quiso repetir su «good night», pero se había quedado solo en el comedor. Fué en aquel momento cuando sintió por primera vez una indefinible sensación de vacío y desconsuelo.

—¡Amparito! ¡Amparito!—llamó.

La puerta se abrió y la muchacha, ceñuda, le gritó:

—Buenas noches, mister Pérez—y se fué dando un portazo.

III

La entrevista con don Elías, el editor, fué muy rápida. Hojeó el manuscrito, lo tiró sobre la mesa y dijo:

—No me interesa.

Aquellas tres palabras cayeron como un martillo-pilón sobre la negra e hirsuta cabellera de Juan Pérez.

—Pero... usted me dijo que mi nombre...—se disculpó el literato—. ¡Y lo he cambiado! ¿No lo ve? ¡John Perkins!

—Eso puede pasar—gruñó don Elías—. Aunque carece usted de malicia y ha buscado un seudónimo demasiado parecido a su nombre de verdad. John Perkins y Juan Pérez suenan casi igual. Se nota que usted se resiste a abandonar su auténtica personalidad. Pero, en fin, eso puede pasar. Lo que es indefendible es éste título: «Sucedió en Badalona».

—¿Dónde quiere que suceda entonces?

—¡En Chicago, hombre de Dios! En Chicago o en Nueva York o... todo lo más en Londres. Eso como último recurso.

—Bueno, pues sucederá en donde usted quiera.

—No es solamente esto, querido. Tiene usted que revisar todos los nombres y la trama y adaptarlos a nuestras costumbres.

—¿Qué costumbres?

—Las costumbres americanas, hombre. Me parece que no nos vamos a entender.

Pero Juan Pérez estaba dispuesto a entenderse al precio que fuera. Por el precio del bocadillo fiado habría renunciado a todos sus derechos sobre «Sucedió en... donde fuera».

—No se preocupe. Yo la reformaré. La escribiré de nuevo. Verá cómo queda satisfecho de mí.

Don Elías sonrió. Aquel muchacho tenía madera. Con un poco de paciencia llegaría a ser mejor que Max London y Harry Green.

—Tome—le dijo al marcharse—. Aquí tiene unos cuantos números de la colección «Spirit» para que vea un poco el estilo. Léalos. Le conviene ambientarse. Y recuérdelo, tiros, pasión y faltas de ortografía. Nada de literatura.

—Okey, jefe—replicó el neófito—. Y a propósito, ¿podría usted dejarme algunos dólares como anticipo?

IV

«La sobrina del gángster» fué un éxito de cla mor. Nadie hubiera sido capaz de reconocer entre el humo de tantos disparos la antigua y delicada trama de «Sucedió en Badalona». John Perkins se había consagrado «como el más genial narrador de los tiempos modernos», «y era por esto que la gente compraba su novedosa y romancesca historieta policial».

Don Elías lloraba de alegría y besaba las cartas de sus corresponsales, que le suplicaban más y más ejemplares de «La sobrina del gángster». John Perkins se puso un poquito tonto. Pero era natural. Tanta hambre atrasada y de pronto... ¡la fama! Una fama extraña y peculiar. Una fama subterránea, vergonzante. Una fama que no podía

pregonarse a los cuatro vientos, que no podía pulsarse en el espejo envidioso de los rostros amigos de la tertulia del Gijón. Una misteriosa popularidad que había de paladearse en la más secreta de las intimidades, sin comunicación posible con el mundo exterior. Pero una fama dorada como el dólar, la más saneada de las divisas. Una fama que permitía a John Perkins, antes Juan Pérez, apestar y atronar a los madrileños con el peso triunfante y fugaz de su «Vespa» y deslumbrarles con sus impecables corbatas de seda natural.

Doña Amparo sintió de veras el adiós de su pupilo. Y también Amparito. Ahora que parecía que el muchacho había sentado la cabeza y todo indicaba que había conseguido la plaza en el Ayuntamiento, se les escapaba de las manos y se instalaba en una «suite» del Castellana Hilton. So ingrato. Que eso y nada más eso era el mozalbete: un ingrato, un desagradecido y un todo.

Sin embargo, aquella mudanza no debía achacarse a la tornadiza voluntad de mister Pérez. El culpable de aquella determinación era don Elías Salgado, de profesión editor.

—Debe usted cambiar de casa inmediatamente—le había sugerido, como él sabía sugerir—. En esa pensión sospecharían que se estaba usted dedicando a negocios demasiado lucrativos. No es el ambiente que le conviene. Quiero que sea usted mundano, cosmopolita. En los hoteles caros nadie pregunta. ¿Me comprende? Además, debe usted empezar a practicar el inglés.

—Yo soy un escritor español—protestó débilmente Juan Pérez.

—Dejemos eso. En «La sobrina del gángster» hay algunos gazapos imperdonables, amigo mío. Lea esta carta.

Juan Pérez se ruborizó como un colegial. El airado autor de la misiva había vivido muchos años en Norteamérica y aseguraba que allí nadie decía aquello de «no vale un penique», ni «tirate al Támesis».

—Son dos expresiones inglesas, amigo mío.

—Pero no de Chicago. Su novela se desarrolla en Norteamérica. Tiene usted que recordar que allí la moneda fraccionaria es el centavo y que el Támesis pasa por Londres. Le conviene estudiar un poco el «slang», que es el inglés de allá, con sus giros peculiares y su fonética especial. No basta con que usted escriba «adorable creatura» y «sofisticada e intransparente maquinación». Es preciso que asimile bien la sintaxis y que construya sus frases como lo hacen allá. Una falta de ortografía colocada en un lugar oportuno puede significar el éxito de un original. Salpicadas así, a voleo, como usted lo hace, conducen irremisiblemente al fracaso. El público sabe latín y en seguida olfatea la mixtificación. La competencia es grande y un éxito de la colección «Spirit» significa un bajón en «La metralleta», «Héroes del hampa» o en «Plutonio, 706».

—Entonces, ¿qué debo hacer?

—Ya lo sabe. Mudarse, estudiar inglés y... teñirse el pelo de rubio.

—¿Cómo ha dicho?

—Teñirse el pelo de rubio o aclarárselo por lo menos. ¡Ah!, y traerme cuanto antes las nuevas aventuras de «La sobrina del gángster». Los corresponsales están que muerden porque no se las he mandado todavía.

V

El peluquero era un hombre discreto y se abstuvo de hacer preguntas.

—¿Las cejas también?

—Y el bigote. Gracias.

John Perkins salió algo azorado del establecimiento, apretando en el bolsillo el frasquito que le había entregado el hombre para que se diera unos toques todos los días y conservar «el bello tono de moda».

Por fortuna le esperaba su «semihaiiga» último modelo aparcado junto a la acera. En su interior, apretando el volante de nácar y el botón de plástico del acelerador, se sentía más seguro. En el espejo retrovisor se contempló de reojo. La caracterización era perfecta. Hasta el pelirrojo agregado de Prensa de la Embajada yanqui le hubiera tomado por un compatriota.

A través de sus raíces capilares penetraba en su cerebro una nueva savia, que regaba su materia gris, trastrocando sus ideas.

El guardia de la plaza de Colón le saludó militarmente y él respondió sacando el guante por la ventanilla y haciendo la uve de la victoria con el índice y el cordial.



En su «apartamento» del hotel le esperaba su máquina de escribir eléctrica, que en seguida empezó a trepidar como la turbina de un «Thunderjet».

El tomo estuvo listo a media tarde y don Elías lloró de emoción al comprobar los progresos que su protegido había realizado en tan poco tiempo.

—¡Bravo! ¿Lo ve usted, mister Perkins? Aquí los tiros están en su sitio. Y los puñetazos y las faltas de ortografía. Este párrafo es magistral.

—¿A cuál se refiere?—y John Perkins sonrió a través del humo azulado de su «Virginia cigarrétes».

—Escuche —y don Elías, con las gafas empañadas, leyó—: «La pequeña Dorothy era en deseos de congratular al abuelito por su onomástica, y fué entonces que se le ocurrió hacer su aparición en el vestidor con una brazada de estallantes lilas capturadas en el parque». ¡Magnífico, Perkins, magnífico! Pero, cuidado. No abuse. Podrían descubrirnos.

Esta complicidad era un consuelo para el novelista. Aquella hermandad de sociedad secreta le hacía olvidar el postrer suspiro de la dulce Amartito y la última disputa literaria del Gijón.

Don Elías era un buen hombre. Estimaba de veras al antigua escritor como un maestro a su discípulo más aventajado. John Perkins comprendía que el crédito editorial de don Elías estaba en sus manos y que su locuacidad podía tener tan graves consecuencias para el comerciante como para él. Y callaba. Y callaban los dos. Y se contaban sus cuitas. Las de don Elías, fracasado como mecenas del arte puro. Y las de su amigo, camaleón a la fuerza.

Pero los duelos con pan son menos duelos, y ambos descargaban su ira sobre el público, aunque siempre en la intimidad, por si las moscas.

—¿Ha dicho usted que podrían descubrirnos, don Elías? ¿Es que teme que alguien...? ¿Ha recibido algún anónimo?

—Dos. Dos anónimos he recibido, pero no se preocupe. Son de sus amigos Max London y Harry Green. que tienen celos de su éxito.

—Chantaje, ¿eh?

—Les tengo sujetos. Ya me iré desembarazando de ellos paquito a poco. Sus producciones no interesan. Ahora es usted el que priva.

—Iré a verles y les cantaré las cuarenta.

—No hará usted eso. Olvídese de su existencia. Si se los encuentra en alguna parte, ni caso. De-

díquese al tercer tomo con ahinco. Hay que aprovechar esta racha, mister Perkins.

Una doble y sonora carcajada puso fin a la reunión de los dos conjurados.

VI

Por la noche, en el vestíbulo del Castellana Hilton, un joven pelirrojo se acercó al escritor.

—Soy Alfred Gilberston, agregado de Prensa de...

—Le conozco—interrumpió el atracado con cierto temor.

—¿Ah, me conoce? Yo soy de Oklahoma. ¿Ha oído usted hablar de Ockmulgee? Está en la montaña. Muy bonito. ¿Usted de dónde es?

—¿Yo? Pues yo soy de... de... No comprendo qué es lo que quiere saber, mister Gilberston.

—Llámeme Freddy.

—Pues bien, Freddy. No acabo de alcanzar el significado de su pregunta.

—Es muy sencillo. Quiero saber a qué Estado pertenece, mister Perkins.

—¡Oh!, llámeme usted Johnny—se oyó a sí mismo el interpelado. Y luego, con creciente asombro, escuchó las palabras que brotaban de sus propios labios—: Yo soy de Kearney, un simpático pueblito a orillas del río Platte, en Nebraska. Mi familia es oriunda de Inglaterra. Los Perkins tenían su casa solariega en el Yorkshire, cerca de Hull, pero mucho antes de nuestra guerra de Sección se establecieron en Kearney, ese simpático pueblito...

—¿Pueblito? Ahora es una gran ciudad, querido Johnny. Pero hablemos en americano, ¿te parece?

—¡Oh, yes!—y Perkins invitó a un «whiskey» a su compatriota.

Hicieron muy buenas migas. Freddy era un muchacho muy franco y muy jovial. En los ratos libres buscaba a Johnny para que le enseñase Madrid.

—Tú llevas aquí más tiempo que yo—le decía—. Se te nota hasta en el acento. Por eso quiero que seas mi cicerone. ¿Has visto el museo del Prado?

—Pues no—confesó con cierto rubor el ex madrileño.

—Yo me lo conozco de memoria. Eso te lo enseñaré yo a ti, ¿eh?

—Buéno, bueno. Como quieras, Freddy.

Y el agregado dió a su camarada una lección sobre la pintura de «Velásques», «Surbarán» y «Vi-

sente López». Después se marcharon a que Johnny lo llevara a algún sitio realmente típico.

—Pues no sé a dónde llevarte hoy, querido.

—Tengo una idea. ¿Por qué no vamos a ese sitio donde se reúnen tantos artistas?

—¿A qué sitio te refieres?

—Al café. ¿No es un café? Sí. Al café de Gijón.

—¿De Gijón? ¡Ah, ya! De Gijón.

No había tenido valor para negárselo a su amigo, y ahora que el «haiga» se aproximaba a Recoletos empezaba Perkins a temblar de un modo ridículo. Las numerosas novelas del popular autor, y las gafas Truman que velaban sus ojos, bajo la estopa de su hirsuta cabellera, eran suficiente garantía para él. Nadie recordaría al desdichado Juanito Pérez, siempre a bofetadas con el hambre y con sus compañeros de tertulia. Pero, ¿y si Ricardo Núñez, el de los sonetos con estrambote, y Florencio García, el de las miguitas a las palomas, le reconocían al entrar? ¿Y si le recordaban su ibérico pasado delante de todos? Debía consultar con don Elías antes de dar aquel paso trascendental.

—Espera, Freddy. Voy a llamar por teléfono.

El periodista, con su espontánea y deportiva brusquedad, agarró al escritor de un brazo y le empujó dentro del café sin darle tiempo a reaccionar.

—Desde aquí puedes hablar, si quieres.

Pero a Perkins se le había borrado toda iniciativa. Inmóvil como un espantapájaros parpadeaba debajo de los cristales de sus gafas, resistiendo a duras penas el bombardeo de miradas que concentraban sus tiros sobre su desgarrada figura. ¡Cuántas caras conocidas. Santo Dios! ¡Cuántas! ¡Todas!

Freddy le sacó de su marasmo, llevándole hacia una mesa libre del fondo. ¡En las dos de al lado estaban Max London y Harry Green, en sus respectivos papeles de poeta, Núñez, y comediógrafo, García!

—Tú conoces el castellano mejor que yo—apuntó Gilbertston—. Tradúceme lo que dicen.

Decían pestes de los poetas que no estaban y de los comediógrafos ausentes. Y Perkins tradujo todas aquellas pestes en voz baja a su compañero de mesa.

—Porque ahora—rugía Núñez—sólo se editan novelas extranjeras. Y hay que quemar esas editoriales que sólo dan de comer a los franceses, a los ingleses...

—Y a los americanos—añadió García, clavando en Perkins una mirada de xenóforo peligroso.

El amigo de Gilbertston respiró. El de las miguitas a las palomas le tomaba por auténtico competidor extranjero.

—Es lo mismo que sucede en los escenarios—y García sólo dejó de mirarle para concentrar en sus pupilas toda la carga atómica que luego proyectó sobre él—. Hoy en España sólo se estrenan obras de comediógrafos de fuera.

—¡Sí, señor! ¡Y hay que quemar esos teatros!

—No. ¡Lo que hay que quemar son los cines!

—¿Y si lo quemáramos todo?

—¡Bravo, bravo! ¡Vamos a quemarlo todo!—y el de las miguitas, convulso de rabia, avanzó un paso hacia el rubio y el pelirrojo de la mesa vecina, mientras repetía apretando los dientes—: ¡Todo! ¡Todo!

Freddy se levantó, y tirando de la manga de la chaqueta a su amigo, se lo llevó de allí a toda velocidad.

—¡Están locos!—murmuró, cuando se disponían a subir al coche—. ¡Completamente locos!

—No, Freddy—explicó el otro—. Es que se han dado cuenta de que somos americanos, y están resentidos, porque nuestra literatura es la que ahora triunfa en España. ¡Estos españoles! ¡No saben perder!

VII

Don Elías fué a ver al conocido novelista norteamericano a su «apartamento» del hotel.

—Me gusta, me gusta—aprobó, echando un vistazo a la instalación.

John Perkins se estaba dando una pasada con la maquinilla eléctrica.

—Siéntese un momento—gritó desde el cuarto de baño—. En seguida voy, «my dear».

—¿Cómo ha dicho?—y el editor contempló el retrato de una linda jovencita rubia, cuyo marco descansaba sobre la mesa de trabajo del escritor.

—He dicho «my dear», querido.

—¿Y quién es esta rubita de la foto?

John Perkins, en su bata de nylon, y con un Virginia entre los labios, penetró en la salita.

—Esa rubita es mi prometida—explicó—. ¿Qué le parece?

Don Elías frunció las cejas. Las mujeres eran un feo asunto. Incapaces de guardar un secreto, daban el traste con cualquier negocio en cuanto metían sus naricillas en él.

—Es guapita—gruñó al fin—. Pero parece fabricada en serie. Como estas he visto muchas en las películas.

—Y a ella probablemente también. Es Diana Desmond, la más cotizada «starlet» del cinema. Ella es prima en la ley de mi amigo Freddy. Vino a Madrid un mes ya, y recién ayer caímos en amor el uno por el otro.

—Oiga, oiga—rezongó don Elías—. A mí no me hable como a un personaje de sus novelas. Entre usted y yo, castellano puro. ¿De acuerdo?

Pero John Perkins padecía súbitas lagunas en su conversación. De cuando en cuando, esforzándose para encontrar la palabra adecuada.

—¡Oh!—se lamentaba—. ¿Cómo dicen ustedes los españoles? ¿Una verdad de don Pedro el Grulo? «A Peter Grullo's truth» or «a self evident fact».

—Una verdad de Pero Grullo, hombre—aclaraba don Elías revolviéndose incómodo en su butaca—. Está usted tomando la cosa demasiado en serio.

—«Why not?»—respondía Perkins mecánicamente—. «Everything is better than a ridiculous slip down.»

—¿Pero vamos a hablar de «La sobrina nieta del gángster» o no? El original me urge. ¡Se lo he pagado por adelantado, además!

—Ahí lo tiene, viejo «bull dog». «I beg your pardon, chief.» Pero ya soy tan descostumbrado para hablar el «castellano», que con duras penas puedo yo... ¿Cómo se dice? Experimentarme...; no, no... Expresarme. Eso es. Expresarme en mi propio idioma.

Don Elías tomó el mazo de cuartillas y abrió el ris-ras de su cartera de negocios. Antes de encarlo allí, le echó un vistazo por encima.

—¡Diablos!—y se quedó muy pálido, contemplando hipnotizado el bloque de papel—. ¡Pero si está escrito en inglés!

—Tradúzcalo—sonrió Perkins levantándose.

La puerta se abrió, y Diana Desmond, la encantadora «starlet», llenó la estancia de dientes blancos y flores estampadas.

—¡Baby!—llamó—. «Do'tn't be incorrect.» «Come on please.»

Perkins presentó a su prometida al editor, y luego se enzarzó a hablar con ella en un lenguaje que para Hollywood debía de estar muy bien; pero para don Elías era igual que chino o sudanés.

—«Slang»—explicó escuetamente el novelista, dirigiéndose al editor.

—Comprendo—y don Elías, sin despedirse, salió dando un portazo

VIII

Diana Desmond tenía que volver a Hollywood para cumplir un contrato con una famosa productora.

—Vendrás conmigo, Johnny—ordenó—. Nos casaremos en Nueva York.

—Pero, yo... no tengo mis papeles en regla.

—Con tu pasaporte basta.

—Es que... ¿sabes? Como hace tanto tiempo... lo perdí.

—Que te den un duplicado en la Embajada.

—No tienen mi ficha. Soy tan despreocupado...

—Freddy se encargará de todo.

Y Freddy, con su habitual desenvoltura, consiguió regularizar la situación de aquel súbdito americano, que por su bohemia y su inconsciencia más bien parecía un ciudadano español.

Con su flamante pasaporte, con toda clase de sellos y de firmajos, John Perkins ascendió la escalera del avión. Llevaba en un brazo una trinchera-comando y en el otro, una linda «starlet» conocida más por sus piernas y sus dientes que por el sugerente apelativo de Diana Desmond.

En el aeropuerto de La Guardia, un nubarrón de fotografías descargó sus relámpagos sobre la feliz pareja. No comprendió bien mister Perkins cómo se encontró de pronto ante un señor bajito, vestido de luto, que le hizo firmar en un libro y le dió la enhorabuena por su matrimonio con la señorita Diana Desmond. Aquellas cosas se hacían en España delante de un cura, y con muchas señoras con güitos de plumas que no hacían más

que comer y gritar delante de una mesa larga con camareros detrás.

La cosa había sido tan sencilla, que John Perkins creyó haber acudido con su joven esposa a pagar el último trimestre del impuesto de Radio-difusión.

En su noche de bodas, alguien llamó por teléfono a la «starleta». Era el famoso galán cantante de una gran cadena de televisión. Diana Desmond, que aun no había sacado el camión de la maleta, se echó un abrigo sobre los hombros, agarró su equipaje y besando a su marido en la frente se despidió de él para siempre.

—Me ama, Johnny. Compréndelo. Trabajamos mucho tiempo juntos y ahora nos ofrecen un contrato muy ventajoso. ¿No te enfadas? Claro que no. Seremos siempre buenos amigos. Hasta la vista.

A la mañana siguiente recibió el escritor una carta del señor bajito y enlutado en que se le comunicaba que de lo dicho no había nada y que, rellenando el boletín adjunto, se haría el correspondiente asiento en el libro, con lo cual podía considerarse libre otra vez.

Así se encontró John Perkins solo y abandonado en una inmensa nación que desconocía por completo. No pudo localizar a Freddy Gilberton para contarle sus cuitas y confesarle toda la verdad. El dinero se le acababa y telegrafió a don Elías pidiéndole algún anticipo a cuenta del último original. Dos meses de espera; el último en un banco del parque, y al fin llegó a su poder la contestación de su mecenas.

Pero la misiva no era esperanzadora, ni mucho menos. El volumen no había gustado ni pizca en España, acaso porque sus modismos y su estilo eran casi imposibles de traducir. No solamente no le enviaba ni un céntimo, sino le recordaba que se lo había pagado por adelantado y que si conseguía la exclusiva de un nuevo autor español, al que estaba catequizando, le perdonaría totalmente la deuda, en gracia al dinero que en tiempos le había ayudado a ganar.

Con los recortes de la Prensa de España, que ensalzaban sus novelas de gángsters, y una copia del último original en su vieja carpeta de cartón con cintas coloradas, John Perkins recorrió una a una todas las editoriales de la ciudad.

—Sí, sí— todos le decían lo mismo—. En España habrá tenido usted mucho éxito; pero aquí no es más que un desconocido.

El último de la lista que le había dado la agencia se dignó leer el primer capítulo de «La sobrina nieta del gángster», pero su ceño se fué arrugando hasta que su rostro adquirió la sobrecogedora expresión de un anuncio de analgésico.

—¿No le gusta?

El editor emitió un ligero gruñido y se borró el incómodo gesto pasándose la mano por la cara.

—No está mal, amigo. No está mal, pero...

—Pero, ¿qué?

—Es vulgar. Carece de originalidad. Todo esto lo hemos editado y exportado hace años. Los «gang» están en baja. El F. B. I. ha terminado con ellos. Además, no está bien ambientada. Parece mentira que sea usted norteamericano, amigo. Da la impresión de que el autor vive en las nubes. O que habla de oídas nada más. ¡Oh, perdóneme! Quiero decir que usted no conoce los bajos fondos ni sus costumbres, ni siquiera su topografía. Me recuerda su novela la americanada que escribió hace unos años un novelista guatemalteco. Y usted no querrá que publiquen su fotografía con unas orejas de burro, como hicieron con él.

—Pero...

—Tiene usted condiciones. No se las discuto. Abandone su torre de marfil y échese a la calle. La vida americana está llena de asuntos, vivos, reales, que son hoy día los que interesan al público.

—Pero...

—Ya lo sé. Tiene usted que comer. No piense en eso. Pase por caja y que le den un anticipo. Hasta la vista.

Muy pronto se encajó John Perkins en el vasto y complicado engranaje de la vida americana. Las comidas fueron el capítulo más duro de vencer. Los comistrajos aquéllos, primorosamente enlatados, sabían siempre a lo mismo: a aceite de hígado de bacalao. El secreto estaba en la habilidad para combinar las salsas, con el fin de prestar siempre a la pasta un sabor diferente.

—¡Ay, mis cociditos de Casa Paco, y mis munchetas de la Vía Layetana!—suspiraba el subcons-





ciente de John Perkins, mientras éste deglutía su ración de calorías en cualquier «speak easy» de la ciudad neoyorquina.

Pero aquellos brotes nostálgicos duraban tan sólo un segundo. En Nueva York no podía uno permitirse el lujo de soñar. La vida iba de prisa, muy de prisa, y camarón que se dormía se lo llevaba la corriente.

Ya había publicado novelas, y aunque el éxito no le había acompañado, tampoco podía asegurarse que Perkins era un hombre fracasado. Su último relato: «The Rainbow and you», había obtenido una venta parecida a «La estatuilla de Coral», allá en España.

Mister Brent le editor de la firma «Brent Features Co.», no estaba descontento de su nuevo colaborador, pero...

—No salimos de los doscientos mil ejemplares, amigo. Así no podemos continuar. Para cubrir gastos necesitamos llegar al medio millón por lo menos. La publicidad se lo lleva todo.

—Pero doscientos mil ejemplares es una cifra fabulosa. Allá, en España, llegar a los veinte mil es algo así como conseguir el Premio Nóbel.

—¿Allá, en España?—preguntó mister Brent, súbitamente interesado—. ¿Es que ha estado alguna vez en España?

—Ya lo creo. He vivido muchos años en Madrid.

—¿Madrid? ¿Ha visitado la cueva de Luis Candela?

—Por favor. Conozco mucho al dueño.

El semblante de mister Brent, aquel mismo semblante que un día había adquirido el aspecto de un anuncio de analgésico, se transformó de pronto en el cartel de propaganda de un dentífrico.

—¿Y qué sabe de toreros, de folklore y de bandidos de la Sierra?

—Conoci a una gitana que iba mucho por el café de Gijón. Era «ballaora».

—¿«Ballaora»? ¡Olé!—gritó entusiasmado mister Brent—. ¡Gitana cañí y de bandera! Amigo Perkins, hemos estado perdiendo el tiempo de una manera lastimosa. Póngase a trabajar en seguida. Necesito para el lunes próximo la historia de los amores de esa gitana con un torero cualquiera. Meta usted también algún bandido, y a la Guardia Civil. Corridas, canciones, contrabando, puñaladas, celos, pasión y sangre. ¡La luz y el color de España! ¡Eso es lo que quiere ahora nuestro público! ¡Se apasiona por las cosas españolas! Tres millones de ejemplares ha vendido «Illustrated Papers» de la vida de Manolete. ¡Adelante, Perkins! Trate de recordar aquel ambiente y conseguirá ese Cadillac, esa nevera y ese aparato de televisión, con los que está usted soñando.

—Bien, mister Brent. Tendrá usted el original el lunes por la mañana.

—Perfecto. Hasta el lunes entonces. ¿eh, Perkins?

—Okey.

—Nada de okey, amiguito: ¡Olé!

John Perkins esbozó una melancólica sonrisa y se encaminó hacia la puerta.

—Un momento—le atajó el editor—. Se me está ocurriendo algo. Usted sabe que al público le gusta la autenticidad, y, claro, una novela española firmada por un norteamericano... corre el peligro de parecer un «pastiche». Pero podemos hacer una cosa: españolizarle a usted. ¡Oh, su nombre nada más! John es Juan en español, y Perkins, con un poco de imaginación, puede ser... Pérez. Juan Pérez. ¿Eh, Juan Pérez? No suena mal. Decidido entonces. Desde este momento es usted el español Juan Pérez—y mister Brent soltó una alegre carcajada—. ¿Eh? ¿Qué le parece?

Pero Juan Pérez no le contestó. Derrumbándose en una butaca y escondiendo la cara entre las manos, lloraba y lloraba amargamente.

FIN

Una amplia información del
II CONGRESO DE POESIA
En el número 20 de

POESIA ESPAÑOLA

que se vende en toda España a
DIEZ PESETAS

Administración: Pinar, 5, MADRID

GUINEA, PARAISO DE LA NATURALEZA



EN EL AFRICA
ECUATORIAL EL
RELOJ NO TIENE
TANTA
IMPORTANCIA
COMO EN
EUROPA



LA QUININA CONSTITUYE CASI UN "RITO" PARA LOS COLONIALES

DESPUES de una larga navegación de casi 6.000 kilómetros llegué en una mañana clara a la vista de la isla de Fernando Pò, la «perla del Atlántico», según expresión de Stanley.

Todo el pasaje estaba en cubierta, tanto los que por primera vez llegábamos a la colonia como los veteranos en la vida en aquellos territorios. Poco a poco la tierra firme se nos acercaba y el contorno de la costa se nos hacía más perceptible al detalle. El gran Pico de Moka parecía un gigante protector de la isla, con sus 2.880 metros de altitud. Aquél es el lugar de verano y reposo para los coloniales blancos, que encuentran allí un clima bastante parecido al de la Península.

Pronto se distinguieron los edificios blancos de la hermosa ciudad de Santa Isabel y las esti-



Arriba: Un cafetal en terreno ganado a la selva. La segunda y tercera fotografías recogen un grupo de indigenas en uno de sus típicos «baleles», representando escenas de caza

lizadas torres de la mayor catedral africana. Los «cayucos» se nos acercan en un lento navegar a vela sobre un mar tropical quieto como un lago. Entramos por una amplia bahía, al fondo de la cual se abre el puerto de Santa Isabel, en el que nuestro buque tuvo que atracar de popa por el poco espacio que se disponía para él en aquel momento en el muelle.

La llegada de los barcos de la Península, pese a ser cada día más numerosos los que allí arriban, y pese también a la rapidez y regularidad del tráfico aéreo, sigue siendo en Santa Isabel un pequeño acontecimiento, ya que en los barcos, además de los pasajeros y la correspondencia, llega una infinidad de mercancías que reponen los almacenes de esas tiendas, que venden de todo y se llaman por allí factorías.

MODERNIDAD Y CONTRASTE EN SANTA ISABEL

El primero que sube a nuestro buque es el médico del Servicio Sanitario Colonial, que llega con un equipo de enfermeros negros perfectamente adiestrados en su cometido. Se forma la cola de pasajeros para la vacunación antiaamariílica; una ligera contracción de dolor y listos, ya estamos protegidos contra la terrible enfermedad de la fiebre amarilla.

Santa Isabel es una hermosa ciudad, limpia y moderna, entre cuyos edificios destacan la catedral, el Gobierno General de la Colonia y el Palacio Episcopal. Es una de las más europeas ciudades de África, con calles asfaltadas y rectas, amplios paseos y jardines, así como con un tráfico rodado que llama poderosamente la atención por su intensidad.

Los comercios, las «factorías», están muy bien surtidas en Santa Isabel, cuya vida transcurre con un aire de modernismo, en el que no faltan las notas chocantes, como la de los guardias negros de la circulación o la de un transeúnte «moreno» vestido de rigurosa etiqueta, pero sin zapatos. Pero en las calles de esa hermosa ciudad se nota la falta de caballos, mulas o asnos, que casi no existen en la isla, salvo en las privilegiadas praderas de Moka, a muchos metros de altitud, que es donde esa clase de animales, así como las vacas, pueden aclimatarse en condiciones algo favorables. El ganado caballar, asnal, mular y vacuno, aparte de las dificultades de aclimatación, es extremadamente sensible a las picaduras de la mosca «tsé-tsé».

Santa Isabel tiene una población europea de unos 2.500 habitantes, a los que hay que añadir una multitud de «morenos» atraídos por el brillo de la ciudad, por la luz eléctrica, el teléfono y los cinematógrafos al aire libre y a cubierto.

LIBERADOS DEL APREMIO DEL RELOJ

Aunque el clima no es tan excesivamente caluroso como suele creerse (el termómetro oscila entre los 25° y 32°), debido a que el ambiente está cargado de humedad hasta la saturación, basta

moveirse un poco para sentir en el cuerpo el sudor. Quizá sea ésta una de las causas de que los indígenas procuren caminar muy despacio, tomándolo todo con mucha más filosofía que los europeos, que suelen moverse con mayor vivacidad y energía.

En el África ecuatorial, el reloj no tiene tanta importancia como en Europa. Aunque la gente trabaja intensamente, nadie se preocupa demasiado por las horas. La jornada empieza a las siete de la mañana, que es cuando abren los comercios, y a las cinco de la tarde cesa toda actividad, y los coloniales se reúnen a charlar, oír la radio o leer publicaciones del territorio o bien de la Península, junto a los vasos de whisky o ginebra, que son las dos bebidas preferidas por el personal blanco de estos territorios.

El clima tiene una influencia directa sobre la forma de vida en estos territorios, donde no existen nunca en el transcurso del año, diferencias notables de presión y temperatura, y los días se suceden iguales, sin variaciones perceptibles, uno detrás de otro. El calor, la humedad y las radiaciones solares desarrollan rápidamente toda clase de seres vivos con una pujanza que, respecto al hombre, lo mismo puede ser beneficiosa que transportarlo a mejor vida en poco tiempo. Pero, no obstante, no hay que creer las fábulas que en otro tiempo corrieron sobre la insalubridad de los Territorios Españoles del Golfo de Guinea, ya que eso son historias muy exageradas por espíritus pusilánimes y faltos de aventura. La medicina moderna tiene medios suficientes para ponerle un valladar a esas asechanzas, que son todas bien conocidas y experimentadas.

EL «RITO» DE LA QUININA

Es como una obligación ineludible el tomar los comprimidos de sulfato o clorhidrato de quinina durante el desayuno, la comida o la cena. La «santa quinina» constituye casi un rito en estos territorios del Golfo de Guinea, donde quien quiera pasar sin los ligeros amargores de la quinina tiene probabilidades muy ciertas de que, tarde o temprano, pruebe amarguras mucho más fuertes.

La comunicación de la isla de Fernando Póo con las tierras españolas del Continente, el enlace entre Santa Isabel y Bata, capital de la Guinea Continental Española, está cubierto por un servicio diario de aviones que hacen el recorrido en poco más de una hora; pero, además de esto, existe el servicio marítimo, y este último camino fué el escogido por mí para llegar a Bata.

Al prepararnos para partir hacia el Continente subió al barco una abigarrada multitud de hombres y mujeres «morenos» de todas las edades cargados con cestos, sacos y alguna que otra maleta. Y ahora sí que no resisto la tentación de contar una anécdota de aquel momento: Una señora europea que presenciaba aquel subir por la pasarela de la multitud de indígenas que se dirigían a Bata se acercó a una joven madre indígena que llevaba del brazo a un precioso negrito.

La señora acarició al chiquillo, mientras la madre la miraba satisfecha con unos ojos muy grandes. Entonces la europea dijo, acariciando al negrito: «¡Qué mono es!» Pero la negra saltó con una contestación rápida y en tono de enfado: «Señora, no es un mono. Es un «gente».

LOS INDIGENAS ABREN SUS BRAZOS AL PASAJERO

Cuando se llega al Continente por vía marítima la costa se divide baja y arenosa, sin un acantilado ni una roca, sino una larga playa que tiene por fondo la vegetación tropical. Se ve entre las siluetas a los cocoteros, las palmeras y bananas. La playa constituyó en la primera época de nuestra colonización en Guinea la única carretera que permitía una comunicación fácil entre los diversos grupos de hombres blancos. Hasta después de haber aparecido el automóvil, la playa ha sido utilizada como carretera durante la bajamar, cuando no existían las modernas carreteras y pistas que se construyeron después.

El desembarco en Bata es aún algo pintoresco, ya que, por lo bajo y arenoso de la costa, existen serias dificultades para la construcción de un gran puerto, y los barcos tienen que fondear a una media milla de la costa y desembarcar los pasajeros y mercancías en barcazas, a las que esperan, metidos en el agua, unos forzudos negros. Los portadores llevan también unas sillas de madera sujetas por palcos para el transporte de los pasajeros, pero el medio más seguro para evitar todo remojón consiste en echarse en brazos del negro más forzudo y feo que se acerque primero a la barcaza. «Mis brazos son más fuertes y más seguros que las sillas», así decir a un «moreno» que preguntaba las excelencias de sus biceps.

EL AJEDREZ BLANQUI-NEGRO DE BATA

Bata es una ciudad indudablemente más africana que Santa Isabel. Sus calles no son tan rectas como las de la capital insular, y abundan las cuevas pronunciadas y sinuosas. Pese a que la población europea no excede mucho de los 1.500 habitantes, Bata es una ciudad muy extensa, rodeada por un cinturón de poblados indígenas que se llaman Comandachina, Newton, Moganda, Loa e Ikunde, que dan a la ciudad de Bata un sello característico con el ir y venir de los suburbios al centro de una multitud de indígenas que van a vivir del trabajo.

Bata es una ciudad que crece con ritmo rápido y en la que se opera una gran transformación urbanística, y no falta quien piense que el centro de gravedad del mando político en el África Ecuatorial Española puede pasar algún día de Santa Isabel a Bata, ciudad que se hace muy importante.

El modernísimo aeropuerto de Bata es el punto de llegada de los aviones que hacen el servicio directo desde Madrid. El aeropuerto dista algo más de tres kilómetros de la capital y ha sido construido en un gran claro

abierto en el bosque, donde hace unos años campaban libremente los leopardos y los gorilas, y aun en la actualidad, no muy lejos de él, pueden encontrarse algunos de esos «amables» bichos.

La carretera que pone en comunicación la ciudad con el aeropuerto es, en una parte, una carretera de primera clase, mientras en otra se convierte en soberbia autopista que nada tiene que envidiar a las europeas.

Bata tiene unas 50 «factorías» o tiendas, en las que se expende un poco de todo; cuenta también con un cine, un club de tenis un campo de deportes... El fútbol apasiona tanto a los europeos como a los indígenas y son muy discutidos los encuentros entre las selecciones de la isla de Fernando Poo y la del Continente, encuentros que suelen ser retransmitidos por los equipos radiofónicos de la emisora de Santa Isabel.

UNA VIDA SENCILLA Y CORDIAL

En la Guinea continental española viven cerca de 160.000 indígenas de diferentes razas de color. Nuestra Guinea continental es, proporcionalmente a su tamaño, una de las zonas más pobladas de Africa, ya que a ella acuden gentes del interior atraídas por el buen trato que la colonización española supone para los indígenas, y por el espíritu de libertad y la no discriminación racial que la caracteriza. Frente al gran número de indígenas de las diversas tribus y grupos de razas no hay más que 4.000 europeos en la Guinea Española Continental.

La vida de la población europea puede decirse que transcurre bajo el signo de lo provisional y lo sencillo. Como es sabido, para que el europeo conserve plenamente su salud se establecen temporadas de descanso en la metrópoli. Así ocurre que los funcionarios estatales tienen un período de vacación de seis meses por cada período de año y medio o dos años de residencia en Guinea. A veces se establecen relevos todavía más frecuentes. Esta circunstancia de los relevos de funcionarios motiva que el mobiliario de las viviendas sea bastante sencillo y provisional, aunque cómodo en todo lo más indispensable. Es natural que las viviendas facilitadas por el Estado sean utilizadas por el funcionario que releva. Es lógico que una casa no se cierre durante los meses de relevo, sino que sea ocupada al producirse el cambio.



Niños pamúes de la Guinea continental española

Por otra parte, no es muy aconsejable una mudanza de muebles y enseres domésticos en un recorrido marítimo de 6.000 kilómetros. Y ahí tenemos las razones de la sencillez de mobiliario que suelen tener las casas del europeo en Guinea.

TIERRA DE HOMBRES DECIDIDOS

También el clima impone cierta sencillez en el vestido, que en el hombre suele reducirse a un pantalón corto, camisa, calcetines altos, zapatos y salacot. En la mujer el clima impone vestidos vaporosos de mangas cortas y pocas más complicaciones y adornos.

Como las formas externas influyen mucho en la vida humana, resulta también que el trato entre las gentes es también sencillo. Las amistades son muy profundas, sinceras y desprovistas de hipocresía, a lo que hay que añadir un cierto ambiente de gran comprensión y tolerancia, así como una ausencia de chismorreos entre el reducido número de europeos que tienen que convivir forzosamente de una manera amigable y a los que tantos vínculos les une a través de la larga distancia que les separa de la Península. No es raro encontrar entre ellos a gentes que han recorrido bastante mundo, a espíritus inquietos y que, acostumbrados a viajar y a valerse por sí mismos, hablan de que van a España en el avión de

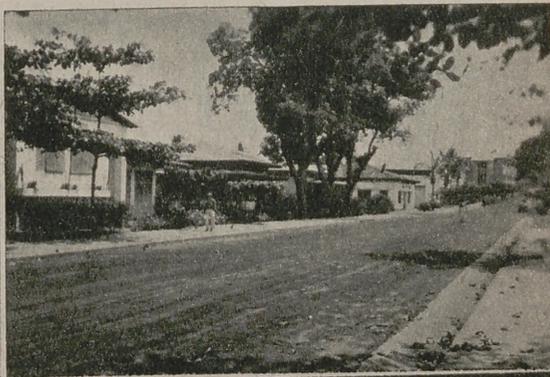


Uno de los elefantes derribados en Río Benito, a 40 kilómetros de Bata

la mañana siguiente, en el que volarán una distancia de 6.000 kilómetros, con la misma naturalidad con que pueda decir un pacífico ciudadano que va a tomar la tranquila jardinera, el autobús de dos pisos o el coche de punto que le lleve en un placido paseo dominguero.

LA ETERNA POESIA DE GUINEA

Pero Guinea tiene un encanto especial que casi no puede des-



A la izquierda: Morenos esperando la llegada de las lanchas que transporten el cargamento de los barcos. Derecha: Vista de una avenida, en Bata

oribirse, algo que hace comprender que se sintieran hipnotizados por esa tierra exuberante los primeros colonizadores, los que abrieron senda en los peligros de la selva virgen. En la poesía de Guinea que hace retornar a muchos que la habían dejado y no quieren morir sin ver de nuevo la vegetación gigantesca y siempre verde del Ecuador africano, donde la vida vegetal y animal se desarrolla tan pujante como si el Creador le hubiera dado un impulso más grande. Los seres vivos lo invaden todo; la vida penetra por todas partes, desde el hongo microscópico, que puede cubrir y dejar estropeado el libro que se abandonó la noche anterior, o la ropa sin sacudir y airear a tiempo, hasta las grandes fieras de la selva. Aquí se pueden encontrar arañas que pesan un kilo y mariposas grandes como pájaros. Hasta las lluvias son grandes y violentas, torrenciales, como no las habrá visto en su vida quien no haya estado en el trópico.

CUANDO EL DIA ES CLARO AMENAZA TORMENTA

Cierto que en Guinea no brilla nunca el sol de España; pero mucho cuidado con el sol pálido de Guinea, porque sus radiaciones vienen cargadas de rayos infrarrojos. Precauciones extremas contra ese sol que parece ofensivo y contra el que hay que llevar la cabeza protegida con el salacot y la vista guardada por gafas oscuras. Que a nada se le ocurra exponerse mucho rato con la cabeza descubierta al sol pálido de Guinea, ni mucho menos dormirse en ese sol de apariencia débil.

Durante la época de las lluvias es cuando el cielo se ve más azul y el sol es más brillante, y durante la temporada «seca» (seca por decir algo, porque no se conoce nunca la sequía absoluta en Guinea) se ve casi siempre el cielo cubierto, gris, en el que parece amenazar un fuerte tornado, pero no es muy probable que caiga una sola gota, y en todo caso la lluvia sería mucho más fuerte con un cielo brillante.

Es durante la época «seca» cuando es posible asistir tranquilamente a una de esas sesiones del cine al aire libre a ver el «No-Do» y las películas de largo metraje que transportarán al europeo a otras latitudes y ambientes conocidos y harán gritar de admiración a los «morenos» espectadores, que, con la boca muy abierta, seguirán las incidencias de la pantalla lanzando al aire de vez en cuando sus gritos de admiración: «¡Súa, súa, súa!»

Una de las faltas que tiene Guinea es que es una tierra casi sin flores; las pocas que existen son absolutamente inodoras, no tienen ningún olor. Por eso los europeos gustan tanto del ficero, aunque sea artificial; parece como si los españoles de Guinea no puedan pasar sin flores y que, si no abundan las naturales, tiene que ocupar su puesto la belleza más perenne de las flores artificiales.

MARCHEMOS POR LA SELVA A LA CAZA MAYOR

Con sólo internarse unos cientos de metros, no muchos, puede encontrarse uno, aunque no le guste, con un gorila, un leopardo, un búfalo, un elefante o una gigantesca boa. No es del todo extraño, ni mucho menos, que algunos de los coches que transitan por estas carreteras se haya encontrado con alguno de estos animales, especialmente con gorilas, el temible antropoide, que abunda en nuestra Guinea continental proporcionalmente más que en ninguna otra zona de África.

Ya que ha salido el tema de las fieras de Guinea, y especialmente del gorila, no quiero pasar adelante sin decir que es muy raro el año que no se asiste a tres o cuatro «morenos» en el Hospital de Bata, con terribles heridas, casi siempre mortales, causadas por la que quizá sea, después del elefante, la más forzada fiera

CUANDO UN GORILA MUERE DE TRISTEZA

Como dato curioso, respecto a los gorilas, diré que, aparte de que no es fácil, ni mucho menos, cazar uno vivo, sea pequeño o sea grande, es mucho menos fácil que se conserve vivo en cautividad, incluso aunque se le permita gozar de relativa libertad. El animal empieza a ponerse mustio y acaba muriéndose irremediablemente. Tan es así que el gorila es una de las fieras que menos podrá admirar en cualquier parque zoológico del mundo, y se pagan por ellos, sobre todo cuando llevan un plazo de tiempo cautivos lo suficientemente largo como para poder pensar que ya no va a morir, cantidades de dinero muy considerables. Si alguien quiere ganarse 50.000 ó 60.000 pesetas no tiene que hacer otra cosa que venir a Guinea, cazar un gorila y mantenerlo vivo durante un año o año y medio, y esa importante cantidad puede ser suya.

El gorila, igual que todos los animales del bosque, huye ante la presencia del hombre, al que todos temen, incluso el elefante, con una sola excepción: el búfalo. El búfalo, que habita preferentemente en las praderas del interior de los bosques de nuestra Guinea, ataca al hombre siempre que lo ve de una manera imprevista y traidora. Muchos son los indígenas, y algunos los europeos, que han muerto corneados por esta cruel y despiadada bestia. Pero salvo este desagradable encuentro, puede usted penetrar tranquilamente en el interior de la selva sin ningún arma y caminar durante días enteros por el bosque sin ver ni una sola fiera ni pieza de caza y sin ser atacado ni molestado. Quizá al decir esto eche abajo mucha de la fantasía acumulada en el espíritu del lector por los novelistas y los directores de películas americanas, que pintan un África con vistas a la taquilla, tan irreal y tan fantástica como la que le pudieran pintar de los habitantes de la luna.

NO BUSCAR LAS COSQUILLAS A LA FIERA

Ahora bien, quien se empeñe

en buscarle las cosquillas al gato y se meta deliberadamente a cazar gorilas y no lleve compañeros bien armados y buenos tiradores, puede encomendarse a Dios.

Y no digamos si se trata de un elefante y se yerra el primer tiro o se le hace a la fiera una herida que no sea mortal. Insistiendo un poco más en este tema de las fieras de nuestra Guinea, diré que el elefante, el más poderoso y temible, sin discusión, de los animales que habitan sobre la tierra firme, es muy abundante en nuestra Guinea. Tanto que no hace muchos días se vieron en los alrededores de Kogo (población situada al sur de la colonia, en el estuario del Muni) varias manadas, algunas de más de treinta ejemplares, y hace poco, cerca del río Benito, a unos cuarenta kilómetros de Bata, fueron muertos dos de una manada de once que llevaba varios días destruyendo las fincas de cacao y café.

LOS ARBOLES NO DEJAN VER EL BOSQUE

Ya que he citado varias veces al bosque, diré que no todo él es lo mismo. Por ejemplo, el que se encuentra a los lados de la carretera, en las inmediaciones de los poblados indígenas o de las fincas de café, está formado por el bicoro. El bicoro está constituido por hierbas altas y pequeños arbustos, formando todo ello una maleza absolutamente impenetrable y por la que sólo se puede avanzar a golpes de machete. El bicoro se forma en aquellos sitios que fueron desbroscados para trazar una carretera, poner un poblado o instalar una finca de cacao o café. Al principio esa zona es cubierta por el bicoro, que a través de años vuelve a transformarse en el bosque virgen. Si usted, lector, va a cazar fieras le aconsejo que no lo haga en el bicoro, porque aquí no verá a un elefante ni siquiera a un metro de distancia y puede muy fácilmente costarle la vida.

Una vez pasada la zona de bicoro, que tiene una profundidad variable, se encontrará en plena selva virgen, donde ya puede tener una visibilidad de varios metros, y que está constituida por los gigantes árboles tropicales, las ceibas, los akomes, los andongs, las palmeras, etc., que forman en la altura un entretendido de ramas tan tupido que apenas deja pasar la luz del sol, y el suelo está cubierto de fina hierba, generalmente de escasa altura. En esta zona, a pesar de la penumbra eterna que reina allí, hay mayor visibilidad y es donde puede usted, si tiene suerte, cobrar alguna pieza.

Pero para todo ello hay que venir a Guinea, esa espléndida tierra que es como un paraíso de la naturaleza y la vida. Venir, ver y vencer junto a la vegetación gigantesca y hombro con hombro en el trabajo y la caza con esos simpáticos españoles de color que rivalizan con los españoles blancos en tener como una palabra amorosa y mágica el nombre de España.

Tomás BLANCO FLOREZ

ASTURIAS, PARAISO DEL FUTBOL

Ante la altura de sus montañas doscientos equipos patean la tierrina

GANO EL PRIMER CAMPEONATO DE ESPAÑA POR REGIONES

Por Juan ALBERTI

DOS EQUIPOS

EN PRIMERA DIVISION Y TRES EN SEGUNDA (1953-1954)

MUY a la chita callando, Asturias ha metido en la tipografía estadística de las tablas clasificadoras del fútbol, que son una especie de curvas barométricas de la pasión ibera—solo que sin curvas—hasta dos equipos en la Primera División y hasta tres en la Segunda. Y en el cortejo de los servicios auxiliares, unos cuantos escuadrones de Tercera cierran la marcha en esa guerra fría de las Ligas, la mayor de las batallas campales que ha conocida la Prehistoria: en todos los campos que, como una erupción, irritan la epidermis de la piel de toro hispánica, se rifen todos los domingos y fiestas de guardar los más descomunales combates laríngeos que apeteciera el pésmico oído musical de Napoleón Bonaparte. De jugarse la Liga del fútbol cuando aquello tan sonado de la Valeska, es más que seguro que no se hubiera atrevido a decir que el menos desagradable de los ruidos era la música, porque si se piensa en un encuentro de «eternos rivales» de Tercera División, no hay más remedio que sentir por la música una afioranza casi maternal, por muy Napoleón que se sea.

Todos los domingos la batalla campal de las Ligas del fútbol convierte en tierra quemada las cuerdas vocales de la demografía nacional, desde Vigo hasta Algeciras y de Huelva a Palafrugell. Todos los jueves por la noche, los aguerridos caballeros de la quiniela mutua, que no es una reminiscencia de la Tabla Redonda, porque es cuadrada, nada más que por eso, comienzan la vela de sus armas guturales y lubrican sus cañones laríngeos, que en-

vuelven en sedas y terciopelos, igual que en vuela sus muestrarios la Casa Krupp. Después los encierran en el estuche dorado de sus ilusiones hasta el domingo por la mañana, en que la pasión carga con trilita los adjetivos, y el primer penalty de las Furias, enciende la mecha anarquista de la interjección, y la paz se acaba allí donde un césped verde, tan verde como la primavera, que es color de juventud, semeja una encantadora tarjeta de invitación al dulce y melancólico reposo de fray Luis sobre la fresca hierba.

CESPED QUE TE QUIERO, CESPED...

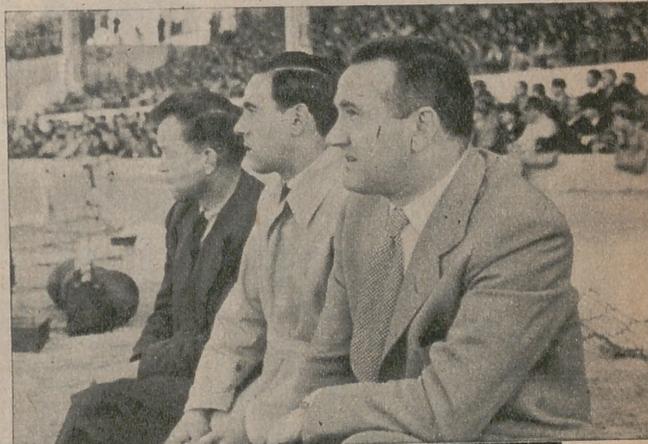
Hoy el césped no invita a la meditación, sino que invita a la WM, que no es ninguna dama encopetada y su poquitillo de romántica, sino que es una téc-

nica. Y hoy el mundo «se pirra» por la técnica, del mismo modo que el césped se pirra por el fútbol.

Hasta hace poco, el césped en Asturias ofrecía todos sus encantos verdes y tiernos a las vacas. Ahora las vacas sufren una tremenda competencia por parte del fútbol, que busca el acaparamiento agrimensur de todo el césped esmeraldino y tal. Este acaparamiento abusivo está muy favore-

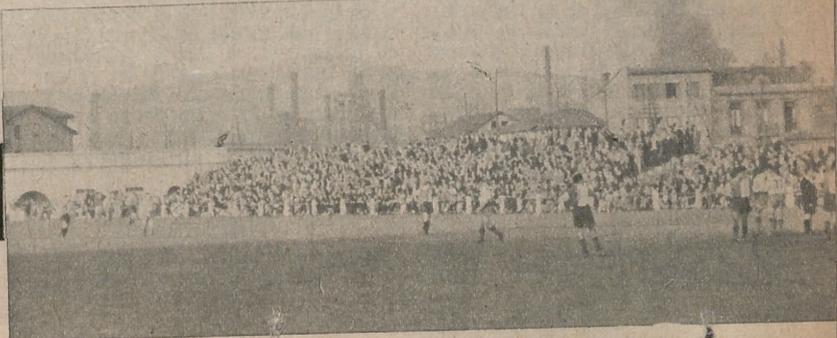


Un espectacular gol en el magnífico marco de Buenavista, campo del Real Oviedo



Manolo Meana, el que fué gran medio centro del Spórting de Gijón y del equipo nacional

«La Barraca», campo de La Felguera Siderúrgica, con su fondo de chimeneas fabriles





Campanal se formó en el Gijón antes de hacerse famoso en Sevilla

cido por reiteradas campañas periodísticas, y tal parece, que los críticos futbolísticos aspiran a poder apacentar sus rebañíos de adjetivos, de metáforas y de tópicos en el poético recinto lorquiano del «verde que te quiero, verde».

Sin embargo, el fútbol anhela solamente el césped. Mas el fútbol en Asturias, como los caballeros americanos de la novela que dió la vuelta al mundo, las prefieren rubias, pero se casan con las morenas. Y así se da el caso peregrino de que el fútbol asturiano es más prolífico, más robusto y mejor nutrido allí donde el césped no es césped, sino calvicie con caspa de escombros mineros, que ennegrecen las aguas de los ríos, el cutis de las mozas y las novelas de don Armando Palacio Valdés.

UN FUTBOL DE PEDERNAL

Es como un designio fatalista, como la dimensión infinita de aquella soberbia y eterna jornada laboral de Penélope, como un perpetuo recuerdo del Hamlet desesperado por la duda. Entre la mina y el fútbol, allá en Asturias, hay entablada una refidísima disputa beligerante por el ser o no ser del césped. El fútbol ha dicho, del mismo modo que lo diría la Berta Singerman: «Césped que te quiero, césped», y a su aliento declamador y plástico han comenzado a nacer verdes campos de fútbol de la entraña negra, como una copla malagueña, de las escombreras carboníferas. La lucha entre el escombros minero y la técnica en WM es un terrible duelo a muerte, y por esta razón el fútbol que se cuece en las cuencas mineras es un

fútbol de pedernal con fogatas de chispas mosqueteras.

En cambio, el otro, el fútbol con césped natural y del país, el fútbol acunado en «blandos lechos de terciopelo esmeraldino», el fútbol que sentiría una aguja en el menisco, por debajo de los siete colchones de verdura forrajera traída al mosconeo ruminante de las vacas, es un fútbol de hamaca, es un fútbol de isla afortunada, es un deporte con collares de flores y música de zarzamora escanciada en cáscaras de ostra. Un encuentro entre un equipo del césped y otro equipo de la cuenca minera es como la persecución de una bella hawaiana por un fauno.

EN LA PLAYA Y CON LOS PIES DESCALZOS

Por eso la picardía gijonesa ha logrado su mejor patente de táctica habilidosa enseñando a los niños a jugar en la playa y con los pies descalzos, lo mismo que enseñan a los impúberes chinos a comer el arroz con unos palitroques, hasta que se acostumbren. Cuando los chinos salen al extranjero y descubren los tenedores y las cucharas les ocurre



Emilín, el antiguo internacional del Oviedo

igual que a los muchachos de la playa gijonesa cuando calzan unos zapatos de tacos y atisban un «blando tapiz de terciopelo verde»: que se comen toneladas de fútbol, que alcanzan una tal superproducción de materia futbolística, que el difícil problema del almacenamiento no tiene otra fácil solución que la de exportar cosechas y más cosechas de futbolistas playeros. Naturalmente, la playa gijonesa ha dado jugadores de fútbol a todos los equipos de España, menos, claro está, a los de Gijón. Por el mismo fenómeno, normalísimo, de que a los chinos, fuera de la China, no les gusta el arroz.

De la costa a la cuenca hullera, del césped al escombros, del pedernal a la canción de cuna, el fútbol asturiano rema una difícil singladura de polémicas, más o menos acertadas, sobre su estirpe y robustez. No van descaminados los que piensan que la abundancia de verdes prados favorece el libre albedrío del puntapié dirigido, pero al llegar a la cuenca y ver las escombreras negras y las aguas negras, los mineros negros, las penas negras y el chocolate espeso, comienzan a dudar y escuchan a los del bando contrario, a los que opinan que el desarrollo atlético del fútbol asturiano tiene su origen en la pugna geológica de la mina y el césped, en el tejer y destejer de una escombrera sobre un prado y un prado sobre una escombrera, milagro éste que se debe única y exclusivamente al fútbol.

LA CULPA FUE DE LA OROGRAFIA

Humildemente y con toda serie de precauciones nosotros nos



Herrerita, uno de los mejores interiores que ha dado nuestro fútbol

atreveamos con una personal teoría, fruto de una experiencia bastante bien cultivada, a pesar de la escasez de fertilizantes: la evidente fortaleza del fútbol astur es consecuencia de su dificultosa orografía, del mismo modo que el deporte de los bolos es consecuencia de la angostura montañosa de los pueblos alpinos. El asturiano apenas si posee diez metros lisos para poder echar una carrerita sin obstáculos naturales. En cuanto levanta la cabeza del suelo se encuentra con una mole descomunal que le impide la marcha, la visión y el panorámico despliegue de sus ilusiones volanderas. Allí donde nace un ensueño, un proyecto o una perspectiva ha nacido antes una montaña que se pone delante siempre. Por eso los asturianos se ríen de Mahoma y cuando esta risa se tornó rabia jugaron su primera partida de bolos en las angosturas de Covadonga, derribando con bolas de granito bien plantadas escuadras de motamides enjaezados a la usanza africana.

Y por eso mismo el asturiano, que no había encontrado otro remedio ante la montaña que el fácil y cómodo —¡sí, cómodo!— de la emigración, porque la emigración es un humano movimiento de hambre colectiva con ganas de devorar horizontes, vió en el fútbol otro remedio mucho más fácil que el de la huida a las Américas y se dedicó de lleno a patear su tierra con ahínco a fin de ensanchar su personal perspectiva cotidiana. Un campo de fútbol en Asturias no es un terreno deportivo solamente; es un alevín de llanura que el asturiano arroja al cauce de sus ensueños de infinito. Por esta causa ¿a quién puede extrañar que Asturias marche a la cabeza del fútbol nacional?

DINERO, DINERO, DINERO

Si a uno le resulta muy simpático el fútbol es porque también le siente cierta simpatía a Napoleón. Es una similitud de simpatías por paradoja. Bona-

parte afirmó que «las guerras se ganan con dinero, dinero y dinero», y por esta razón uno sentía hacia el fútbol un ingenuo entusiasmo de ciudadano pacífico, creyendo en el fútbol como en una guerra de mentirijillas. Es una estrategia de aire comprimido, pensábamos; es una batalla en la que influye el viento para desviar los disparos, lo que no deja de ser gracioso y «muy Walt Disney»; es una representación deportiva en la que se pegan de verdad los espectadores, sueño dramático de Esquilo, según nos dijeron. Y, en consecuencia, debe ser un juego de niños que apenas si cuesta nada. Sea porque los juguetes han subido una enormidad o sea porque las guerras son guerras aunque se dispare con aire embotellado, lo cierto es que el fútbol cuesta más dinero, muchísimo más dinero, que las guerras.

El principal elogio futbolístico que pueda hacerse de Asturias es que ha sido la primera región española en atisbar esta contingencia dineraria, decisiva para el fútbol. Mejor dicho, Cataluña y Asturias.

Cuando el Barcelona iniciaba el profesionalismo con aquel golpe de sensación del vasco Sesú-maga, uno de los cachorros del Arenas de Guecho, Asturias comenzaba una repoblación forestal de arbustos verticales de la ciencia futbolística. Los mejores gallegos del momento, con Dimas a la cabeza, vinieron a Mieres y los mejores vascos de la raya de Irún, con el gran Zabala a la cabeza, arribaron a la ciudad de don Fruela el Reposado. El dinero que la guerra europea había sembrado a voleo del polvo de carbón inició sus primeras vacaciones bebiendo champagne y comprando jugadores de fútbol. En cuanto los aprendices de la playa gijonesa y los rompeolas de las escumbreras mineras atisbaron una profesión remunerada en el juego de las patadas combinadas, Asturias se superpobló de campos de fútbol y de futbolistas en agraz. El dinero del primer aluvión beligerante, que aprovisionaba submarinos alemanes en la Concha de Artedo, convirtió la Asturias campesina y minera, la Asturias pescadora y cantarina, en el primer semillero del profesionalismo español. Fue por esto que la región asturiana se proclamó campeón de España de selecciones regionales, gracias a que en sus filas formaban jugadores importados por el dinero que los mineros arrancaban a golpe de piqueta.

Y fué por esto mismo que, en quince días justos, los manes dinámicos del ingeniero don Roberto Agustina, Presidente del Sporting, lograsen la construcción hormigonada y granítica del campo del Molinón, nada más que para darse el capricho de que la selección italiana jugase en Asturias.

Todo lo demás que vino después de estos grandes sucesos es contrato de trabajo y burocracia.

Y ocurre que hoy, cada pu bto asturiano siente un imperioso deseo de montar una factoría del fútbol para comprar y vender futbolistas del mismo modo que se compra y vende la chapa y la chatarra.



Herrera I, el Sabio, cabeza de una dinastía de famosos futbolistas

LOS PRECURSORES

De la habilidad incansable y picaresca que le dió al fútbol gijonés un marchamo de iniciador, fué Fernando Villaverde. Fernando, caído ya, fué derrumbado, antes, por el hercúleo Otero, defensa del Vigo. Incidente éste de epopeya deportiva, que encontraba, sobre la tragedia, a la rivalidad asturgalaica imperecedera y detonante.

De la tenacidad, el brío y la constancia racial fué Manolín Meana el símbolo butbolístico. Meana, internacional asturiano, fué todo un intuitivo y un realizador. Atisbó la modernidad del defensa central jugando como no vimos jugar a nadie en el juego defensivo del área y realizaba sus despliegues incisivos con una profundidad de gran estrategia al pase largo. Instintivamente, Meana fué un descubridor, o fué un emigrante: un jugador del juego de «entonces» que emigraba hacia otras tierras ignoradas del juego de hoy. Fué un astur de leyenda.

Del genio, de la chispa, del impacto cerebral que fulmina una concepción insospechada, fué Ramón Herrera, «el Sabio». Y de la posibilidad individual, unida a la capacitación. Herrera hacía y podía hacer lo que se le antojase al más exigente de las dificultades futbolísticas. Y el más exigente era él. De la solidez defensora, de la seguridad absoluta, de la clausura de su portalón, asediado, fué Oscar, el portero ovetense, un puntal visible en la España del gran Zamora, figura universal. El mejor elogio que puede hacerse de Oscar es decir que fué el sustituto de Zamora en todos los encuentros internacionales de España.

Después de éstos vinieron los Herrerita, los Emilín, los Peña, los Alonso y tantos otros que están aún en la memoria de todos vosotros. Y vinieron esos doscientos equipos que la Federación Asturiana reúne. Los que patean fútbol ante las montañas, los que creen que la Federación Asturiana de Fútbol se llama Eduardo Rodríguez. Y creen bien.



El Real Oviedo de esta temporada



Equipo del Real Gijón



La Felguera, S. C. F., de Segunda División



El Langreano, de Sama, de Tercera División



El Avilés jugando contra El Ferrol

GRAN VIA Y CALATRAVAS

EL ACONTECIMIENTO MAS
ESPERADO DEL CINE ESPANOL



**AUROBA
BAUTISTA**

CONDENADOS

(Segun la obra de J. Suarez Carreño)

CM

CARLOS LEMOS · JOSE SUAREZ

FELIX FERNANDEZ · ANIBAL VELA

PRODUCCION

Director: M. MUR OTI

Cámara: M. BERENQUER · Decbrados: MANUEL GARNELO · Estudios: BALLESTEROS



CON EL LACONISMO DE LA FATALIDAD, ACCION Y PERSONAJES VAN
RECTA, INEVITABLEMENTE, AL FIN TREMENDO DE SU DESTINO

SOBRE EL TIEMPO Y EL ESPACIO

EN LAS RUINAS
DEL TEATRO
ROMANO DE
MERIDA SE
REPRESENTA
UNA OBRA
DE SENECA



LA CARRETA DEL
S. E. U. POR TIERRAS
DE EXTREMADURA

"FEDRA", SIN EL TINGLADO DE LA ANTIGUA FARSA

SON las seis y media de la tarde. Desde el teatro baja hacia la ciudad un público numeroso y entusiasmado, que acaba de asistir a la representación de «Fedra», la tragedia de Séneca, sobre las ruinas grandiosas del teatro romano. Apresuradamente me dirijo al hotel, donde me esperan las notas tomadas durante estos días de atrás, en que he asistido al desarrollo de esta aventura farandulesca universitaria, rematada hace unos momentos en circunstancias de verdadera apoteosis. El lector debe disponerse a perdonarme cuando, a lo largo de esta crónica, la emoción asome muchas veces a mi pluma; téngase en cuenta que se trata de una empresa de juventud, de una empresa universitaria, y que, por tanto, en ella ha intervenido como factor más importante el corazón entusiasmado de unos muchachos que saben poner alma a todos sus empeños. Debajo de la ventana se oye todavía el murmullo del público que acaba de desalojar el teatro y ha recibido una impresión imborrable. Oigo también canciones y alboroto, que de seguro corresponden a los Colegios Mayores desplazados desde Madrid para asistir a los actos. La Universidad ha llegado a Mérida y—no podía ser menos—la Universidad se ha ganado el corazón de Mérida. Pero éste, precisamente éste, es el tema de nuestra relación. Comenzamos la historia desde el principio.



Izquierda: Tesco ha reconocido la espada de su hijo, Hipólito, y duda un momento de que sea verdad lo que aquella prueba significa.
Derecha: Elena Santonja, la deliciosa doncella de la reina, después de haber comido, saborea un cigarrillo. Faltan unos minutos para empezar y hay nervios

LA CARRETA DE LA FARSA, EN MARCHA. DESTINO: MERIDA

El viaje tuvo sus accidentes. Veintiocho expedicionarios, bajo el mando de Ignacio Sanuy, Secretario del Departamento de Cultura. El autocar marcha a una velocidad considerable por

tierras de Toledo. Se ha formado un coro, en que se repasan canciones de todas las provincias y de todos los rumbos de España. Una guitarra que había permanecido muy seria sobre un asiento vacío, se desnuda de su funda y acompaña la canción. Hay quien se aventura a enfrentarse



En la foto puede apreciarse toda la grandeza del escenario. Y en su marco, la destreza del director artístico salta a la vista; es muy difícil que las figuras no se pierdan en sesenta metros de «escena»

con unas granadinas y quien ataca una jota. Todas las voces se funden en las viejas notas del himno universitario, picaresco y zumbón:

*Sola, sola, sola se queda Fon-
(seca,
triste y llorosa queda la Univer-
sidad...*

Salvador Salazar, el joven y experto director de escena, recomienda el cuidado de las voces. En una revuelta del camino se nos aparece el castillo de Maqueda, gigante que vigila la carretera. Y se decide una parada breve. «Diez minutos, sólo diez minutos», advierte a todos Sanuy, que se encamina, por la pendiente, al castillo. No se tarda en reanudar la marcha. Y la canción:

*... y los libros, y los libros em-
(peñados
en el Monte, en el Monte de Pie-
dad.*

Salvador Salazar me pone al corriente del empeño a que se ha lanzado el T. P. U. Hay que emprender una campaña de extensión cultural por cuenta de la juventud universitaria, y ésta es la avanzadilla. Una avanzadilla emocionada y que ya cuenta con alguna baja dolorosa: Juan Luis Aguirre, el gran director y estudioso del teatro clásico, el hombre alegre y valiente que por primera vez montó teatro circular en España—esto lo recuerdan muy bien los habituales de nuestro Ateneo madrileño—, murió hace muy pocos meses, en este agosto pasado, cuando preparaba la versión de la «Fedra», que ahora, en homenaje a su memoria, cumpliendo sus deseos, se lleva al marco grandioso de Mérida. Por eso, en esta aventura, hay una fuerza, nacida del mismo dolor por la muerte del camarada, que empuja con unos especiales valores de emotividad e hidalguía, a la carreta de la

farsa estudiantil. Mientras hablamos nos sirve de fondo la canción que no cesa, como no cesa la alegría universitaria. De pronto:

—Oye, ¿dónde se ha metido Ignacio Sanuy?

—Ignacio, Ignacio... Iba al final.

Se inspecciona la retaguardia del autobús. Ignacio no está. Ignacio ha desaparecido misteriosamente.

—¡En Maqueda! ¡Se ha quedado en el castillo...!

En efecto. La expedición ha quedado sin el cerebro director, que a lo mejor ha encontrado algo de mucho interés en el castillo medieval. Estamos cerca de Talavera y decidimos hacer alto. Un taxi se desplaza a recoger a Ignacio Sanuy. Mientras, se entretienen las dos horas de espera en un recorrido por Talavera. Y, ya sin el fondo de la canción, se reanuda mi conversación con Salvador Salazar.

—No tengo miedo a Mérida. Es más, siempre he deseado aquel escenario como ideal para el montaje del teatro clásico. Yo he vivido algún tiempo en Mérida. Allí, precisamente, surgió mi vocación por el teatro, a la contemplación de aquellas ruinas llenas de majestad. Has de verlo y te aseguro que lo comprenderás entonces.

—¿Por qué Juan Luis Aguirre escogió la «Fedra»? Ya sabes que la mayoría de los críticos coinciden en estimar el teatro de Séneca como irrepresentable, y estiman que se escribió para ser leído y no llevado a la escena.

—Creo que «Fedra» es comparable en cualquier aspecto a la mejor obra de los trágicos griegos. También a esta pregunta te aplazo la contestación. Tú la darás por mí cuando la veas.

Una vez reintegrado al grupo Ignacio Sanuy, el viaje se hace sin tropiezos. Llegamos a Mérida a la una de la noche.

EL ESCENARIO. «CAMPOS DE SOLEDAD, MUSTIO COLLADO»

Estábamos todos picados de una impaciencia incontenible por asomarnos al teatro. Con las primeras luces de la mañana del viernes subimos hacia las ruinas. La entrada se hizo con un ritual lleno de respeto. Pasamos todos por la parte de atrás, la correspondiente a los espectadores, y nos asomamos a las «caveas» por los «vomitorios». Todos, menos Pilar Fernández Labrador—Pili, que encarna el personaje de «Fedra»—y Seijas—el coro primero, de voz profunda y solemne—, que pasaron por la parte anterior, para asomarse por la «valva regia», puerta principal de la escena. Desde las gradas ofrece el teatro una vista que deslumbraba y empujaba el ánimo. La escena tiene un frente de—nada menos—¡sesenta metros! Hay un silencio majestuoso que da miedo romper. ¡Los siglos, los siglos sobre la piedra! Y entonces asoman a aquel escenario, con un gesto teatral, lleno de alcornia, por la «valva regia», las figuras de Pili y Seijas. María del Pilar se adelanta, se detiene en el centro, enmarcada su silueta por las ruinas grandiosas. Y empieza a recitar un párrafo de su papel: «Creta, dominadora del ancho mar...» Su voz conmueve, en un prodigio de resonancia al aire libre, las rocas severas. Una bandada de palomas se asusta ante aquel eco poderoso que viene a turbar su silencio y, como un presagio de cantar de gesta, levanta su vuelo airoso y veloz. ¡Qué maravilla la de los ruidos entre estas piedras! El gigante recoge y cuida hasta las palabras a media voz, sin que se pierda un punto de su intensidad en ninguno de los ángulos. Cabida, 5.500 espectadores. Hay una emoción que gana a todos los componentes de este T. P. U.

aventurero y entusiasta. Alguien recuerda los versos de la «epístola a Fabio»:

*Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que
(ves ahora
campos de soledad, mustio colla-
(do...*

PREPARATIVOS DE LA REPRESENTACION. LA MERIDA VIVA

El contacto con la Mérida viva había de estar lleno de emoción y de sorpresa. Mérida se encuentra situada en un punto de cruce de comunicaciones, paso natural y forzoso para todos los puntos de la provincia, que por algo los romanos hicieron de la antigua «Colonia Augusta Emerita» la capital de Lusitania. Se trata, pues, de una ciudad llena de vida, creciente y abierta al progreso de todo tipo. La industria adquiere enorme importancia y la agricultura mejora sus medios rápidamente. Pero Mérida puede crecer muy difícilmente. Encajonada por el Albarregas y el Guadina, choca para su ensanche radial con otra dificultad fundamental: con el valor histórico de la tierra. A cada paso se tropieza con un monumento de valor incalculable, cada golpe de azada sobre un solar tiene el riesgo de segar una reliquia cargada de Historia. Frecuentemente se produce el abandono de una tarea empezada por haberse descubierto, al mover los terrones, una obra de arte que indicia ser aquel terreno de interés arqueológico. Las organizaciones sindicales, que proyectaban resolver el problema de la vivienda levantando un bloque de viviendas baratas, han tenido que dejar en suspenso la obra ante el terreno plagado de restos de gran valor. Este encajonamiento de la ciudad se ha convertido en un problema que interesa a toda la población emeritense. La vida y la Historia, en pugna, disputándose la tierra. Hemos tenido ocasión de hacer amistad con don Manuel García Gil, el hombre que se dedica desde hace muchos años al cuidado, al mimo de la piedra histórica, y nos ha dicho que este problema tendrá solución en breve. Don Manuel cree positivamente que se encontrará la forma de resolver el pleito, actualmente en estudio sereno y profundo.

Mérida vive sus ruinas y se enorgullece de su Historia. El pueblo ha aprendido a respetar y amar esas columnas rotas, esas estatuas maltratadas por la tierra y el tiempo. Por eso, cuando el T. P. U. ha llegado con esa admiración y ese entusiasmo ante la maravilla de las ruinas, Mérida ha respondido con un cariño singular. Ayer, sábado, los dirigentes del Liceo decidieron llevar a cabo oficialmente este abrazo de Mérida al S. E. U. y me pidieron que, en una conferencia en sus salones, hablase acerca de este empeño universitario. La cordialidad y el afecto más sinceros fueron el compendio de la charla que me vi forzado a improvisar ante un público con una inmensa carga de simpatía. ¡Hospitalidad extremeña, hospitalidad hidalga! Como respuesta a mis palabras, Demetrio Barrero, recitador más caracterizado de la poesía del hombre que mejor entendió Extrema-

dura, Chamizo. Nuestros actores se emocionaron con la cálida vida del campo extremeño, vibrante en el verso.

Y, para finalizar, una ronda. Choni, componente del grupo expedicionario, cumplía diecinueve preciosos años. Con especialísimo permiso del señor alcalde, la noche de Mérida se llenó de canciones y de alegría. La guitarra volvió a sonar, acompañando en su camino por las calles estrechas a los muchachos universitarios.

El trabajo en el escenario ha sido agotador. No se ha querido descuidar un detalle, y Salvador Salazar ha sometido a sus actores a unos ensayos minuciosos, en que con frecuencia interrumpía el curso del recitado para volver a empezar desde el principio. El domingo por la mañana, después de la misa, se concentraron, «a puerta cerrada», en el teatro, donde el director los sometió a una revista de detalle y acabamiento de conjuntación. Mientras, Mérida espera con ilusión el espectáculo del revivir de sus ruinas. Han llegado expediciones de Madrid y de Badajoz llenando la ciudad de universitarios. Un autocar ha sido contratado por hispanoamericanos residentes en Madrid. Hay en las calles una agitación popular nerviosa e impaciente. Faltan pocas horas para el comienzo del espectáculo. La afluencia de forasteros ha puesto colores muy variados sobre esta plaza que se protege del sol con toldos, bajo los cuales se amontona el público, bullicioso. En el Circulo de Labradores y Ganaderos se habla de «Fedra». Y también en la Peña taurina. Busco a los poetas de la localidad, que acostumbran a reunirse en una taberna de gran sabor, y no los encuentro; pero se me asegura que estarán en el teatro a la hora de la representación—Félix Valverde y Antonio López Martínez han dejado encargada su invitación—. Al pasar por los grupos que se reúnen en la calle de Santa Eulalia advierto asimismo la expectación despertada por la obra. Anunciado el comienzo para las cuatro y media, a las tres de la tarde llega a su máximo el interés. De continuo nos tropezamos con estudiantes de cara conocida en las aulas de San Bernardo o de la Universitaria, que pasean con máquinas de fotografías, cruzadas en bandolera.

A las cuatro de la tarde se encuentra a medio llenar el teatro en las zonas que la restauración ha permitido que se ocupen por el público. En algunos sectores del edificio se ha prohibido situarse a los espectadores, para que la piedra antigua no sea maltratada por el peso. Va penetrando en el teatro una muchedumbre espesa, que sale a borbotones por los «vomitorios» y se apiña en las «caveas». Luce un sol que quema, sorprendente en el otoño.

Entre bastidores, los componentes de la compañía de teatro universitario sienten el efecto de los nervios. Después de haber pasado la mañana entera en un ensayo general agotador, con repetición de escenas y corrección apresurada de los defectos últimos, se ha comido en frío, sobre las piedras seculares. Salvador



La nodriza —Margarita Mas— va a buscar a Hipólito —Pablo Vazquez— y lo encuentra junto al altar de Diana. «¿Por qué te resistes al amor y pasas tu vida alejado de los brazos?»



La nodriza —Margarita Mas— ha reprochado a Fedra —María del Pilar Fernández Labrador— su pasión por Hipólito. «Le seguiré a donde vaya, dispuesta a morir por mi amor», responde Fedra



Fedra confiesa su pecado y se da a la muerte. El público, ante la fuerza trágica de la escena, movido por el temperamento de María del Pilar, se puso en pie en un silencio sobrecogido

Salazar no ha quedado satisfecho de la actuación en el ensayo, aunque procure disimularlo ante los actores, que se pasean con gabardinas o albornoces sobre sus trajes de atenienses.

—¡Esto ha sido infame! Nunca había visto a Samaniego más melodramático que esta mañana. Pili no acertaba con la voz... Menos mal que dicen que «ensayo general malo, representación perfecta».

En seguida, apretadamente, el retoque de los trajes y los maquillajes. A última hora, uno de los coros ha rasgado su túnica, que queda inservible. Salvador Salazar echa mano de unas telas sobrantes y, en pocos momentos, ayudado por una costurera, se inventa y realiza una perfecta caracterización.

—¡Faltan cinco minutos! Preparados todos. ¡A ver, Margarita, ese gorró! ¡Listas las niñas de los cántaros!

El público llena por entero los lugares que le han sido destinados. Don Manuel García Gil, encargado de la conservación del teatro, se mueve sin descanso por las «caveas», vigilando el cumplimiento de las instrucciones dadas acerca de la acomodación. En las fotografías que acompañan este reportaje se puede apreciar la zona que se permitió ocupar a los espectadores, que a la hora de comenzar la representación eran 3.000. Este hombre nervioso e inquieto parece tener su vida pendiente de la conservación de las ruinas, celoso siempre y atento a todos los detalles. Don Manuel se conoce el teatro piedra a piedra. El nos explica:

—El mayor misterio de este teatro es la acústica. Se equivocan los que tienen empeño en situarse en primera fila. Desde ahí no ven el conjunto y oyen casi peor que desde arriba. Por lo menos, en la «cavea summa» se oye la voz con más empuje, con mejores calidades trágicas, porque llega moldeada por el ámbito central. Y sin pérdida ninguna de intensidad.

Comienza la representación. Nos movemos entre el público. Basabe aparece y desaparece por los «vomitorios», asciende por las gradas, se encarama a las columnas clásicas y trepa por las paredes, con su máquina al brazo, en busca de los mejores ángulos. El campesino extremeño se sienta junto al estudiante de San Bernardo o de la Ciudad Universitaria. Es un público ab-

garrado y confuso, como el que debía reunirse hace veinte siglos en estas piedras para asistir a las tragedias en la antigua Emerita.

El público se ha compenetrado inmediatamente con la escena. La primera actuación de Hipólito, encarnado por Pablo Vázquez, se resuelve en una salva de aplausos. Las escenas entre Fedra y la Nodriza arrastran el interés de la masa hirviente, que se siente impresionada ante la maldad de la madrastra. María del Pilar Fernández Labrador, Fedra, tiene en la cara ese colorido rojo que, ella me había advertido, acompaña siempre a su entrada en situación. Las frases fundamentales despiertan en el público unos murmullos que indican el sentimiento de la muchedumbre. Margarita Mas, la Nodriza, inteligente, sin estridencia, también ha sido entendida, sentida por el público.

Porque ésta no es sino la relación de una aventura en que se trata de conseguir el interés del pueblo de España por el mejor teatro. Me interesa especialmente por las reacciones de los espectadores. Se ha esparcido por todo el teatro de Mérida una especial energía, un cierto estado emocional desprendido de la tragedia. Ya está establecida la comunicación actor-público.

Fedra declara su amor a Hipólito. A mi espalda, una mujeruca que tiene un chico en brazos, exclama: «¡Muere qué mala es esa mujer! Si muere al final la estará bien.» Vuelvo la cabeza y lo veo con los ojos muy abiertos, clavados en el escenario. Los «castños», los hombres de Gabriel y Galán y de Chamizo, entienden, merecen este teatro. Al terminar la escena con la huida de Hipólito, horrorizado, la «cavea summa» se ha puesto en pie, y todo el teatro rompe en una ovación espontánea.

Otro detalle, decisivo. Se escuchan con enorme interés los coros. Esos coros de Séneca tan despreciados como faltos de carácter trágico, tachados de retóricos y carentes de fuerza, emocionan e interesan, dando un mentís a muchos críticos. El público sigue sin cansancio las disertaciones y la poesía lírica de sus parlamentos.

Alfredo Marquería está en los asientos de presidencia, acompañado de su esposa. Me deslizo hasta él, que me dice al oído:

—¡Estoy emocionado! Esto es enorme, enorme. ¡Qué actores!

Y la tragedia, maravillosa, sin desperdicio. ¡Emocionado, Aguirre, emocionado!

La tragedia avanza, sin cansar, interesante más a cada instante. Las palomas que anidan en los capiteles cruzan el escenario, revoloteando sobre las cabezas de los actores y poniendo un acento de misterio y majestad sobre la escena; a veces levantan el vuelo y se alejan, como un triángulo blanco, para ver la escena desde más arriba.

Los momentos finales fueron de una emoción incontenible. La muerte de Fedra, realizada por María del Pilar de forma impresionante, despierta un clamor sordo. Cuando la obra termina con la imprecación de Teso, los coros se acercan al cuerpo caído de la protagonista y la levantan en hombros, iniciando un patético desfile escoltado de antorchas. Desde las «caveas» se levanta un rugido imponente, que exige la presencia de los actores. La ovación, nutrida, espesa, dura seis minutos.

Me dirijo a los «Choragia» en busca de los actores. ¡Qué emoción entre los muchachos! María del Pilar me abraza, con los ojos llenos de lágrimas, y a ninguno nos sale una palabra. Salvador Salazar se nos une, cantando, loco de alegría. El Gobernador de Badajoz ha pasado a felicitar a los actores y ha de esperar a que la emoción primera se mitigue, porque nadie se ha dado cuenta de su presencia. Le oímos unas palabras sentidísimas, de agradecimiento por esta gran ocasión que se ha brindado al pueblo extremeño.

Basabe y yo estrechamos las manos de todos, nos despedimos apresuradamente y echamos a correr. A mí me espera la máquina de escribir; a él, el revelado de sus placas.

Y ésta es, en pocas palabras, la aventura del T. P. U. por tierras extremeñas, con un mensaje de expansión de la cultura y con la ofrenda emocionada a un camarada que hubiese querido verlo, que hubiese dado cualquier cosa, cualquiera—yo tengo motivos para saberlo—, por montar en la carreta de la farsa. La Universidad se ha dado un abrazo con la España auténtica. Esperamos que ya nada detenga la marcha por los caminos de nuestra Patria de esta farándula llena de vigor y juventud.

Joaquín AGUIRRE BELLVER
(Fotografías de Basabe)



C.S. 12 898

CALMANTE VITAMINADO

Quita el dolor
y Tonifica los nervios

PRECIOS

UNA TABLETA ... 0,75

CAJA DE DOS ... 1,50

TUBO ... 8,90



REMEDIO EFICAZ
CONTRA DOLORES
NERVIOSOS,
DE CABEZA,
REUMATICOS,
CATARROS, GRIPE,
ETC.

LABORATORIOS
PEREZ GIMENEZ
AGUILAR DE LA FRONTERA
(CORDOBA)

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

EL GOBIERNO DE LOS POCOS

Memorias de sir DAVID KELLEY

PROLOGO

EN estas Memorias personales aventuro algunas reflexiones generales en las que se mezclan los frutos de la experiencia personal con numerosas lecturas, de forma inextricable.

Una de mis impresiones más fuertes es la de la influencia de los factores puramente personales, que reputo muy elevadas. La famosa advertencia de Oxenstjerna a su hijo, «te sorprenderá descubrir con qué poca sabiduría se gobierna el mundo», representa la situación normal.

Los hombres que toman las decisiones, por lo general suelen razonarlas después, y no me cabe duda de que los factores casuales y ocultos han desempeñado un gran papel en la Historia, un papel mucho mayor del que nos hacen creer los libros de texto.

La influencia del factor personal, individual, se ve grandemente aumentada por el hecho de que la gran mayoría de la humanidad está totalmente absorbida por sus asuntos cotidianos, y en la práctica le resulta imposible participar en la orientación de su propio destino. Con raras excepciones, como quizá, por ejemplo, los campesinos rurales suizos de la Edad Media, todos los gobiernos y toda política han sido y son obra de minorías.

El papel dominante de las minorías implica que los hombres son por naturaleza desiguales. Como la retribución social igual a capacidades desiguales es antinatural, sólo puede mantenerse por la coerción del Estado—y nunca a la larga—a expensas de la libertad.

Aunque un Estado es regido siempre por una minoría, no es necesario que siempre continúen formándola los mismos grupos. ¿Cómo se reemplazan unos a otros? Stalin dijo a H. G. Wuels que «la rica experiencia de la Historia nos enseña que hasta ahora no ha habido un solo caso de una clase que haya cedido el puesto de buen grado a otra. No existe ningún precedente semejante en toda la historia del mundo». Sin embargo, yo no encuentro en la Historia confirmación alguna

Sir David Kelley es un diplomático británico de extraordinaria experiencia, pues ha pasado treinta años de su vida en el servicio exterior de su país, en contacto con los personajes más importantes que tienen en sus manos los destinos del mundo, con «los pocos que gobiernan» y que le han servido de tema principal y título de esta brillante recopilación de sus Memorias, que hoy resumimos para los lectores de EL ESPAÑOL.

La extensión de la obra y su enorme variedad, consecuencia del gran número de países donde ha vivido sir David, nos fuerzan a escoger sólo algunos ejemplos de sus juicios sobre ciertos países, centrándonos principalmente en la parte final—la más extensa—, que se refiere al problema comunista y a Rusia, donde ha representado, como embajador, al Reino Unido.

Sus apreciaciones últimas sobre la amenaza del comunismo contra todo el mundo coinciden fundamentalmente con las de George Kennan, que ya dimos a conocer en esta misma sección de nuestro semanario.

Sobre este mismo problema resumimos también, para los lectores de EL ESPAÑOL, el libro de Burnham «Contención o liberación», que hace una crítica profunda de las teorías de Kennan que inspiraron la política exterior del Presidente Truman.

Quizá la diferencia de interpretación del problema ruso que apreciamos entre esos dos teóricos americanos, Kennan y Burnham, nos dé la clave de las diferencias que en política exterior se aprecian entre Londres y Washington. La política de contención, que también aconseja ahora sir David Kelley, es la que parecen haber considerado insuficiente y peligrosa a la larga los Estados Unidos, desde que se hizo cargo del Departamento de Estado Mr. Dulles.

«The Ruling Few», por Sir David Kelley. Editado por Hollis and Carter, tercera impresión, marzo 1953; 449 páginas; 25 chelines.

The
RULING FEW



The Memoirs of
Sir David Kelly
G.C.M.G., M.C.

de semejante declaración. Por el contrario, estoy firmemente convencido de que la sustitución de una minoría gobernante por otra ha sido siempre consecuencia de una conquista extranjera o de la pérdida de confianza por parte de los gobernantes en su propia misión. Como ejemplo típico de esto último podemos citar a la clase gobernante francesa de 1789, minada por su propia filosofía.

PRIMERAS IMPRESIONES

Mi vida errante empezó lo más pronto posible, puesto que nací en Adelaida, en el sur de Australia, en 1891. Esto se debía a la condición inquieta de mi padre, que no tenía ninguna razón valdadera para emigrar a Australia, como no fuese que constituya el punto más lejano a donde podía ir.

Hasta los catorce años me interesé solamente por la Historia y la Literatura. Luego tuve una época de apasionado socialista y anticlerical. Después, la lectura sería de la Historia fué haciendo de mí, gradualmente, un representante de cierto tipo especial del torismo.

LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Hacia mil novecientos veintitantos, durante la época en que la gente «no quería que le hablasen de la guerra», empezó a aparecer un torrente de «libros de guerra», en el que no había quien pudiera reconocer el verdadero espíritu ni la vida del ejército. Empezó esta serie con el libro alemán, de tanto éxito, *Sin novedad en el frente*. A mí me parecían esos libros periodismo sensacionalista, que podían haber sido escritos sin haber pisado jamás una trinchera. El 1930 me entretuve publicando una narración sincera de las experiencias de guerra de la Brigada de Infantería 110 en Francia desde julio de 1915 hasta el final del conflicto. La había escrito inmediatamente después de mi desmovilización, a principios de 1919. Creo que es lo que habría escrito cualquier oficial regimental, y las cartas de mis compañeros así me lo confirmaban. Pero, desde el punto de vista co-

mercial, la aventura fué un fracaso. No se amoldaba mi obra al cuadro periodístico popular del soldado que se pasaba el día cantando el «Tipperary» o soltando tacos en medio del cieno y la miseria, sin fe en Dios y desconfiando de toda la humanidad. Observaba en mi obra que la fantasía de los periodistas había sido sustituida por un soldado borracho y salvaje incapaz de otra conversación que no fuese la blasfemia y las cosas profanas, el vacío de todo ideal que dejase lugar a una esperanza. Expresaba mi convencimiento de que ni siquiera el uno por ciento de los hombres de mi antigua Brigada tenía el menor parecido con ese individuo neurótico que ha pasado a la leyenda como tipo del soldado británico en la Gran Guerra.

ARGENTINA, 1919-1921

En marzo de 1919, al ser desmovilizado, el Secretario Privado del Foreign Office me dió a elegir entre ir a Copenhague, a Arkangel o a Buenos Aires. Mi única reacción mental fué el deseo de alejarme lo más posible de Europa y de todo lo relacionado con la guerra y opté por la Argentina.

Una de las experiencias que se han fijado en mí de manera más indeleble es la de haber vivido en una rica comunidad en la que prácticamente no existe ningún interés intelectual; vivir entre un pueblo no europeo centrado sobre sí mismo y que no siente más que en la periferia las cosas del resto del mundo. También me traje de la Argentina mi primera experiencia de los grandes espacios abiertos, la llanura inacabable, y, sobre todo, los Andes, donde se siente la extraña majestad de la caótica naturaleza primaveral. Me hizo esta tanta impresión que luego he sentido el paisaje europeo, y sobre todo el inglés, como si fuese escenografía, algo bello, pero artificial, cosa que en gran parte es cierta.

PORTUGAL

En Portugal, mis criados no sabían leer ni escribir, y pude comprobar que grandes zonas del país eran peor que paganas, puesto que ni siquiera existía la religión natural ni la idea de Dios. Mi estancia en Portugal coincidió con el punto más bajo del abismo a que había sido arrastrado a este amable país por un régimen republicano pará ito y desarraigado.

RUSIA

Un rasgo fundamental, no sólo de mi representación diplomática en Moscú, sino de las relaciones entre la Rusia Soviética y Occidente, es lo reducido del papel que desempeñan los factores personales. La clase gobernante rusa difiere esencialmente de la de los Gobiernos democráticos en que están ligados a un sistema doctrinal con su interpretación propia de todo lo que ocurre en el mundo, y que ni son ni se consideran agentes libres que puedan ser influenciados por la discusión o por las simpatías o antipatías personales de los individuos. La extraordinaria y excesiva posición de poderío en que se ha colocado a Rusia al final de la segunda guerra mundial, y que constituye la raíz de todas las tensiones internacionales presentes, se debe en gran parte a la completa incapacidad de Occidente, o, más concretamente aun, de Roosevelt, para comprender este hecho.

Por lo tanto, el papel normal de un diplomático extranjero, que consiste esencialmente en conocer a las personas importantes y obtener su cooperación por medio de la discusión y la influencia personal, queda casi totalmente descartado.

La Rusia contemporánea se basa en el «materialismo dialéctico» marxista, tal como ha sido adoptado por Stalin. La «impersonalidad» a que me he referido se deduce de la doctrina básica marxista, según la cual la personalidad y las opiniones personales pertenecen a la «superestructura», mientras que la base fundamental está constituida por el juego de las fuerzas económicas, que son las que realmente cuentan. «El ideal—dice Marx—no es más que el mundo material reflejado por la mente humana y traducido a términos de pensamiento.» Esta base doctrinal domina de tal modo las acciones de los gobernantes soviéticos, que resulta literalmente imposible comprender su política sin tener cierto conocimiento de ella.

Creo que la conclusión más importante a que ha llegado mi estudio de la escena rusa es que no hay respuesta definitiva posible a la primera pregunta que invariablemente se hace al que visita Rusia: «¿Habrá guerra? Creo que hay pocas esperanzas de una solución repentina ni siquiera de que se suavice la tensión de manera sustancial en un próximo futuro. Como consecuencia de sus propias creencias, los jefes soviéticos están convencidos de que la disolución del mundo imperialista es inevitable, y aunque su obligación consiste en acelerar el proceso mediante la agravación de las contradicciones, tienen también buenas razones para esperar a que la fruta esté madura. Creer igualmente que sería una locura asestar el golpe mientras el campo opuesto no esté tan debilitado que el triunfo sea seguro. Por otra parte, en cualquier país puede estallar una revolución con la que merzca la pena ya correr el riesgo de intervenir, y, en sus últimas convulsiones, las potencias occidentales, en lugar de luchar entre sí, pueden unirse para atacar a la Unión Soviética. Si esto pareciese seguro e inminente, habría que contrarrestar la amenaza mediante una guerra preventiva.

En vista de este análisis, que considero acertado, se deducen ciertas líneas de política para el «campo contrario». En primer lugar, los países libres deben hacer todo lo posible para que el atacarlos resulte muy peligroso, y el único camino para ello es el duro del rearme. Para evitar el caer en la peligrosa tentación de una revolución, la política económica tiene que estar en conflicto perpetuo con la necesidad del rearme. La conjugación de estos factores es el más grave problema que tiene hoy planteado el mundo. Para evitar que el pánico induzca a los jefes soviéticos a una guerra preventiva, la política diplomática ha de ser de perseverante paciencia y conciliación.

Al más leve síntoma de relajamiento en la tensión o de un posible acuerdo local hay una inmediata tendencia a poner en entredicho la urgencia del rearme, y existe una dificultad manifiesta para mantener el esfuerzo del rearme, como no sea fomentando la inflamable emoción de que la guerra es inevitable y está próxima, con lo que se crea un estado de ánimo en el que la paciencia y flexibilidad en la negociación se identifican apasionadamente con la debilidad y el «apaciguamiento». Todo esto hace incierta la respuesta a la pregunta de si habrá guerra. Pero estoy convencido de que la fuerza unida a la paciencia podrá prolongar indefinidamente la situación actual, hasta que fuerzas o accidentes imprevisibles puedan cambiar todo el cuadro y evitar la catástrofe.

¡ALTO! *Ud. puede ganar más!*



Estudie:

**RADIO
CINE SONORO
TELEVISION**

en

ESCUELA RADIO MAYMÓ

Su ya famoso sistema de enseñanza le garantiza el título de **RADIOTECNICO** *en una carrera corta y productiva*

SR. DIRECTOR DE ESCUELA RADIO MAYMÓ

RUEGO ME ENVIÉ GRATIS Y SIN COMPROMISO SU LIBRO
"AL ÉXITO POR LA PRÁCTICA"

¡Cúete hoy mismo este examen!

NOMBRE

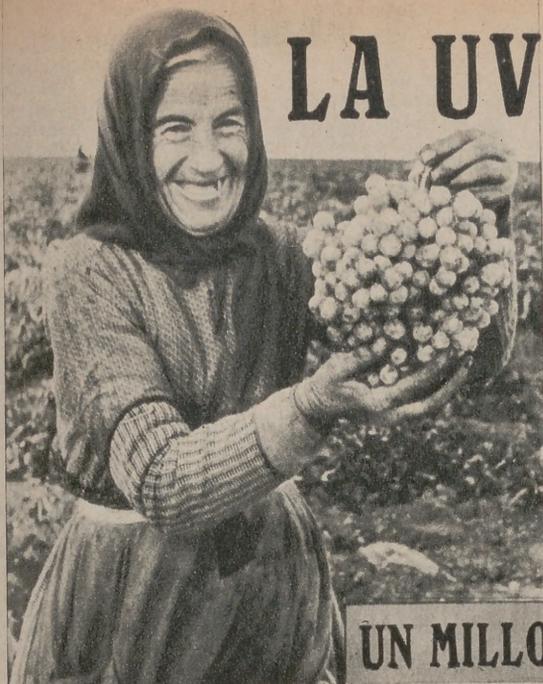
CALLE

NUM.

POBLACION

PROVINCIA

MADRID: P^{ta} DEL SOL 2 - BARCELONA: P^{ta} DELAVAL 3 - VALENCIA: SANGRE 9



LA UVA Y EL VINO, RIQUEZA BASICA DE LA MANCHA

260.000 hectáreas dedica-
das en Ciudad Real al
cultivo de la vid

UN MILLON DE HECTOLITROS AL AÑO

ES de vino y no de azogue la columna del termómetro que regula la vida económica de La Mancha, aunque aquí estén enclavadas las minas que producen más del noventa por ciento del mercurio que sale al mercado mundial. El alza y la baja del vino, la uva y el alcohol repercuten en toda clase de negocios. Incluso en aquellos que menos relación parecen tener con la vitivinicultura. El flujo y reflujo de los mares de viñas lo domina todo en La Mancha; la cosecha manda imperiosamente.

—Cuando el año es malo—nos decía un médico de Ciudad Real—se refleja hasta en las intervenciones quirúrgicas, que los enfermos van dejando para mejor ocasión, excepto, naturalmente, aquellas inaplazables a vida o muerte.

Los comercios languidecen en las largas horas del invierno que sigue a una mala vendimia.

Después de una mala cosecha, el labrador medio se coloca siempre en una situación de expectativa reserva con miras a la recolección venidera. Cuando el panorama cambia, el dinero corre y fluye con mayor generosidad por todas las arterias de la economía provincial.

La vid es el cultivo esencial de La Mancha, porque su suelo, generalmente pobre para otra clase de frutos, reúne las mejores condiciones para el de la vid. Con la vid se aprovecha al máximo y se obtiene el mayor rendimiento de la tierra manchega. Y, así, una gran zona de España que, de otra forma, sería esteparia, se ha convertido en un vergel y en pieza importante de la economía nacional.

De las cuatro provincias que forman la región, es Ciudad Real la única íntegramente manchega, ya que las otras, aunque en su mayor parte se hallan insertas en el área natural y geográfica de La Mancha, tienen pueblos importantes que no pertenecen a ella ni física ni espiritualmente. Es también la provincia de Ciu-



Son las mujeres las que se dedican preferentemente a las faenas de la vendimia en esta región

dad Real la que más superficie dedica al cultivo de la vid en extensión, plantación y número de cepas, no sólo entre las otras tres provincias manchegas, sino entre todas las de España. La Mancha cultiva el treinta por ciento de las vides españolas, y del millón y medio de hectáreas que se destinan al viñedo en toda la Nación, medio millón corresponden a La Mancha y 260.000 solamente a Ciudad Real. Claro que no toda esa superficie de esta extensa provincia—la tercera de España—se destina al viñedo en cultivo exclusivo, pues en este caso se encuentran 170.000 hectáreas. Las 90.000 restantes alternan, en cultivos mixtos, la vid con otros productos, especialmente cereales y olivo.

Casi toda la uva de La Mancha, el 90 por 100 por lo menos, entra en las bodegas para ser transformada en vino.

LAS CATACUMBAS DEL VINO

Dentro de La Mancha, el caso de Tomelloso es singular. En la superficie, los penachos de humo de las chimeneas de sus cincuenta y cinco fábricas de alcohol le dan aspecto de ciudad fabril de gran industria. Pero de-

bajo de ese Tomelloso, que ingresa al Tesoro más de doce millones de pesetas anuales por producción alcohólica, vive, silencioso, otro pueblo subterráneo: el de las bodegas, verdaderas catacumbas del vino. No hay apenas calle que no esté socavada. De trecho en trecho, en las aceras, una reja, por la que se escapa el oloroso aroma de los caldos, nos habla de estas criptas que encierran cientos y cientos de tinajas, monumentales cajas fuertes de barro o de cemento que guardan la riqueza que apilaron con su esfuerzo los tomelloseros, bravos campesinos que, a falta de agua, riegan las viñas con su sudor y a veces con sus lágrimas. Por eso, cuando hace unos años el desbordamiento de los ríos de la provincia amenazó de inundación a la ciudad, todos sus hijos, como un solo hombre, se aprestaron a la defensa de sus calles y plazas, levantando barricadas y abriendo fosas y trincheras en una incruenta batalla pacífica. Si el agua hubiese llegado a penetrar, por tragaluces y respiraderos, en estas catacumbas del vino de Tomelloso, se habría dado el más fantástico, colosal y catastrófico caso de aguado de vinos, al quedar ane-

gadas todas sus bodegas subterráneas.

Las enormes tinajas que guardan los vinos manchegos tienen en ocasiones una altura superior a los tres metros. Y una vez, en cierta bodega de Tomelloso, un operario se ahogó en vino al caer dentro de una tinaja cuando, al quedar solo en la cripta, perdió toda posibilidad de auxilio.

DESDE EL APERITIVO AL CAFÉ, TODO REGADO CON VINOS SOLO DE LA REGION

Los vinos manchegos son, en su mayoría, vinos de pasto, aunque tienen justa fama los embotellados, cuyas marcas son de alta calidad. Sus clases recorren todas las escalas del blanco y del tinto, del seco y del dulce. No hay otra región fuera de La Mancha en la que se pueda servir la más selecta comida, regada íntegramente con vinos y licores de producción propia. Desde los vinos del aperitivo hasta el champaña; desde los claros y ligeros para el pescado hasta el tinto que acompaña a la carne, incluyendo los licores para el café, todos se crían en las bodegas manchegas. La ductilidad de los vinos manchegos los ha convertido en elemento principal para la mezcla de los caldos de otras regiones. Por ello se ha dicho que el vino de La Mancha es el vino básico de España y, muchas veces, se vende bajo otras etiquetas. La mayor parte de los cofiaes que se expenden en la Península están fabricados con holandas manchegas, siendo Tomelloso uno de los principales centros abastecedores.

LAS FAENAS DE LA VINA

De marzo a septiembre se concentran las energías de los labradores manchegos en sus viñas. En marzo se inician las faenas con la poda, a la que siguen la cava y el arado. En junio es cuando se «cierran» las viñas, y durante el verano viene la época de intranquilidad constante ante el temor de que una «nube», como dice gráficamente el campesino de estas tierras, eche a perder la promesa que, en septiembre, suele ser realidad.

La recolección se concentra en las principales zonas productoras. Nada más recogidos los primeros racimos, la uva empieza a entrar en las bodegas, en cuyas puertas una tosca tablilla de madera va anunciando, día a día, las oscilaciones de los precios. En la provincia de Ciudad Real dan la pauta Tomelloso, Valdepeñas, Alcázar de San Juan, Manzanares, Daimiel..., siendo las dos citadas en primer lugar las que suelen marcar el precio, algo más bajo casi siempre en Tomelloso que en Valdepeñas.

UVEROS Y VINATEROS

Los cultivadores de uva pueden ser clasificados en dos clases: aquellos que, además de sus viñas, tienen una bodega, por modesta que sea, en la que elaboran el vino de su cosecha, o aquellos otros que sólo cultivan sus propias viñas, de mayor o

menor importancia, para vender luego el fruto. A éstos se les llama «uveros», modestos labradores a quienes más afectan las tormentas y los malos años de cosecha, porque no les cabe el recurso de compensar la pérdida de sus viñas con la elaboración del vino de los demás. La calidad de la uva está determinada siempre por su grado de azúcar y no por su tamaño, ya que aquél, en definitiva, es el que ha de dar mejor o peor vino. La uva de La Mancha es rica en azúcar y, por ello, sus vinos son de alta estima.

LAS MUJERES EN LA VENDIMIA

La recolección se hace aquí a mano en su totalidad, y son mujeres, en una proporción del ochenta por ciento, las que realizan esta faena.

—¿Causas de este fenómeno?
—preguntamos a un viejo y experimentado labrador.

—Tradicionalmente son siempre mujeres las que vendimian, quedando para los hombres los trabajos más duros de carga, descarga y acarreo.

—¿Otras razones?

—Que la mano de obra femenina resulta más barata y es trabajo llevadero para la mujer. Además, de este modo, ellas aportan al hogar, siempre modesto, el valor de su esfuerzo.

—¿Edad y condición?

—Hay gran diversidad de edades; pero todas, jóvenes o viejas, solteras, viudas o casadas, son humildes.

—¿Y la retribución?

—Es un jornal más que entra en la casa; otras trabajan para reunir unos ahorros que aumenten su dote o mejoren su ajuar.

—¿Quiénes suelen ser las que van a la vendimia por esta última razón?

—Las muchachas del servicio doméstico. Tanto en la época de la vendimia como en la de la siega se despueblan de criadas las casas de las ciudades manchegas. En este tiempo se registra un curioso éxodo hacia el campo de las «chicas de servir». Terminada la recolección, las domésticas vuelven a su colocación habitual.

La jornada normal de la vendimia es de ocho horas, y la uva es transportada generalmente en carros, esos típicos carros manchegos, que en inacabable teoría, unen los viñedos con las bodegas, en un incesante trajinar, durante los días de vendimia.

Además del jornal, los vendimiadores suelen recibir, al menos, una comida al día por cuenta del patrono que los contrató.

LAS FIESTAS DE LA VENDIMIA

En este tiempo, al anochecer, se organizan las clásicas fiestas, con las que se celebran el éxito y los afanes de todo un año. Por lo general, en La Mancha no hay festejos públicos especiales, fiestas solemnes de la vendimia en los pueblos; todo el jolgorio se recoge en la intimidad de las casas de labor, en los amplios corralones o en los espaciosos y

encalados patios del cortijo o de la quintería, al amor de la lumbre. Vendimiadores y vendimiadoras toman parte en estas espontáneas veladas con canciones y bailes del folklore de la región. Las seguidillas manchegas brillan entonces en todo su puro esplendor, con naturalidad, sin limitaciones de escenario y candelas.

«Aunque soy de La Mancha, no mancho a naide; más de cuatro quisieran tener mi sangre.»

MAS DE UN MILLON DE HECTOLITROS DE VINO AL AÑO

La producción de vino en la provincia de Ciudad Real sobrepasa el millón de hectolitros al año aun en las épocas de cosechas más bajas. Antes del 36, el promedio de vino producido en España era de 20 millones de hectolitros anuales; después de la guerra nunca se alcanzó esa cifra, porque los viñedos quedaron en gran parte esquilados. No obstante, la provincia de Ciudad Real no bajó del millón de hectolitros en estos años y, a veces, llegó a alcanzar el millón y medio.

Terminada la vendimia hace poco, puede decirse que la cosecha de este año fué aceptable, pero no tan buena como se esperaba, y mucho menor, desde luego, de lo que se había dicho. Es el mercado vitivinícola uno de los más influidos por la especulación; por eso no es de extrañar que, antes de la vendimia circulen noticias que tiendan a hacer oscilar los precios en un sentido u otro, ya que, en la mayor parte de los casos, van encontrados los intereses de uveros y vinateros.

Este año, el Gobierno, para evitar mayores males, puso tasa mínima a la uva. Se fijó en una peseta el precio del kilo de uva de doce grados. Cuando preguntamos a un técnico de la economía vitivinícola la razón de esta medida, nos contestó:

—Cada céntimo que el kilo de uva hubiese bajado este año de una peseta, habría supuesto una pérdida de cinco millones de pesetas para la provincia.

—¿Y eso?

—De otra manera, no se hubiesen podido amortizar ni los gastos esenciales de explotación.

—¿Hubo resistencia a comprar a ese precio?

—Al principio, sí. Hay que tener en cuenta que aun había sin vender gran parte de la cosecha de vino del año pasado. Pero poco a poco, merced a diversas disposiciones gubernativas, se fué venciendo esa resistencia, y casi toda la cosecha se ha vendido, al menos a los precios mínimos establecidos.

Año tras año la vendimia en La Mancha trae estas y otras complicaciones, pues no en balde el negocio vitivinícola es uno de los más complejos y difíciles de entender, negocio que puede enriquecer o arruinar con la misma rapidez.

Carlos María SAN MARTIN

RIESGO Y AVENTURA DE LOS «HOMBRES-RANA»



LA ARMADA ESPAÑOLA CUENTA YA CON EQUIPOS ESPECIALES DE ZAPADORES ANFIBIOS

FABULOSAS PERIPECIAS DE LOS COMANDOS NORTEAMERICANOS

LA Infantería de Marina española. «la fiel Infantería» del mar, cuenta ya con equipos especiales de zapadores anfibios, bien entrenados en el cometido de explorar y demoler bajo agua.

Nuestros flamantes zapadores anfibios son muy parecidos, en su organización y fines, a los «frogmen» de la denominación popular estadounidense, que ha calificado graciosamente de «hombres-rana» a los superatléticas de las U. D. T. («Underwater Demolition Teams»), que en acciones anfibias de la guerra de Corea, entre ellas el brillante desembarco de Linchon, supieron cubrirse, en golpes de gran peligro frente a las costas enemigas, de un honroso laurel de algas marinas.

Pese a lo extendido de la denominación de «frogmen», «Homesgrenuille...» la tradicional seriedad con que en España se tratan los asuntos militares impide aceptar oficialmente el calificativo de «hombres-rana» para distinguir a los zapadores anfibios, que se han organizado en una primera unidad experimental, cuya eficacia fué probada en las recientes maniobras navales. Aunque, por suerte y gracia de la paz, los zapadores anfibios españoles no han sido «bautizados» con fuego real, no dejó por ello de ser muy brillante su primera salida en el supuesto táctico.

PREFIEREN EL SUBMARINO

La unidad de zapadores anfibios se trasladó primero de Cartagena a Cádiz apretujada en los submarinos «D-1» y «D-2» que, aparte de sus dotaciones normales, tuvieron que dar cabida a los equipos de especialistas de las unidades de destrucción,

con sus botes de goma, y a los zapadores anfibios de los «pies de pato». Fué aquélla una buena práctica de transporte de tropas en submarino, modalidad que es bien conocida por la Marina de guerra española, que en la guerra de Marruecos, en 1924, transportó por vía submarina una sección completa de legionarios que sacaron de apuros a la pequeña guarnición del Peñón de Vélez, cercada por los rebeldes.

Luego, el transporte de tropas por medio de sumergibles ha sido empleado otras veces y por distintas Marinas. Un buen ejemplo de ello lo tenemos en el ataque realizado por los norteamericanos, durante la guerra del Pacífico, por medio de tropas transportadas en los sumergibles «Nautilus» y «Argonaut», que llevaron tropas desde Pearl Harbour hasta el islote coralífero de Makin, en el archipiélago de las Gilberts, donde atacaron por sorpresa a los japoneses, ocupando aquel punto, de gran valor estratégico. Las posibilidades del transporte de soldados por medio de submarinos han hecho que, después de la última guerra mundial, Norteamérica habilite de una manera especial para este cometido a los grandes sumergibles «Perch» y «Seahon», capaces de navegar grandes distancias sin volver a la superficie valiéndose del «schmorkel» o tubo respiratorio, que también sirve para airear el escape de los motores Diesel.

EL ASALTO NOCTURNO Y LA MUERTE «TEORICA»

Nuestros zapadores anfibios se valieron también del submarino como medio ideal de transporte en las pasadas maniobras nava-



Un zapador anfibio colocando una carga en un obstáculo situado en una playa protegida contra desembarco. A su lado flota una bolsa portadora de otra carga.

les, en las que el «D-1» llevó una unidad de destrucción, además de un equipo de veinte zapadores anfibios. El «D-1» tuvo por cometido el destruir durante la noche una supuesta instalación de radar en la costa gaditana.

Por otro lado, el «D-2» se acercaba sigilosamente al pequeño istmo de Cádiz, y desde unos dos kilómetros de distancia de la costa lanzaba al agua 90 hombres en balsas de goma, unos, y a nado los restantes, según per-

teneciesen a las unidades de destrucción o a los equipos de zapadores anfibios; hombres que al filo de la madrugada llegaron a la playa sin ser vistos y con los «pies de pato» bajo el brazo atravesaron la franja de tierra hasta llegar al otro lado de la costa, donde se asaltó una base de lanchas rápidas, con logro de prisioneros y captura de armas. Pero este golpe audaz no tuvo un éxito perfecto, ya que uno de los centinelas de la base, que había sido estrangulado «teóricamente», dió a grandes gritos la voz de alarma «después de muerto», al decir de los zapadores anfibios, que en pocos minutos se vieron rodeados por gran número de «enemigos» y, sin que tuvieran tiempo de zambullirse nuevamente en el agua, cayeron prisioneros de la Escuadra «azul».

PELIGROSA MISION DEL «HOMBRE-GATILLO»

Esa experiencia demostró el peligro existente de que los zapadores anfibios caigan prisioneros o sean muertos por el enemigo, y aunque sean alcanzados a veces por los mismos efectos de sus cargas explosivas, si éstas se colocan demasiado precipitadamente. Para evitar esto, los equipos «frogmen» norteamericanos cuentan con los llamados «hombres-gatillo», que son los que quedan junto a las defensas que van a ser demolidas para poner en marcha los mecanismos de destrucción colocados por todos los «hombres-rana». Si muy peligroso es ser zapador anfibio, imaginen ustedes el peligro que correrá el «hombre-gatillo», que es el que tiene que quedarse cuando sus compañeros se retiran.

La misión de los llamados «hombres-rana» es la de ser la avanzadilla de los desembarcos anfibios. Deben descubrir primero y demoler después los obstáculos que en las aguas costeras o en las playas hayan sido colocados para impedir el desembarco. Minas, redes, «hedgehogs» o cables de acero que aprisionan en círculo a las embarcaciones, filamentos de alarma, alambradas de espino, postes cruzados bajo el agua..., son los principales obstáculos a destruir por la avanzadilla de nadadores, que a veces tienen que volar también pequeños arrecifes o bien bancos de coral que puedan dificultar la acción rápida del desembarco.

LEVANTAN CROQUIS EN EL AGUA

Para el reconocimiento previo de los lugares que van a ser demolidos, los zapadores anfibios llevan a veces, colgada del cuello, una pequeña pizarra de pleixiglas y un lápiz especial, con lo que levantan croquis entre dos aguas, así como lámparas de luz infrarroja para guiarse en la oscuridad.

Terminado el reconocimiento, los zapadores anfibios vuelven a la superficie y se dirigen a nadar hacia los puntos designados, en los que mantendrán una perfecta línea hasta que sean recogidos por una embarcación que pasará a gran velocidad, cuyo movimiento de avance ayuda a

izar de un solo esfuerzo a cada uno de los nadadores, que se mantuvieron equidistantes y alineados en el agua.

Más tarde, junto a la Flota, oficiales de Estado Mayor estudiarán los datos recogidos, y poco rato después surgirán nuevamente las pequeñas embarcaciones, de las que saltarán al mar, en intervalos fijos, los zapadores anfibios con las cargas explosivas envueltas en goma.

Las cargas suelen ir adheridas a unos flotadores para que el peso de esos paquetes no sea un impedimento demasiado grande en el avance del zapador, que sólo tiene que empujar a los bultos hacia la playa. Una vez frente a la barrera, los llamados «hombres-rana» trabajan con celeridad en la colocación de los explosivos en los lugares que les han sido señalados por el Mando. Unas veces se trata de cortar redes y alambradas; otras, de la desconexión de minas; pero en la mayoría de los casos la labor consiste en atar las cargas submarinas en los postes cruzados bajo el agua. Media hora debe ser tiempo suficiente para dejar listo para la demolición todo un sector de playa, y entonces se abandona a los «hombres-gatillo», que permanecerán unos quince minutos más en aquellos lugares para nadar después a toda velocidad hasta reunirse con sus compañeros de equipo. Las embarcaciones ligeras recogerán rápidamente a todos los zapadores casi al tiempo de que se empiecen a oír las primeras explosiones. Los «hombres-gatillo» tienen que ser imbatibles en velocidad de natación, que siempre debe ser de verdadero récord.

PULMON ARTIFICIAL PARA LAS GRANDES PROFUNDIDADES

En cuanto al equipo de los U. D. T. («Underwater Demolition Teams»), puede éste ser de tres clases. El equipo ligero consiste en un simple bañador, gafas, tubo de respiración y aletas natatorias, así como un cuchillo al cinto. Este es el equipo más ligero y perfectamente apto para operar en aguas tibias. Cuando la temperatura del agua es muy fría o es preciso realizar una larga travesía a nado, los «frogmen» norteamericanos llevan un traje de lana debajo de otro impermeable de goma que les cubre todo el cuerpo, con lo que se combate la posible congelación de los músculos. El equipo pesado lleva, además de todo lo expresado anteriormente, un pulmón artificial que permite operar a profundidades considerables que sobrepasan los 25 y 30 metros.

La presión del agua, bajas temperaturas, extraordinario esfuerzo muscular, rapidez de movimientos y cambios de profundidad... constituyen el medio de hipertensión en el que tienen que operar los llamados «hombres-rana», que durante poco rato movilizan una extraordinaria cantidad de hormonas y energía nerviosa, mientras aumenta toda la circulación sanguínea y la presión en la periferia del cuerpo, hasta el punto de que a veces sangran por las narices.

SOLO SE ADMITEN VOLUNTARIOS, Y NO TODOS

Esto, y otras cosas, hace que los hombres que integran los equipos de demolición bajo agua sean todos exclusivamente voluntarios y que aun éstos tengan que someterse a un riguroso examen médico y a una serie de pruebas tan exigentes o más que a las que son sometidos los aviadores de aparatos de reacción.

El personal que, después de todos los exámenes y pruebas, es declarado apto, se selecciona para las distintas profundidades, y debe desarrollar al máximo su preparación física, en un constante entrenamiento.

La misión del explorador submarino «ciego» es muy difícil y es preciso desarrollar en él como un sexto sentido, así como un perfecto dominio de sus nervios y hasta de los actos reflejos que le producirá el contacto de algún objeto extraño en la oscuridad. Pero por dominio de sí mismos que tengan esos nadadores es casi imposible eliminar ese primer movimiento producido por el roce en el fondo del mar de algo viscoso que la imaginación y el estado tenso presentará como amenazante; ese primer movimiento de remontarse rápido a la superficie por ese instinto de conservación que puede echar a rodar el éxito de un cometido de guerra y la vida de mucho hombres.

EXTRAORDINARIO VALOR DEL TIEMPO

Otra cosa imprescindible en el zapador anfibio es el sentido de la orientación, ayudado por las brújulas especiales de muñeca que se pueden mojar. Quien olvide en la noche la situación de los puntos de referencia deberá identificarlos con la brújula si no quiere ser «hombre al agua», que en el momento preciso no estará en el lugar exacto donde tiene que recogerle con toda rapidez una embarcación que de ninguna manera puede retrasarse en la pesca de despistados.

El valor del tiempo y su extraordinaria premura cuando se trata de abrir una brecha de desembarco, casi al alcance de la mano del enemigo, es cosa que tampoco debe olvidar quien actúe en los equipos de demolición bajo el agua.

Para pertenecer a los zapadores anfibios hay que ser un atleta que posea unas características físicas superiores a las medias. Ni siquiera basta ser un nadador, ya que muchos buenos nadadores no resisten las duras tareas que exige el reconocimiento y demolición bajo agua, y mucho menos cuando ésta se realiza a profundidades considerables, en las que el cuerpo humano se somete a una extraordinaria presión por centímetro cuadrado. Ya hemos dicho qué fenómenos funcionales ocurren durante las tareas de gran esfuerzo que realizan los llamados «hombres-rana», pues todo aquello es mucho más intenso a medida que se aumenta la profundidad, y no hablemos siquiera de lo que pasa cuando el pulmón artificial funciona de una manera deficiente, en cuyo caso el

nadador submarino, casi sin darse perfecta cuenta, puede ser víctima de un «reprinting» de anhídrido carbónico, con muchas inspiraciones por minuto, hasta quedar en un estado de inconsciencia, en el que es demasiado fácil que un buen nadador se ahogue.

ENTRENAMIENTOS EN «ALGUN LUGAR DE MALLORCA»

Uno de los primeros ejercicios que se exigen a los zapadores anfibios españoles consiste en nadar una milla (1.852 metros) de noche y sólo con los pies, ya que se supone que tienen las manos ocupadas en el arrastre de las cargas explosivas.

Otra prueba es la de lanzarse al agua desde un submarino situado a dos kilómetros de la costa, llega hasta la playa, tomarse una copita de cofiac y, descansando un minuto o dos para restablecer el ritmo de respiración, volver otra vez al submarino.

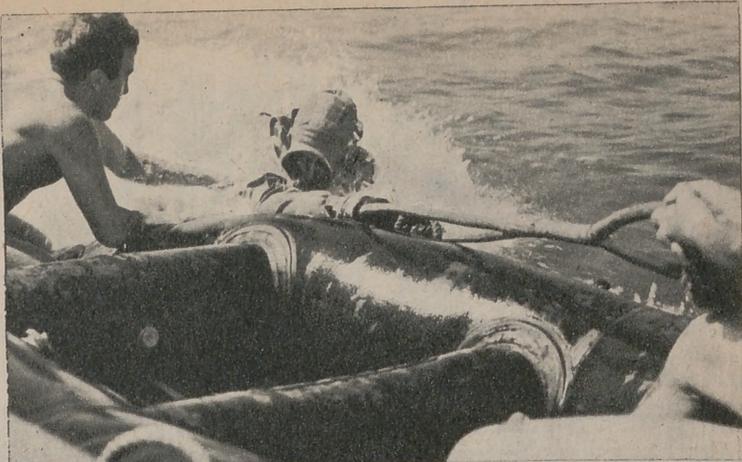
En su base de Mallorca, los zapadores anfibios españoles realizan de madrugada largas carreras sobre el agua fría, y durante el día esos hombres atravesaban toda clase de obstáculos, y sus nervios algunas veces son puestos a prueba por inesperadas explosiones. Puede decirse que durante todas las horas de entrenamiento los zapadores anfibios son llevados al máximo de su capacidad física y mental.

Como los «frogmen», «homes-grenulle»... y demás colegas de armas en el extranjero, los zapadores anfibios españoles tienen un gran sentido de cuerpo y están orgullosos de la predilección en que ha empezado a tenerles el Estado Mayor de Marina que está orgulloso, con razón, de las extraordinarias cualidades espirituales y físicas de esos hombres que, en su inmensa mayoría, provienen de sociedades deportivas de natación y Clubs náuticos, en los que, antes de su incorporación en las filas de la Infantería de Marina practicaron asiduamente el bello deporte de esa pesca submarina que con el fusil de arpones más bien parece caza.

PRUEBAS DE RESISTENCIA Y VALOR PERSONAL

Para que el entrenamiento sea más duro, aun en las noches más frías, los zapadores anfibios españoles han operado con el equipo ligero que consiste en un simple bañador, gafas, tubo de respiración, aletas natatorias y puñal al cinto. De esta manera han nadado, en la noche, largas distancias aunque jamás les faltó la prudente vigilancia de los entrenadores y auxiliares que sobre las balsas de goma están atentos a cualquier caso de colapso muscular o cualquier otro percance que sobrepase a la simple taquicardia.

Pero no es sólo en la preparación física en lo que emplean su tiempo los zapadores anfibios españoles en su base de Mallorca, sino que tienen también sus clases de teórica, moral militar y hasta de Historia reciente de los hechos realizados por los equipos de demolición bajo agua.



Después de cumplida la misión los «hombres-rana» son recogidos por la lancha que navega a toda máquina

Quizá como el primer caso de «frogmen» («hombre-rana») pueda señalarse el del marinero norteamericano Eyra Lie, que durante la guerra de la Independencia de los Estados Unidos saltó de un extraño artefacto marino que se llamaba «Tortuga» para acercarse a nado a una fragata inglesa, con una mina rudimentaria que intentó colocar bajo la quilla, pero, por diversas circunstancias, aquel hombre audaz no pudo sujetar bien la mina, que una hora después hacía explosión en mar libre.

EL PEOR DIA DE LA HISTORIA DE LOS «HOMBRES-RANA»

Los U. D. T. norteamericanos cooperaron en doce desembarcos principales en las operaciones de Oceanía durante la última guerra mundial. Ellos fueron quienes abrieron brecha en la playa de Borneo a las barcas de desembarco; ellos volaron en la isla de Guam el arrecife de coral con diez mil libras de explosivos. Cuando los «Marines» desembarcaban en Guam se encontraron ya con unos letreros que decían: «Playa abierta por cortesía de los U. D. T.» (Equipos de demolición bajo agua).

Pero las mayores pérdidas sufridas por los «hombres-rana», en toda la pequeña historia de esos equipos secretos, tuvieron lugar en la playa de Omaha durante el desembarco de Normandía, en la que los alemanes habían colocado tres círculos de postes unidos con alambre que debían enganchar a las primeras embarcaciones cuando bajase la marea. Cuando las aguas subiesen, los obstáculos volverían a esconderse y nuevas embarcaciones podrían ser destruídas y apresadas entre los alambres, mientras que las tropas que estuvieran en la playa serían hechas prisioneras.

Pero los «hombres-rana» operaron bajo un fuego infernal de ametralladoras y cañones alemanes. Un proyectil alcanzó de lleno a una lancha de goma cargada con fuertes explosivos y la barca y los hombres desaparecieron. Con grandes pérdidas, los «hombres-rana» atacaron un círculo de postes y alambre de-

trás de otro con objeto de abrir brecha a las barcas. Al final la operación logró el éxito y fueron ahorradas muchas vidas a costa de las vidas de los «hombres-rana», que tuvieron en aquella jornada un cuarenta y cinco por ciento de bajas. La playa de Omaha es recordada como el máximo lugar de gloria y luto para los U. D. T. norteamericanos.

CUBIERTOS DE GLORIA EN COREA

Pero después de la última guerra mundial también se han cubierto de gloria los «frogmen», ya que corrió a cargo de los U. D. T. el preparar, en Corea, el desembarco anfibio de Línchón, haciendo primero un plano del puerto y barriendo después toda clase de obstáculos que pudieran oponer las rocas sumergidas. La acción fué un completo éxito, pero la Flota de los Estados Unidos no quiso hablar más de este asunto, ya que, como se sabe, los equipos de demolición bajo agua son las unidades más secretas.

Tampoco podemos ser indiscretos con demasiados detalles sobre la organización de esa unidad experimental española de zapadores anfibios, alguno de los cuales en las costas de Mallorca se está aficionando incluso a la extraña modalidad de la espeleología submarina, a la exploración de cuevas bajo el agua del mar. Son jóvenes acostumbrados a las bellezas de la tierra, pero amantes también del encanto y poesía del fondo del mar que, frecuentemente, les brinda tan bellos espectáculos esos muchachos casi no pueden dar crédito a lo que sus ojos ven tras las gafas de la admiración y el asombro submarino. Los colores alucinantes de las medusas, el embrujo de las medusas, el movimiento ondulante de las algas, las burbujas y los peces. Y quién sabe si hasta alguno se podrá ver con cualquier bella sirena en el lecho de ese mar luminoso y Mediterráneo en el que, en su base mallorquina, nuestros zapadores anfibios se puede decir que son como peces humanos que llevan la bandera española en las aletas de nadar.

Francisco COSTA

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

RIESGO Y AVENTURA DE LOS "HOMBRES-RANA"



Arriba: El zapador anfibio descansa sobre la playa, camuflado con su equipo. Abajo: Los «hombres-rana» han alcanzado su objetivo y una columna de agua se levanta hacia el cielo

LA ARMADA
ESPAÑOLA CUENTA YA
CON EQUIPOS ESPECIALES
DE ZAPADORES
ANFIBIOS



FABULOSAS PERIPECIAS DE LOS COMANDOS NORTEAMERICANOS